

TOMAS CARRASQVILLA

DE TELAS ARRIBA



EDITORIAL
ATLANTIDA
MEDELLIN

**OBRAS DE
TOMAS
CARRASQUILLA**

**EDITADAS EN ESTA
EDITORIAL:**

Dominicales, 1 tomo.

Hace Tiempos, novela,

3 tomos, así:

**Por Aguas y Pedrejones
tomo I**

**Por Cumbres y Cañadas
tomo II**

**Del Campo a la Ciudad
tomo III**

En preparación:

Frutos de mi Tierra.

TOMAS CARRASQUILLA

CUENTOS
DE
TEJAS ARRIBA
(FOLKLORE ANTIOQUEÑO)

EDITORIAL ATLANTIDA

MEDELLIN

1936

ES PROPIEDAD

**QUEDA HECHO EL
DEPOSITO QUE
MARCA LA LEY.**

EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el Rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida.

No había en el pueblo quien no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llaguietos; él asistía a los enfermos; él enterraba los muertos; se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa. «Qué te ganás, hombre de Dios—le decía la hermana—con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo a tanto perezoso y holgazán? Ca-

sáte, hombre; casáte pa que tengás hijos a quién mantener». «Cálle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quién servir. Mi familia son los prójimos». «¡Tus prójimos! Será por tanto que te lo agradecen; será por tanto que ti han dao! Ai te veo siempre más hila-chento y más infeliz que los limosneros que socorrés! Bien podías comprarte una muda y comprármela a yo, que hartó la necesitamos; o tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tantos hambres. Pero vos no te afanás por lo tuyo: tenés sangre de gusano».

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo lámparo; con el fogoncito encendido tal cual vez, la despensa en las puras tablas y una pobrecía, señor, regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sinó todos los lisiaos y leprosos, que se habían apoderao de los cuartos y de los corredores de la casa «convidaos por el sangre de gusano», como decía la hermana.

Una oracioncita estaba Peralta muy fatigao de las afugias del día, cuando, a tiempo de largarse un aguacero, arriman dos pelegrios a los portales de la casa y piden posada: «Con todo corazón se las doy, buenos señores—les dijo Peralta muy atencioso—pero lo van a pasar muy mal, porqu'en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan pa dentro, que la buena voluntá es lo que vale.»

Dentraron los pelegrios; trajo la hermana de Peralta el candil, y pudo desaminarlos a como quiso. Parecían mismamente el taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitraste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en cachumbos que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la capita de pelegriño. Todos dos tenían sombreritos de caña, y unos bordones muy gruesos, y albarcas. Se sentaron en una banca, muy cansaos, y se pusieron a hablar una jerigonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban di oirla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo;

ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa: aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incensio y del sahumerio de alhucema que le echan a la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesao, le dijo Peralta a la hermana: «Hija, date una asomaíta por la despensa; desculcá por la cocina, a ver si encontrás aliguito que darles a estos señores. Mirálos qué cansaos están; se les ve la fatiga». La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se fue derecho a la cocina. No halló más que media arepa tiesa y requemada, por allá en el asiento di una cuyabra. Confundida con la poquedá, determinó que alguna gallina forastera tal vez si había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrón viejo di una montonera qui había en la despensa; que lo qu'era corotos y porquerías viejas sí había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto; pero de comida, ni hebra. Abrió la puerta, y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por

los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrónes, por el suelo, había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falda, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cuchino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y s'enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con jamai-ca, y las hojaldras y las carisecas; los zurrónes estaban rebosaos de frijol cargamanto, de papas, y de revuelto di una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de capachos de sal de Guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo di arepas di arroz, tan blancas, tan esponjadas y tan bien asaítas, que no parecían hechas de mano de cocinera d'este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la misma azúcar. «Por fin le surtió a Peralta—pensó la hermana—Esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. ¡Hasta ai viver! Pues, aprovechémonos.»

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero y echó a cortar por lo redondo; trajo la batea grande y la colmó; y al momen-

tico echó a chirriar la cazuela y a regase por toda la casa aquella güelentina tan sabrosa. Como Dios li ayudó les puso el comistraje. Y nada desganao qu'era el viejito; el mozo sí no comió cosa. A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo sargentió por todas partes, y con lo menos roto y menos sucio de la casa les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual si acostó.

Peralta se levantó, oscuro, oscuro, y no topó ni rastros de los güéspedes; pero sí topó una muchila muy grande requintada di onzas del Rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto cacao; corrió a contarle a los llaguietos y a los tullidos, y los topó buenos y sanos y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque. Salió como loco en busca de los güéspedes pa entregarles la muchila di onzas del Rey. Echó a andar y a andar, cuesta arriba, porque puallí dizque era qui habían cogido los pelegrios. Con tamaña lengua afuera se sentó un momen-

tico a la sombra di un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba, casi a punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansao qu'estaba, pero ai como pudo les gritó: «¡Hola, señores; espéremen que les trae cuenta!». Y alzaba la muchila pa que la vieran. Los pelegrios se contuvieron a las voces que les dio Peralta. Al ratico estuvo cerca d'ellos, y desde abajo les decía: «Bueno, señores, aquí está su plata». Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, y entonces Peralta les dijo: «¡Caramba qu'el pobre siempre jiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuenten y verán que no les falta ni un medio!».

El mocito lo voltió a ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, anqu'estaba muy cansao, volvió a sentir por dentro la cosa sabrosa qui había sentido por la noche; y el mocito le dijo: «Sentá-te, amigo Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte». Y Peralta se sentó. «Nosotros—dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa—no somos tales pelegrios; no lo creás. Este—y señaló al viejo—es Pedro mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a pro-

barte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro que no fuera tan cristiano como vos se guarda las onzas y si había quedao muy orondo. Voy a premiar-te: los dineros son tuyos: llevátelos; y voy a darte de encima las cinco cosas que me querás pedir. Conque pedí por esa boca!»

Peralta, como era un hombre tan desentendido pa todas las cosas y tan parejo, no le dio mal ni se quedó pasmao, sinó que muy tranquilo se puso a pensar a ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y a un rato dice San Pedro: «Hombre, Peralta, fijáte bien en lo que vas a pedir, no vas a salir con una buena bobada». «En eso estoy pensando, Su Mercé», contestó Peralta, sin nadita de susto. «Es que si pedís cosa mala, va y el Maestro te la concede; y, una vez concedida, te amolas-te, porque la palabra del Maestro no puede faltar». «Déjeme pensar bien la cosa, Su Mercé»; y seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña a una barranquita. San Pedro le tosía, le aclariaba, y el tal Peralta no lo voltiaba a ver. A un ratísimo voltea a ver al Señor y le dice: «Bueno, Su Divina Majestá; lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre que me dé la gana». «Concedido», dijo el Señor. «Lo se-

gundo—siguió Peralta—es que cuando me vaya a morir me mande la Muerte por delante y no a la traición». «Concedido», dijo el Señor. Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y a San Pedro se lo llevaba Judas con las bobadas de ese hombre: él se rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba el brazo y, con el dedito parao, le señalaba a Peralta el cielo; pero Peralta no se daba por notificado. Después de mucho pensar, dice Peralta: «Pues, bueno, Su Divina Majestá; lo tercero que mi ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo qui a yo me parezca». «Rara es tu petición, amigo Peralta—dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecía que limpiaban el alma de todo pecao mortal, con solamente fijarlos en los cristianos.—En verdá te digo que una petición como la tuya jamás había oído; pero que sea lo que vos querás». A esto dio un gruñido San Pedro, y, acercándose a Peralta, lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: «¡El cielo, hombre! ¡Pedí el cielo! ¡No sias bestia!». Ni an por eso: Peralta no aflojó un pite; y el Señor dijo: «Concedido». «La cuarta cosa—dijo Peralta sumamente fresco—es que Su Divina Majestá me dé la virtud di achi-

quitame a como a yo me dé la gana, hasta volveme tan chirringo com'una hormiga». Dicen los ejemplos y el misal que el Señor no se rió ni una merita vez; pero aquí sí li agarró la risa, y le dijo a Peralta: «Hombre, Peralta; otro como vos no nace, y si nace, no se cría! Todos me piden grandor y vos, con ser un recorte di hombre, me pedís pequeñez. Pues, bueno...». San Pedro le arrebató la palabra a su Maestro, y le dijo en tonito bravo: «¡Pero no ve qu'esti hombre está loco?». «Pues no me arrepiento de lo pedido—dijo Peralta muy resuelto.—Lo dicho, dicho». «Concedido», dijo el Señor. San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventiaba con el sombrero, y veía chiquito a Peralta. No pudo contenerse y le dijo: «Mirá, hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sinó una sola cosa». «Por eso lo'stoy pensando; no si apure Su Mercé». Y se volvió a quedar callao otro rato. Por allá, a las mil y quinientas, salió Peralta con esto: «Bueno, Su Divina Majestá; antes de pedile lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, Su Divina Majestá, por si fuere mal preguntao; pero eso sí: mi ha de dar una contesta bien clara y bien patente!» «¡Loco di amarrar!—gritó San Pedro juntando las manos y voltiando a ver al cielo como el que reza el Ben-

dito.—Va a salir con un disparate gordo. Padre mío, iluminálo!». El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: «Preguntá, hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré a tu gusto». «Dios se lo pague, Su Divina Majestá... Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos, go es busté, go el Padre Eterno». «Yo, y mi Padre y el Espíritu Santo, juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al Diablo l'hemos largao el mando del Infierno: él es amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao». «Pues bueno, Su Divina Majestá—dijo Peralta muy contento—Si asi-na es, voy a hacerle el último pido: yo quiero, ultimadamente, que Su Divina Majestá me conceda la gracia de que el Patas no mi haga trampa en el juego». «Concedido», dijo el Señor. Y El y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra; sacó yesquero, encendió su tabaco, y se puso a bombiar muy satisfecho. ¡Valientes cosas las que iba a hacer con aquel platal! No iba a quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulsetilla de chocolate de canela. Allá verían los del sitio quién era Peralta!

Se metió las onzas debajo del brazo; se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañas que parecían de ternero.

Al otro día se fue p'al pueblo, y puso monte. ¡Cómo sería la angurria que se li abrió a tanto logrero cuando vieron en aquella mesa aquella montonera di onzas del Rey! «¡Onde te sacates ese entierro, hombre Peralta?», le decía uno. «Este se robó el correo», decían otros en secreto; y Peralta se quedaba muy desentendido. Se pusieron a jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladronicio y todos los perdidos. Pero eso sí; no les quedó ni un chimbo partido por la mitá; por más trampas qui hacían, por más que cambiaban baraja, por más que la señalaban con la uña, les dio capote, con ser que en el juego estaban toditos los caimanes d'esos laos. «Con ésta no nos quedamos—dijo el más caliente.—A nosotros no nos come éste...—y ai mentó unas palabras muy feas.—Voy a idiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendra a este sinvergüenza!». Y ai salió del garito, echando

por esa boca unos reniegos y unos dichos qui aquello parecía un condenao.

Al otro día, desdi antes di almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera; pero Peralta tampoco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones pa empecinarlos más. Determinaron jugar dao, y montedao, y bisbís, y cachimona y roleta, a ver si con el cambio de juegos se caía Peralta; pero si se caía a raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta con tantísimo caudal como iba consiguiendo no se daba nadita d'importancia, ni en la ropita, ni en la comida ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón di agua, pelada y hecha un cochambre.

Pero eso sí: lo qu'era limosnas ni el Rey las daba tan grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo plañendo a toda hora; y no tan solamente los del pueblo, sinó que también echó a venir cuanto avistrujo había en todos los

pueblos de por ai y en otros del cabo del mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüenos! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo que ni cocina de minas. Consiguió un montón de molenderas, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los plataos de frijol y las arepas de maíz san-cochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos, asistiendo sus enfermos, y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no canta el carro lo canta la carreta: la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse a señora de media y zapato! Con todo el platal que le sacó al hermano compró casa de balcón en el pueblo, y consiguió serviciala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón, y apenas veía gente, gritaba: «Maruchenga, tréme el pañuelo de tripilla, que voy a visitar a la Reina! Maruchenga, tréme los frascos de perjume pa ruciar por aquí qu'está jediendo!». Y, si veía pasar alguna señora, decía: «No pueden ver a uno de peinetón ni con usos nuevos, porqui al momen-

to la imitan estas ñapangas asomadas!» Cuando salía a la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y anque era tan pánfila y tan feróstica caminaba muy repechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. «Maruchenga, dáca la sombrilla qui hace sol; Maruchenga, sacame la crizneja; Maruchenga, compone-me el esponje que se me tuerce»; y no dejaba en paz a la pobre Maruchenga, con tanto orgullo y tanta jullería.

La caridá de Peralta fue creciendo tanto que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos; y él mismo pagaba las medecinas, y él mismo con su misma mano se las daba a los enfermos.

Esto llegó a oídos de Su Saca Rial y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a cas del Rey; pero Peralta no hizo caso, sinó que tuvo cara de presentársele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo qui un montañero. El Rey y la Reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco, y pusieron a Peralta en medio de los dos, y le sirvieron vino en la copa del Rey qu'era di oro, y l'echaron un brindé con palabras tan bonitas, qui aquello parecía lo mismo

que si fuera con el Obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas partes socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tanta gente tan mala y tan caudilla echaron a levantale testimonios. Unos decían qu'era ayudao; otros, qui ofendía a mi Dios, en secreto, con pecaos muy horribles; otros, qu'era duende y que volaba de noche por los tejaos, y qu'escupía la imagen de mi Amito y Señor. Toíto esto fue corruto en el pueblo, y los mismos qu'él protegía, los mismitos que mataron la hambre con su comida, prencipiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadata que se le daba, sinó que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que si habían apoderao d'ella; y Peralta decía: «¿Pa qué, señor? La plata qu'he de gastar en eso, la gasto en mis pobres: yo no soy el Rey pa tener palacio».

Estaba un día Peralta solo en grima en dichosa la casa, haciendo los montoncitos de plata pa repartir, cuando, ¡tun, tun! en

la puerta. Fue a abrir, y... ¡mi amo de mi vida! ¡qué escarramán tan horrible! Era la Muerte, que venía por él. Traía la güesamenta muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillante y cortadora que s'enfriaba uno hasta el cuajo de ver aquéllo! Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, para probar el filo de la herramienta. Cada rato sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. «Vengo por vos», le dijo a Peralta. «Bueno! —le contestó éste—Pero me tenés que dar un placito pa confesame y hacer el testamento». «Con tal que no sea mucho—contestó la Muerte de mal humor—porqui ando di afán». «Date por ai una güeltecita—le dijo Peralta—mientras yo mi arreglo; go, si te parece, entretenéte aquí viendo el pueblo, que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto; trepáte a él pa que divisés a tu gusto».

La Muerte, que es muy ágil, dio un brinco y se montó en una horqueta del aguacatillo; se echó la desjarretadera al hombro y se puso a divisar. «Dáte descanso, viejita, hasta qui a yo me dé la gana—le dijo Peralta—que ni Cristo con toda su pionada te baja d'es'horqueta!»

Peralta cerró su puerta, y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas y pasaban los meses y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas; vino el sarampión y la tos ferina; vino la culebrilla, y el dolor de costao, y el descenso, y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales; pues tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los doctores con todo lo que sabían; pero luégo la gente fue colando en malicia qu'eso no pendía de los doctores sino di algootra cosa. El cura, el sacristán y el sepulturero pasaron hambres a lo perro, porque ni un entierrito, ni la abierta di una sola sepultura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver a los viejorros comiendo arepa, y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismito les sucedía a los sobrinos con los tíos solteros y acaudalaos; y los maridos casaos con mujer vieja y fea se revestían di una enjuria, viendo la viejorra tan morocha, habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerla! De todas partes venían correos a preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una batajola y una confundición tan horrible, como si al mundo li hubiera entrao al-

gún trastorno. Al fin determinaron todos qu'era que la Muerte si había muerto, y ninguno volvió a misa ni a encomendarse a mi Dios.

Mientras tanto, en el Cielo y en el Infierno estaban ofuscaos y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni un alma asomaba las narices por esos laos: aquello era la desocupez más triste. El Diablo determinó ponese en cura de la rasquiña que padece, pa ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la puerta del Cielo; se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bosteciando y rezando a raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al Cielo y le dijo al Señor: «Maestro; toda la vida l'he servido con mucho gusto; pero ai l'entrego el destino; esto sí no lo aguanto yo! Póngame algo otro oficio qui'hacer o saque algún recurso!». Cristico y San Pedro se fueron por allá a un rincón a palabriase. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: «Pues eso tiene que ser; no hay otra causa. Volvé vos al mundo y tratá a esi'hombre con harta mañita, pa ver si nos presta la Muerte, porque si nó nos embromamos».

Se puso San Pedro la muda de pelegrino, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito, cuando s'encontró con un atisba que mandaba el Diablo pa que vigiara por los laos del Cielo, a ver si era que todas las almas s'estaban salvando. «¡Qué salvación ni qué demontres!—le dijo San Pedro—Si esto s'está acabando!»

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua a Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegao en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desdi afuera: «Abríme, Peralta, por la Virgen, qu'es de mucha necesidá!». Se levantó Peralta, y al abrir la puerta se topó mano a mano con el viejito, que le dijo: «Hombre; no vengo a que me des posada tan solamente; vengo mandao por el Maestro a que nos largués la Muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro!». «Lo que menos, su Mercé—dijo Peralta—La tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se las presto con mucho gusto, con la condición de qui a yo no mi'haga nada». «Contá conmigo!», le dijo San Pedro.

Apenitas aclaríó salieron los dos a descolgar a la Muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los güe-

sos los tenía toítos mogosos y verdes, con tantos soles y aguaceros comu'había padecido; el telarañero se l'enredaba por todas partes, qui aquello parecía vestido di andrajos; la pelona la tenía llena di hojas y de porquería di animal, que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaíta qu'estaba. Pero lo que más enjuria le daba a San Pedro era que parecía tuerta, porqui'un demontres di avispa había determinao hacer la casa en la cuenca del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida d'estar horquetiada tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y San Pedro pa descolgala del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos; le sacaron el avispero, y ello más bien quedó medio decente. Apenas se vio andando recobró fuerza, y en un instantico volvió a amolar la desjarretadera... y tomó el mundo. ¡Cómo estaría di hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los dijuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enteraban, sinó que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinazada del mundo alcanzaba a comérsela. Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende, di aquí pa'cá, en una y

en otra casa, amortajando los dijuntos y consolando y socorriendo a los vivos.

La Muerte si aplacó un poquito; los contaítos cristianos que quedaron volvieron a su oficio; y como los vivos heredaron tanto caudal, y el vicio del juego volvió a agarrarlos a todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la qui había conseguido en tanto tiempo. ¡Hijue pucha si' estaba richón! Ya no tenía ondi acomodala!

Pero cátatelo ai qui un día amanece con una pata hinchada, y le coló una discípula de la mala. Al momentico pidió cura y arregló los corotos, porque se puso a pensar qui hartó había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morise hoy que mañana go el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico, y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y comu'era tan humilde quiso que lo enterraran sin ataúl, en la propia puerta del cementerio onde todos lo pisaran hartó. Asina fue qui apenas se le presentó la Pelona cerró el ojo, estiró la pata y le dijo: «Matáme pues!» ¡Poquito sería lo duro que li asestó el golpe, con el rincor que le tenía!

Peralta s'encontró en un paraje muy

feíto, parecido a una plaza. Voltió a ver por todas partes, y por allá, muy allá, descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego casi cerrado por las zarzas y los charrascales. «Ya sé aonde se va por ese camino—pensó Peralta.—El mismito que mentaba el cura en las prédicas! Cojo puel otro lao!». Y cogió. Y se fue topando con mucha gente muy blanca y di agarre, que parecían fefes o mandones, y con señoras muy bonitas y ricas que parecían principesas. Como nunca fue amigo de metese entre la gente grande, se fue por un laíto del camino, que se iba anchando y poniéndose plano como las palmas de la mano. ¡María Madre si había qué ver en aquel camino! Parecía mismamente una jardinera, con tanta rosa y tanta clavellina y con aquel pasto tan bonito! Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían, sinó que parecían flores muertas.

Peralta seguía a la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitá di un llano, alcanzó a divisar una cosa muy grande, muy grandísima; mucho más que las iglesias, mucho más que la Piedra del Peñol. Aquello blanquiaba com'un

avispero; y como toda la gente se iba colando a la cosa, Peralta se coló también. Comprendió qu'era el Infierno, por el jume-ro que salía de p'arriba y el candelón que salía de p'abajo. Por ai andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y piones del Infierno.

El se dentró por una gulunera muy es-cura y muy medrosa que parecía un soca-vón, y fue a repuntar por allá a unas cali-fornias ondi había muchas escaleras qué ganar, y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita oyó un chillido como de cuchini-to cuando lo'stán degollando, y si asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan ho-rrenda! No era cuchino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tena-zonas muy grandes; y un par de diablos he-rberos muy macuencos y cachipandos li al-zaban macho a toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condenao! Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía, ni sal-taba en pedazos: ai se quedaba intauta! Y a cada golpe le gritaban los diablos a la se-ñora: «Esto es pa que levantés testimonios,

vieja maldita! Esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona! Esto es pa qu'en-redés a las personas, vieja culebrona!». Y a Peralta le dio tanta lástima que salió de güída.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se to-pó en un salón muy grandote y muy altísi-mo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy junticos, como los roti-cos de las colmenas onde se meten las abe-jas. No había nadie en el salón; pero por a-llá en la mitá se veía un trapo colgao a mo-da de tolda di arriero. Peralta si asomó con mucha mañita, y ai estaba el Enemigo Ma-lo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridón él. De presto se re-cordó; se enderezó, y a lo que vio a Peral-ta le dijo muy fanfarrón y arrogante: «¿Qué venís hacer aquí, culichupao? Vos no sos di aquí; rumbati al momento!». «Pues, como nadie mi atajó, yo me fui co-lando, sin saber que me iba a topar con su Mercé», contestó Peralta con mucha mode-ración. «¿Quién sos vos?», le dijo el Diablo. «Yo soy un pobrecito del mundo qui ando puaquí embolatao. Me dijeron qu'estaba en carrera de salvación, pero a yo no mi han recebido indagatoria ni nadie si ha metido con yo».

Al momento le comprendió el Diablo qu'era alma del Purgatorio o del Cielo. ¡Fíguense, no entenderlo él con toda la marulla que tiene! Pero como los buenos modos sacan los cimarrones del monte, y la humildá agrada hasta al mismo Diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito y querido. «¿Su Mercé está como enfermoso?», le preguntó Peralta. «Sí, hombre.—contestó Lucifer como muy aplacao—Se mi han alborotao en estos días los achaques; y lo pior es que nadie viene a hacerme compañía, porqu'el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días». «Pues, si yo le puedo servir di algo a su Mercé—dijo Peralta haciéndose el lambón—mándeme lo que quiera, qu'el gusto mío es servile a las personas».

Y ai se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta qu'el Diablo dijo que quería entretenese en algo. «Pues, si su Mercé quiere que juguemos alguna cosita—dijo Peralta muy disimulao—yo sé jugar toda laya de juegos; y en prueba d'ello es que mantengo mis útiles en el bolsico». Y sacó la baraja y los daos. «Hombre, Peralta—

dijo el Diablo—lo malo es que vos no tenés qué ganarte, y yo no juego vicio». «¿Cómo nu'he de tener—dijo Peralta—si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con su Mercé, pues también soy muy vicioso. La juego contra cualquiera otra alma de la gente de su Mercé». El Enemigo Malo, que ya le tenía ganas a esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, li aparó la caña al momentico.

Determinaron jugar tute, y le tocó dar al Diablo. Barajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y principiaron a jugar. Iba el Diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas, y dice: «Cuarenta, as y tres! No la perderés por mal que la jugués!». «Así será!—dijo el Diablo bastante picao—Pero sigamos a ver qué resulta». Pues ¿qué había de resultar? Que Peralta se fue de sobra. Se puso el Diablo como la ira mala, y le dijo a Peralta, con un tonito muy maluco: «¿Vos sos culebra echada go qué demonios?» «Tanté, culebra! Lo que menos, su Mercé.—le contestó Peralta con su humildá tan grande.—Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, su Mercé, que se desquita». Siguieron; a la otra mano salió

Peralta con tute de reyes. «¡Doblo!», gritó Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el Infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los di un alacrán; los ojos le bailaban, que ni un trompo zangarria, de lo más bizcornetos y horrendos; y por la boca echaba aquella babaza y aquel chispero! «Doblemos», dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. «¡Doblo!», gritó el Diablo. Y doblando, doblando, jugaron diecisiete tutes. Hasta que el Patas dijo: «¡Ya no más!» Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toítica la gente del Infierno acudió a ver. ¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron a su Amo y Señor llorando a moco tendido! Y aquellas lágrimas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanquiando la montonera, y toda la cama del Diablo quedó tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante que parecía recién adotorao, dijo con tonito llorón: «¡Nunca me figuré qui a mi Señor le diera pataleta!» «Pero por qué no seguimos, su Mercé?» — dijo Peralta como suplicando — Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas; pero yo veo qu'el Infierno está sin tocar». «Cierto! — dijo el Ene-

migo Malo haciendo pucheros—Pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas; son mi familia, porque son las que más se parecen a yo!». Siguió moquiendo, y a un ratico le dijo a uno de sus edecanes: «Andá, hombre, sacále a este calzon-singente sus ganancias, y que se largue di aquí!».

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras qui'una vieja ñata se persina, fueron echando toditas las puertas del Infierno la churreta di almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no si acababa. Lo qui a Peralta le parecía más particular era que, a conforme iban saliendo, s'iban poniendo más negras, más jediondas y más enjunecidas. Parecía como si a todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas a la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselos aquellas almas endemoniadas fueron haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron escureciendo, escureciendo, con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fue yendo muy despacio, hasta que s'encontró con los tuneros del caminito del Cielo. Aquello era caminar

y caminar, y no llegaba! El tuvo que pasar por puentes di un pelo que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidá, que tan solamente Nuestro Señor, por ser quien es, la ha podido medir! Pero a Peralta no le dio váguido, sinó que siguió serenito, serenito, y muy resuelto, hasta que se topó en las puertas del Cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó a San Pedro recostao en su banco. Apenitas lo vio San Pedro, se le vino a la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño. «Quitá di aquí, so vagamundo! ¿Te parece que ti has portao muy bien y nos tenés muy contentos? Si allá en la tierra no ti amasé fue porque no pude, pero aquí sí chupás!» «No se fije en yo, viejito; fíjese en lo que viene por aquel lao! Vaya a ver cómo acomoda esa gentecita, y déjese de nojase». Voltió a ver San Pedro, estiró bien la gaita y se puso la manito sobre las cejas, como pa vigiar mejor; y apenas entendió el enredo, pegó patas; abrió la puerta, la golvió a cerrar a la carrera y la trancó por dentro. Ni por ésas si agallinó Peralta, ni le coló cobardía, ni cavilosió qu'en el Cielo le fueran a meter machorruccio.

No bien se sintió San Pedro de puertas pa dentro corrió muy trabucao, y le hizo

una señita al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del Cielo, y agarraron a conversar en un secreto tan larguísimo que a toda la gente de la Corte Celestial le pañó la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba San Pedro y por lo desencajao qu'estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ¡pero muy gorda! Las santas, qui aunque sea en el Cielo siempre son mujeres, pusieron los antiojos de larga vista pa ver qué sacaban en limpio. Pero ni lo negro e'l'uña! El Señor, qui había estao muy sereno oyéndole las cosas a San Pedro, le dijo muy pasito a lo último: «En buena nos ha metido este Peralta! Pero eso no se puede de ninguna manera: los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andáte a tu puesto, que yo iré a ver cómo arreglamos esto. No abrás la puerta; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito».

Se volvió el Señor pa su trono, y a un ratico le hizo señas a un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El Santo se le vino muy respetoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dio: se le veía, porque de presto se puso descolorido y principió a menarse el bonete. A esas le hizo el Señor otra

seña a una santica qu'estaba por allá muy lejos, ojo con él; y la santica se vino muy modosa y muy contenta al llamao, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡Esto sí fue lo que más embelecó a las otras santas! Por todos los balcones empezó a oírse una bullita y unos mormullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. Pero nada que les valió! Figúrese qu'en ese momento salió un ángel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada a un lao como carriel, y que llevaba en las dos manitos un tinterón di oro y piedras preciosas; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata; y los cuatro arreglaron por allá en un campito de lo más bueno un puesto como d'escribano. El cura y la monjita se fueron derecho a los tabretes, y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡Valientes criaturas las de mi Dios! En esti angelito sí s'esmeró él: tenía la cabecita com'una piña di oro; era de lo más gordito y achapao, con los ojos azulitos, azuli-

tos, que ni dos flores de linaza, y sus alitas de garza eran más blancas qui'una bretaña. Casi estaba en cueritos: tan solamente llevaba de la cinta p'abajo un faldellín coposo di un geme di ancho, di un trapo qui unas veces era di oro y otras veces era de plata, flequiao de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito, era la cargadera de la vigüelita, qu'era todita de topacios y esmeraldas; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerdas di oro. Dizque era el ángel de la guarda de la monjita, y por eso'staba tan confianzudo con ella.

La santica entró como en un alegato con el cura; pero a lo último, él se puso a relatar y ella a jalar pluma. Esa sí era escribana! Se le veía todo lo baquiana qu'era en esas cosas d'escribanía! Acomodada en su tabrete, iba escribiendo, escribiendo, sobre el atril; y a conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotiles ésos, un papelón muy tieso ya escrito, que se iba enrollando, enrollando. Sólo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el Cielo nu'hay reló. Por allá al mucho rato la monja echó una plumada muy larga, y le hi-

zo seña al Señor de que ya había acabao.

No bien entendió el Señor, se paró en su trono, y dijo: «Toquen bando y que éntre Peralta!» Y principiaron a redoblar todas las tamboras del Cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, pa oír aquello nunca oído en ese paraje: porque ni San Juaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la Corte Celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que si asilenciaran los tamboreos, y dijo: «Pongan harto cuidao, pa que vean que la Gloria Celestial nu es cualquier cosa!». Y después se voltió p'onde la monjita, y muy cariñoso, le dijo: «Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia».

¡Caramba si la tenía! Esu'era como cuando los mozos montañeros agarran a tocar el capador; como cuando en las faldas echan a gotiar los rezumideros en los charquitos insolvaos. La leyenda comenzaba d'esta laya: «Nós, Tomás di Aquino y Teresa de Jesús, mayores d'edá, y del vecindario del Cielo, por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso...» tan trabajoso, tan sumamente trabajoso, que ni an siquiera se

puede contar bien patente las retajilas tan lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta. ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Ultimadamente el documento quería decir qu'era muy cierto que Peralta li había ganao al Enemigo Malo esa traquilada di almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy decente; pero que, mas sinembargo, esas almas no podían colar al Cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedasi afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar sin que Peralta ni el Patas se llamaran a engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta si ajuntaran en una gloriona grande y se la metieran enterita a Peralta, qu'era el que l'había ganao con su puño. Y que la cosa del Infierno si arreglaba d'esta laya: qu'esos condenaos no volvían a las penas de las llamas sinó a otro Infierno de nuevo uso que valía lo mismo qu'el de candelá. Y era este Infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizqu'era d'esta moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y

qu'esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y qu'estas almas, manque los taitas de los cuerpos creyeran qu'erán pal Cielo, ya'staban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, aunque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros, y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que di ai pendelante las ponían a voltiar en rueda en dedondo del Infierno por **secula seculorun amén.**

Que por todo esto quizqu'es qui hay en este mundo una gente tan canóniga y tan mala, que goza tanto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjunecidos y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue qu'el Enemigo Malo no quiso arriesgar las almas aquellas del Infierno, porqu'esas también eran d'envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate, y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandia. Pero este Peralta era tan suma-

mente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vio mover las pestañas de ternero: ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vio solo en la plaza del Cielo. ¡Hast'ai placitas!

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de toda color, qui hacían unas labores como los dechaos de las maestras. En redondo había una ringlera de pilas di oro que chorriaban agua florida y pachulí de la gloria; y cada una d'estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criaio, pero toditas di oro y de plata. También era di oro y de plata el balconerío de la plaza; y al mismito frente de l'entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidad. Era a modo di una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custodia estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta di arriba estaba prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de p'abajo. De la punta del piquito le salía un vaho di una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba y se desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los costaos del Cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía

brillante con aquella luminaria.

El Padre Eterno, qu'en todas las bullas de Peralta nu'había hablao palabra, se paró y dijo d'esta moda: «Peralta; escogé el puesto que querás. Ninguno lu'ha ganao tan alto como vos, porque vos sos la Humildá, porque vos sos la Caridá! Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. No ti humillés más, que ya'stás ensalzao!». Y entonaron todos los coros celestiales el trisagio d'Isaías, y Peralta, que todavía nu'había usao la virtud di achiquitase, se fue achiquitando, achiquitando, hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas; y derechito, con la agilidad que tienen los bienaventuraos, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, si acomodó muy bien y si abrazó con la Cruz. Allí está por toda l'Eternidá!

Botín colorao, perdone lo malo qui hubiera'stao!

EL ANIMA SOLA

I

En aquel tiempo, como dicen los Santos Evangelios, hubo una estirpe que llenó el universo con su fama. Su nobleza fue la más alta y esclarecida; sus hombres todos, héroes y conquistadores; riquísimos sus feudos y sus regalías. Mas la Muerte, envidiosa de esta raza, sólo dejó un vástago para propagarla. Con los títulos y privilegios que en él recayeron, vino a ser el castellano más poderoso de su época. Los reyes mismos le agasajaban, porque le temían.

En su ansia de perpetuarse, de restaurar la grandeza del apellido, pedía a Dios hijos varones por decenas. Como no se los diese bajó a dígitos, y, por último, a la unidad. Pero Dios, o no estaba por excelsitudes de la tierra o quería mortificarle: a cada es-

pera enviábale una hembra, cuando no dos.

Entre la ilusión y el desengaño llegó el caballero a la vejez; y su tercera esposa, sus trece hijas y la muchedumbre de vasallos le pagaban el desaire. Sus crueldades aterraban la comarca; en los calabozos gemía toda una multitud de desgraciados; de las horcas del castillo colgaban los siervos en racimos. Al clamor de tantas almas fue Dios servido de otorgarle al magnate un heredero. Pagado, resarcido de todo se consideró con el regalo: parecía hijo de gigantes, y era tan hermoso y perfecto que a nada en el mundo podía compararse. Pesóse el recién nacido, y diez veces su peso fue mandado, en oro, a varios templos y santuarios. Su Sacra Real Majestad vino en persona a sacarle de pila; repartiéronse ducados entre el pueblo, cual si fuese jura de soberano; celebráronse fiestas por ocho días, y numerosos mensajeros llevaron la nueva a ciudades y castillos. Timbre de Gloria se nombró al heredero.

Rejuveneció el castellano con la dicha: de sombrío y sanguinario tornóse regocijado y compasivo. Bajó a sus pecheros los impuestos; envió sus mesnadas en defensa de la cristiandad; dos galeras, costeadas a sus expensas, purgaban los mares de infieles,

y las limosnas salían de sus arcas como de manantiales insecables. Colmó a las hijas y a la esposa, especialmente, de atenciones y finezas; hizo alianza con muchos caballeros, y grandes agasajos en su castillo.

Señores y vasallos, amigos y extraños competían en cariño al vástago precioso que trajo a la comarca tantas bendiciones. Timbre de Gloria confirmaba día por día el nombre que le dieron; en su persona pareció concentrarse el lustre y la grandeza de sus antepasados. El castillo, enantes tedioso y solitario, convirtiolo el infante en animada corte de placeres y discreteos. Tenía a perpetuidad un cuerpo de físicos que le velaban por turno, para extirpar, en cuanto asomase, el amago de la enfermedad; y todo por lujo solamente, porque Timbre de Gloria era la misma salud. Academias laicas y clericales lo instruían en matemáticas, humanidades y ciencias teológicas. Habilísimos maestros en artes bélicas, musicales y venatorias fueron llamados de lejanas tierras para adiestrarlo en tan caballerescos ramos.

No en balde: a los diez y seis años da quince y raya a unos y otros. Abismados se quedan los frailes con las hondas cuestiones que a menudo les propone; con los silo-

gismos, en la más castiza latinidad, de que se vale a cada paso. No menos se pasman los matemáticos, al ver cómo caben y se relacionan en tan juvenil cabeza lo mismo los ápices del número y de la fórmula que las abstracciones del plano y del sólido. Ninguno como Timbre para garbear en el potro más indómito; ninguno como él en el manejo de halcones; ninguno, para disparar venablos y ballestas. A su flecha no se escapan los pajaritos del cielo, y en cuanto echa la jauría por delante no hay alimaña segura, a ver por que no se enmadriguera en el mismo centro de la tierra. Traslada a grandes distancias pesos enormes, como si fueran copos de algodón; para trepar y dar saltos, sólo las corzas lo rivalizan; en canto y danza parece hijo de Apolo y de Terpsícore; tañe, como él solo, desde el pastoril caramillo hasta la cítara del poeta, y en cuanto a desatarse en improvisadas endechas, al compás de un laúd, es para el doncel lo mismo que conversar.

Como ya en esa edad tuviera una fiereza, unas lozanías y una beldad que ponían pálida y convulsa a cuanta hembra le mirase, quiso el padre darle estado, a fin de que le dejara, antes de marchar a la guerra, un par de nietos, por lo menos. Tras de

largo discurrir y excogitar atúvose a la fama, y eligió a Flor de Lis, hija de un poderoso castellano y tenida en el reino por la más bella y recatada.

Distante muchas jornadas del castillo de Timbre de Gloria estaba el de la hermosa; a él se encaminaron padre e hijo, cargados de riquísimos presentes, con gran séquito de escuderos y servidumbre. No bien hizo la petición el caballero cuando le fue concedida; y al avistarse los prometidos, ambos a dos estuvieron a punto de desmayarse: tan hermosos y seductores se hallaron uno a otro, de tal modo traspasados por puntas de amor. Concertáronse las bodas con el plazo perentorio de los preparativos, y, después de tres días de espléndidos festejos, partieron los peticionarios.

Tamaño acontecimiento trascendió hasta los reinos limítrofes: apenas sí cabría en el mundo pareja más hermosa, más ilustre, y novios el uno para el otro más apropiados. Timbre de Gloria estaba como loco: aun a las fieras del monte, hasta a los mismos muros del castillo quería comunicarles su ventura; enajenábase con la ausencia: eternidad se le volvía la rapidez vertiginosa con que se gestionaban los aprestos y diligencias del matrimonio.

Más que con los garzones de su clase, le ligaban vínculos de tierna amistad con su maestro predilecto, el licenciado Reinaldo, varón doctísimo y preclaro, en quien cifró el mancebo cuanta fe y seguridad cupo entre amigos. El tal se hallaba, últimamente, en la corte, y Timbre de Gloria acudió en su busca, para hacerle partícipe de cuanto le acontecía y esparcirse con él en deliciosas confidencias.

Nunca tál hiciera! Grande atención prestó el licenciado al desbordante relato del doncel; y luégo, con aire y tono de quien posee un secreto por nadie sospechado, dejóse decir estas palabras:

—Hermosa como el sol es tu prometida, amigo mío. Rica-hembra más celebrada no conozco. Pero...

—¿Pero qué, maestro?

—Pero...—volvió a decir el licenciado.

Y a que se explicase no fueron parte ni el ruego, ni las promesas, ni las lágrimas de su discípulo. Separóse de Reinaldo con el corazón emponzoñado. Ese «Pero...» que nada definía, que nada concretaba, tuvo para él, en la boca autorizada de su maestro y amigo, la sugestión terrible de lo descono-

cido.

¿Qué sería? ¿Qué no sería? ¿Un alerta, acaso? ¿Un pronóstico? ¿Cuántas y cuáles consecuencias tendría eso en su destino? ¿Imposible adivinarlo! Mas, fuese esto, aquello o lo de más allá, no le cabía duda que era algo grave, tal vez vergonzoso, que, en su inexperiencia de niño no le era dado sospechar siquiera.

Sólo así se explicaba la obstinación de su maestro en no aclarar el asunto; de otra suerte no concebía aquel «Pero...» en boca por la que hablaban la prudencia y la sabiduría.

Labrándole, corroyéndole la palabra cada vez más, llegó al castillo tan tembloroso y desencajado, que todos a una tuvieronlo por próximo a expirar. Corrieron los escuderos, corrió el padre, corrió la madre, corrieron las hermanas; bajáronlo del corcel como un difunto y lo llevaron en vilo hasta su lecho. A la gritería y confusión cobró alientos el mancebo; mas fue para arrojarse desatentado y ponerse de hinojos a las plantas de su padre. En tal guisa sacó la tizona, y, con voces doloridas y entrecortadas, dijo así:

—Padre y señor: tomad mi propio a-

cero y quitadme la vida; no la merezco ni la quiero. No la merezco, porque tengo de faltar al honor; no la quiero, porque no hay bajo el cielo hombre más desgraciado que vuestro hijo.

—¡Loco!... ¡Mi hijo está loco!—prorrumpió el castellano, presa del espanto.

—No estoy loco, padre y señor—replica Timbre de Gloria, con acento seguro y reposado.—Hoy más que nunca estoy en mis cabales; pero ni vos ni nadie en el mundo será poderoso a que yo tome por mujer a Flor de Lis. ¡Por mis padres que me escuchan, por el Dios que está en los cielos, juro que sólo en pedazos me llevan al altar y que no tomaré por esposa a otra mujer! De antemano me declaro reo de muerte, y os pido, padre mío, cumpláis la sentencia. Tomad mi espada... No vaciléis un punto!

—Alzate, hijo mío; enváina el acero, que estás loco!

—Tratadme como a tal, si así lo creéis; pero mi juramento es irrevocable.

Dijo, y salió.

Creyóse en el castillo que, sobre la locura del hijo, vendría la muerte del padre: tan espantosa fue la apoplejía que le acometió. Pero estaba de Dios que escapase de

ésa. No por ello amainó Timbre de Gloria. Ni su madre ni nadie pudo arrancarle las razones que le asistían para tamaños desafueros.

Días después llamólo el caballero a su presencia, y le ordenó:

—Trépa a la torre del homenaje y, con tu propia espada, bórra el lema y la heráldica de nuestro blasón.

Ardua fuera la empresa para otro. En el lado más visible del altanero torreón, sobre la serie paralela de saeteras, campaba, labrado en piedra de sillería, el enorme escudo. Su divisa en latín y en grandes caracteres podía leerse a muchísima distancia. Traducida al romance, rezaba, más o menos: «Primero la muerte que el deshonor».

Apresuróse el mancebo a cumplir su cometido. Colgó de las almenas una escala a manera de trapezio; deslizóse por ella como un acróbata, sacó la espada y principió. Había para rato. Trabajó desde el alba hasta la noche. Nada le detuvo: ni la dureza de la piedra, ni lo disparatado del instrumento, ni la violencia de la posición. Pasaban días y días, y el doncel siempre colgado. Ni una palabra le dirigió su padre en tanto tiempo. Si creyó al principio que

con el recurso de la borradura cedería el obstinado, ya lo dudaba. En su cólera, no sabía a qué castigo apelar.

Llegó un día en que de la gloriosa y complicada heráldica no quedó ni vestigio en el escudo. Fuése Timbre de Gloria a su padre y le dijo:

—Venid a ver si he cumplido vuestras órdenes.

Y fue el padre y vio.

Mandó al garzón se vistiera los arreos y las galas de caballero y tornase a su presencia; mandó a sus escuderos le trajesen las cadenas y los grillos más pesados que hubiera en los calabozos, la pellica más vieja que encontrasen en la cabaña de los pastores, y las tijeras con que esquilaban las ovejas.

Doncel y escuderos tornaron a un tiempo; ellos, temblando de espanto; él, sereno e impasible.

Mándale el padre ponerse de rodillas, y, en cuanto lo hace, córtale a tajos la cabellera de arcángel; júntala en manojo, y cual si fuera rayo de su cólera, lo lanza hasta el corral. Cógele por el cuello y lo levanta, tómale la espada, pártela en dos contra

la rodilla y arroja los pedazos a un foso; despójalo de la espuela y las insignias, y, a dos manos, frenético, insano, le arranca, le desgarras, le hace añicos recamas, sedas y holandas. En viéndole desnudo le echa encima las repugnantes pieles; cíñele luego los hierros, remachándoselos él mismo con su propia mano. Apártase unos pasos, no bien termina; brama de ira, y, entre acecidos y temblores, le dispara estas palabras:

—¡Maldito sea el día en que te engendré!
¡Malditas las entrañas que te concibieron!
¡Apárta de mi vista, hijo desnaturalizado!
¡Véte a acabar tu vida enterrado a pan y agua en el sótano más hondo del castillo!
¡Púdrase tu cuerpo, hierva de gusanos antes de morirte, abísmese tu alma en los infiernos y caiga sobre tí la maldición de tu padre!

Repitió el eco las palabras, obscurecióse el cielo, corrió el espanto en la comarca; y Timbre de Gloria, escoltado por sus propios escuderos, marchó a la condena.

Un pergamino, escrito por el capellán del castillo y firmado por una cruz, que era todo el autógrafo del castellano, fue remitido al padre de Flor de Lis. Por tal documento se le hacía saber la locura del

mancebo y el fracaso consiguiente de las bodas.

De allí a poco dio el anciano en sacrílega demencia. No la mano, sino el pie, puso en el rostro del capellán; acabó a golpes de hacha con cuanta imagen de santo había en el castillo; suspendió de la horca la estatua de San Miguel, patrón glorioso de su raza; convirtió la capilla en perrera, y las venerandas reliquias de mártires, que de siglos atrás guardaba la familia como tesoro preciosísimo, fueron arrojadas al muladar.

Tras el furor le sobrevino lamentable atonía; entróle frío en el tuétano, y murió impenitente, blasfemo, espantoso.

La infortunada viuda quiso, al menos, desenterrar al maldecido. Bajó hasta la mazmorra, y, a la luz de las antorchas con que dos pajes le alumbraban, vio al hijo de sus entrañas revolcado en su propia sangre, aplastada la cabeza como una masa informe.

No sobrevivió la infeliz a tanta desventura. Sus hijas e hijastras, unas quedaron locas, otras fatuas y tontas las restantes. Los siervos se alzaron a mayores; y sobre los inmensos dominios y riquezas de tan ilustre raza cernióse la rapiña.

Flor de Lis, entre tanto, se agostaba como azucena roída por el gusano. Viuda moralmente, muerta para el mundo y con el alma enferma, metióse religiosa en orden de estrecha regla.

Tan tétricos sucesos fueron asunto de una balada gemebunda, con que los dulces y errantes trovadores disipaban el tedio de los magnates y hacían llorar a las castellanas, en las sombrías veladas del invierno.

II

Ni una vez, ni una, se acusó a sí propio el licenciado de la tragedia del castillo. A raíz del «Pero...» tembló por su cabeza, temiendo que el garzón le divulgase; con la muerte del castellano respiró. Para el corazón de ángel que le quiso con ternura y le colmó de favores; que llevó, sin venderle, sin maldecir de su nombre, la espina envenenada, no tuvo luego el victimario ni el perfume de un recuerdo.

Pasó el tiempo y hasta la misma balada se olvidó.

Viento favorable había elevado al licenciado. Prez y honra le dieron sus talentos, su saber, los altos puestos que ocupó y los grandes personajes que frecuentaba. A mayor abundamiento, un su tío, arcediano opulentísimo, lo instituyó su único heredero.

No obstante todo esto, y a los cincuenta años en que frisaba, permanecía célibe.

Embebido hallábase una noche el insigne Reinaldo en la maraña de ruidosa litis, de que era parte, y, a tiempo que pasaba de Las Pandectas a El Digesto y de los fueros a las pragmáticas, oyó que Timbre de Gloria, con voz triste y suplicante, le dijo al oído: «Pero qué, maestro?»

Soplo helado de ultratumba le recorrió las vértebras, le erizó los pelos, y lo dejó en la silla como petrificado. Allí quedara, si un trueno horrible que conmovió los cimientos de la tierra no lo botase del sillón y lo volviese a la vida. Tiróse en el lecho como un sonámbulo, y la conciencia, muda hasta entónces, le habló.

A la mañana siguiente se postraba, bañado en llanto, retorcido de dolor, ante un sacerdote. De todo le absolvió... menos del «Pero...». Vuela al obispo, y tampoco: es delito reservado al Papa, al Papa únicamente. ¿Qué hace?

Sale y publica su falta por calles y por plazas; corre a sus arcas, vacía las talegas y reparte el oro entre los pobres; va a un escribano y cede lo demás a templos y hospitales. Nada se reserva. Viste luego el sa-

yal de peregrino; coge un báculo y emprende, a pie descalzo, camino de Roma. Implora donde llega el mendrugo de pan; duerme en despoblado sobre asperezas y cantiles; golpéase el pecho con piedras puntiagudas. Demacrado, macilento, el cuerpo una sola llaga, toca a las puertas de la Ciudad Eterna, treinta y tres meses después. Merced a los buenos oficios de unos monjes llega hasta su Santidad.

Oyele el Vicario de Cristo y le dice: —Enorme es tu delito, hijo mío; enorme ha de ser tu penitencia. Mucho has expiado hasta ahora; pero ese mucho es a tu falta lo que una gota de agua al mar. Párte ahora mismo, y, siguiendo siempre hacia Oriente, peregrina hasta que mueras. Tomarás, por todo sustento, tres bocados cuotidianos de pan negro y tres veces la porción de agua que te quepa en la cuenca de tu mano. Sólo dos horas dormirás, y éstas al medio día, y siempre sobre piedras y a la intemperie, lo mismo en invierno que en verano. Adonde quiera que llegues, solicita por los muertos del día, y véla tú solo al que la suerte te depare. Si no le hay, véla este esqueleto, que has de llevar siempre contigo, sobre la espalda, pegado a tus carnes bajo el sayal de lana. Te ceñirás tibias

y peronés a la cintura, como un cilicio; cúbitos y radios, al cuello, como un cordel. Tóma esta caldereta que contiene el agua inagotable del perdón, y esta rama inmarcesible de olivo. Llévalos siempre ocultos y da con ellos paz a cuantos muertos velares. Si cumples esto, hijo mío, hasta tu muerte, estarás en vía de salvación.

Ciñóse allí mismo el esqueleto; tomó la bacía y el hisopo... y, a andar, a andar.

¿A dónde no fue? Recorrió mares y continentes, metrópolis sabias y populosas; discurrió por aldeas y cortijos, por comarcas ásperas y desiertas; probó el pan de todas las naciones, bebió el agua de todos los ríos y aspiró el aire de todos los climas; conoció los ritos fúnebres de todas las religiones; veló muertos de todas las razas y oyó lamentarlos en todas las lenguas.

Siempre hacia Oriente, hacia Oriente, llegó al caer de una tarde melancólica a la ciudad nativa.

Tlan! Tlan! Tlan!, gemían las campanas, enloquecidas de dolor; seguían otras y luego otras, y los lamentos del bronce llenaban el ámbito, y el eco los repetía más tristes cada vez. Respirábase en la metrópoli ambiente de orfandad; discurría el

gentío con aire de pesadumbre, y por entre el clamoreo de las campanas oíase como un concierto de sollozos.

Avanzó el peregrino ciudad adentro. En todas partes, hombres y mujeres, niños y ancianos agotaban el mismo tema, en llorosos grupos. Por palabras y frases tomadas aquí y allá vino en conocimiento del suceso: la madre Esclava del Cordero había muerto en olor de santidad y en uso perfecto de sus facultades, a la edad de ciento quince años. La ciudad toda pedía su canonización.

Por los andenes de una plaza, seguido de muchos sacerdotes, venía el obispo. Arrodillóse el peregrino en los portales de un edificio para recibir la bendición. El aire ascético y penitente del romero; su barba centenaria, que al estar él de hinojos barría por el suelo; los surcos que el llanto había labrado en sus mejillas; la extraña corcova que le formaba el esqueleto, llamaron sobremanera la atención de su Ilustrísima. Detúvose un instante, y el peregrino, con humildad y unción que conmovieron hondamente al prelado, besóle el anillo y le pidió permiso para velar la religiosa. Hízole seguir hasta palacio su Señoría, y de ahí a poco envió a las monjas orden

terminante de dejar sola la muerta, de cerrar la iglesia inmediatamente, y de enviarle las llaves.

Con el último toque de ánimas entraba el peregrino en el antiguo templo. La presencia de Dios y el misterio de la muerte sentíanse en el augusto silencio del recinto. Luctuosos paños pendían de las bóvedas en oscilantes pabellones; velado estaba el altar como en cuaresma. Sobre él, sangriento y lastimoso, en cruz enorme de marfil, se destacaba un Cristo de Viernes Santo; como astro distante y solitario, alumbraba apenas la lámpara del Sacramento. En la amplia nave central alzábase, negro e imponente, el catafalco de la muerta; seis blandones reflejaban sus luces en las guarniciones y lágrimas de plata de las fúnebres colgaduras. Postróse boca abajo el peregrino y oró un corto espacio; se arrastró, luego, de rodillas hasta el centro, y dio sobre el féretro los treinta y tres asperges de costumbre. Apenas terminados, cae el sudario, y, alta, rígida, con majestad hierática, se alza la monja y dice:

—Bien haces en hisoparme, peregrino. El agua santa de la misericordia cae sobre los muertos como rocío del cielo. Te esperaba. Por permisión divina, tengo de reve-

larte grandes cosas. Tóma un escabel y siéntate; gíra en torno la mirada y díme lo que veas.

Y su voz, argentina y dulcísima, se modulaba en inflexiones de suprema tristeza. Obedeció, subyugado, el peregrino. Velo impenetrable cubrió la lámpara del tabernáculo; apagáronse a un golpe los blandones; tiniebla pavorosa, como de interior de tumba, envolvió el templo.

—¿Qué ves, hermano mío?—preguntó la religiosa.

Guardó silencio el peregrino, como absortado, y al cabo habló así:

—Hermana... Grandioso, incomparable espectáculo se ofrece a mis sentidos. Lumbre intensísima, para mí desconocida, inunda cuanto veo. Lejos de cegarme, mi visual alcanza y precisa a distancias incalculables. Oigo, y mi audición percibe la armonía del concierto y distingue, a la vez, el más vago y leve rumorcillo. Todo lo entiendo y lo defino, por obra de intuición sobrehumana. En todo estoy a un mismo tiempo, cual si tuviera el dón de ubicuidad. Ni cordilleras ni nevados limitan el infinito horizonte. Si esto fuere espectáculo del mundo, el globo de la tierra ha debido a-

brir su planisferio, sin perder por ello sus innúmeras sinuosidades. Colocado estoy en el centro, sobre una eminencia, punto preciso de vista para abarcarlo todo.

—¿Y qué ves desde allí, peregrino?

—Veo magníficas basílicas de severa, desconocida arquitectura, que hunden en el cielo sus agujas; santuarios que brillan en las cumbres como bloques de nieve in-conmovible; dilatados monasterios que blanquean en mitad de las llanuras; villas que en torno de aquéllos se agrupan, cual si buscasen su sombra. Veo, en desiertas altiplanicies, lazaretos más extensos y hermosos que los palacios de los reyes. Veo infinidad de bajeles de mil formas, que surcan todos los mares, que anclan en todos los puertos, que llevan en sus velas y en sus mástiles la Cruz de Jesucristo. ¡Ah!... La divina enseña por todas partes! Osténtanla en sus coronas y en sus centros monarcas poderosos que pasan ante mí en incontable procesión; osténtanla en sus tiaras la serie de pontífices que más allá contemplo; en sus mitras, esotra de prelados que diviso a lo lejos; en sus casullas, legión innumerable de sacerdotes.

—¿Y qué más?

—¡Siempre la Cruz, hermana mía; por cientos, a millares, como campo de mieses! En cada cruz, un cuerpo suspendido: son mujeres de ideal belleza. Aspero saco, erizado por dentro de sutiles puntas, encubre sus encantos y se clava en sus carnes; se distienden sus miembros, medio dislocados; crujen sus huesos; pies y manos se atrincan contra el leño por cordeles de esparto; corona semejante a la de Cristo ciñe sus cabezas; corre la sangre por sus frentes; de sus poros salta el sudor de la fatiga y del suplicio. No mueren: se atormentan. Como la santa de Pazzis quieren la vida para padecer; y cada una de aquellas mártires es descolgada por sus hermanas, antes de que la tortura la haya hecho sucumbir; otra la substituye, y a ésta la siguiente, por que no esté nunca desierta la Cruz del Redentor. Son Las Crucificadas. Limpias como la nieve al descender del cielo, se ofrecen en lento, perpetuo holocausto por los crímenes del mundo. Por que la víctima sea más preciosa; por sacrificar lo que más amaron las hijas de los hombres, sólo hermosura reciben en su seno.

Deténgome, ahora, ante otro cuadro no menos indecible. Son como aves blancas

que vagan sin cesar. Se arremolinan en bandadas; se dispersan como pétalos de rosa que se deshojase en el aire; giran, febricitantes de amor, para posarse luégo dondequiera que agonicen los mortales. Vuelan de los apestados a los leprosos, del lazareto al cobertizo del campo, donde perece el aislado. Caídas del cielo, surgen en los siniestros y catástrofes. A través del nublado de la metralla y el vapor de sangre de los combates, entre las nubes de polvo y los escombros del terremoto, sobre las aguas furiosas que inundan los pueblos, entre las llamas del incendio, en toda desgracia, en toda muerte, flota y tremola, como enseña de paz, el velo cándido que las envuelve. Son Las Cazadoras de Almas. Se diezma, se aclara la bandada. No importa. Por soplar en el oído del moribundo el nombre de Jesús perecen ciento; ciento, por que bese el labio contraído la imagen de Jesús; y por disputar un alma a Satanás, en su hora suprema de asalto perecieran todas.

Me pasmo, ahora, ante un prodigio que no soñaron los genios de la tierra. Es un lienzo. El alma del pintor debió de subir al cielo y tornar aquí abajo para reproducirlo. Arriba, sobre iris y divinos res-

plandores, corona el Eterno a María por Reina del Empíreo; espíritus angélicos y bienaventurados se prosternan, la glorifican y la aclaman; la inmensidad de cabezas forma horizontes. Abajo, entre incendios de gloria, miro el Cordero; los coros de Vírgenes entonan en rededor el himno de la pureza...

¡Ah, otro cuadro, y otros, y millares! Todos del cielo. Pintando están centenares de artistas. Es escuela al par que oblación. Trabajan de rodillas, por su Dios y para su Dios, poseídos de fiebre glorificadora. A cada pincelada alzan los ojos al cielo y transfiguran: piden inspiración al padre de la Belleza y le ofrecen a un tiempo sus trabajos. Son Los Artistas sin Mancha.

Quedóse de pronto silencioso, como abismado en la contemplación.

—¿Por qué callas, peregrino?

—El gozo me roba el alma, hermana mía, y temo que mi vista se engañe. Estoy en Jerusalén. Sobre la cúpula de Omar se eleva, victoriosa, triunfante, perfilada en en el cielo, abiertos los brazos, protegiendo al mundo, la Cruz de Jesucristo. Se eleva sobre los encumbrados minaretes pintados de arrebol, sobre las torres cuadradas

y las cúbicas habitaciones, en los desiguales muros y en las puertas de la Ciudad Santa. Infinidad de templos católicos se yerguen en su recinto; yérguense en las escarpadas alturas del Moria; en el Valle de Sión, en la cima del Monte Olivete. Arquitectura y estatuaria cristianas, de arte prolijo y hondo simbolismo, cubre de mármoles preciosos las pendientes del Gólgota. Las campanas repican gloriosas en todos los templos; vibra el júbilo en las ondas del Siloe y del Cedrón, en las cumbres del Monte del Escándalo; regocíjanse en sus sepulcros las cenizas de David y de Josafat. Muchedumbre de fieles se desborda en la que fue mezquita de Omar; resuena el órgano como intérprete de tanto corazón; por el dombo anchuroso suben las preces entre gasas de incienso. Sobre el altar de David, en custodia magna, donde cuajó el Oriente sus tesoros y el arte sus maravillas, está expuesta la Majestad de Dios. El púlpito de ébano y marfil, orgullo de Noradino, ocúpalo un prelado. Su rostro hermoso se contrae por la inspiración; flamean deslumbrantes sus pupilas; fuego divino arrebató su verbo en raudales de elocuencia. Celebra al santo de la fiesta, al Emperador de Oriente que rescató definitivamente y

para siempre el sepulcro de Jesús, los lugares donde se vertió la Sangre Redentora y se instituyó la Eucaristía; al espanto del paganismo que extendió el nombre de Dios por todo el Asia, por las regiones enantes misteriosas de Nubia y Abisinia, por cuantas islas constelan el océano... ¡Veo al santo, lo estoy viendo!... Es el mismo...!

—Basta ya, peregrino—dijo la religiosa siempre en pie. Tornó aquél a las tinieblas y revivieron lámpara y blandones—. Basta ya. Cuanto has contemplado es mínima parte del gran todo. Eso, que tanto te enajena, está sólo en la mente de Dios, que lo mismo abarca lo que ha sucedido que lo que debió suceder. Nada de esto ha pasado aquí en la tierra; bien lo comprendes. Hubiera pasado, peregrino; mas una simple palabra bastó a impedirlo: fue tu «Pero...» Yo soy aquella Flor de Lis, de otro tiempo; de mi unión con Timbre de Gloria hubiera resultado, por descendencia, la muchedumbre de héroes, de genios, de conquistadores y de santos; el cúmulo de grandes hechos, de instituciones, de obras inmortales y de glorias que acabas de contemplar. Esa lumbrera para tí desconocida, fuera la glorificación de Dios acá en la tierra. El santo que has visto y oído celebrar, fuera mi

nieto Timbre de Gloria I, Majestad cristiana de todo el Oriente. Míde ahora las consecuencias de tu falta. Quitaste una honra; echaste sobre un hombre inocente la maldición de su padre; extinguiste una raza; arrojaste dos almas al infierno; privaste a la tierra de infinitos bienes y al cielo de infinitos santos; impediste la salvación de millones de almas, el reinado y la glorificación de Dios; te interpusiste entre El y sus criaturas. Esto hiciste, licenciado Reinaldo. Un siglo há, precisamente, que en este mismo templo en que estamos, imploraste perdón por tu delito. Perdonado estás. Un siglo llevas de expiación: vas a terminarla en esta vida y a principiarla en la otra. El día supremo del juicio universal saldrá tu alma del fuego que purifica, para ser juzgada la última. También a la pecadora que te habla se le esperan tres siglos de esa llama. Pecó mucho: esposa de Cristo, necesitó noventa años para arrancar de su corazón el amor a un muerto, a un suicida. Mas el Dios de las clemencias concedióle ciento quince años de vida terrenal, para que llorase sus culpas, como te ha dado a tí ciento cincuenta. Encargada estoy en este instante de la justicia divina.

¡De rodillas, peregrino, que vas a comparecer ante el Supremo Juez!

Baja del féretro la monja, acércase al licenciado y con la débil diestra le arranca la lengua de raíz.

Al día siguiente, los alguaciles reales llevaban un reo a la vergüenza. Al acercarse a la picota de piedra, vieron encima una lengua humana que aún palpitaba. Van a quitarla y fuerza misteriosa los rechaza. Ni entónces ni después pudo nadie acercarse. Cernióse el espanto en esa piedra como sobre lugar de maldición; de ella huyeron las aves y las brisas; en torno de esa lengua hízose el vacío, que ni el aire impuro quiso contaminarse. Ahí está: ni el agua la reblandece, ni la calcina el resistero; elemento alguno la destiñe. Ahí está, sangrienta, palpitante, indestructible como la calumnia.

Y vosotras, hijas sencillas de mis montañas, rezad por el alma del licenciado. En los grandes días de perdón, cuando se despuebla el Purgatorio, allá se queda esa alma solitaria. Si vuestras preces no acortan el plazo irrevocable, amenguan, al menos, el fuego blanco de la purificación. En alta noche, cuando el viento se queje en las ventanas y gima en las techumbres; cuando los perros aúllen de tristeza, rezad por el **Anima sola.**

EL PREFACIO DE FRANCISCO VERA

La señora forastera, de temporada en el poblacho, obtuvo apenas fue conocida la gran fama como narradora, no tanto por su repertorio y su verba pintoresca, cuanto por la mímica y los remedos con que solía, por dar realce a sus anécdotas, transfigurar la fealdad caricaturesca de su vejez.

Una noche de tertulia, casa de uno de los caciques de más fuste, la instaron, de sobremesa, para que contara algo de lo bueno y divertido. No se hizo rogar la vi-
varacha abuela: sacó su silla al centro de la sala, y antes de sentarse declamó muy airoso y oratoria:

«Atención, nobles señores
Y las damas del decoro,
Que esta vez voy a contaros
Un cacho que no es de toro».

«Esto no es, realmente, cuento ni historias inventadas, sino un ejemplo que pasó tal y como lo aprendió una servidora de ustedes. Me lo enseñó taita Angarita, que era hombre de pluma y muchos conocimientos:

En la España del Rey nuestro Señor—principia muy pausada—había... y hasta lo habrá todavía, un pueblo muy grande y muy bonito, llamado Villa de Rescatados.

En ese pueblo nació mi mamita María de la O. Santofimio, una señora de media y babucha, muy tonable y mandataria. Nos contaba ella que la Iglesia mayor del pueblo ese, que es uno de los templos más hermosos y ricos de la cristiandad, se lo edificaron exprofeso a Nuestra Señora de las Mercedes, aparecida en un retablo muy perfecto y muy antiguo. Se lo encontraron unos cazadores en un peñasco sumamente alto, donde nadie había subido, por allá en tierra de moros. Por revelación que tuvo una señora muy santa vino a saberse que la Divina Señora quería que la trasladaran al lugar. Al momento fue por ella el gentío en una solemnidad nunca vista. El día que la colocaron en su templo se retocó muy patente y más hermosa que antes, y siguió retocándose cada doscientos

años. Fueron tantísimos sus milagros, que miles de cristianos, que tenían cautivos los indios moros, volvieron a su tierra buenos y sanos, sin faltar tan siquiera uno solo. Por eso llamaron al pueblo Villa de Rescatados. Nos contaba mi mamacita que todo el templo está cubierto con imágenes de milagros, pintadas y de bulto, y con ofrendas muy ricas; y que vive siempre lleno de peregrinos que llegan constantemente de toda parte del mundo.

Pues bueno:

Vivía en el pueblo un taitón muy macizo, muy acuerpado y de mucha fortaleza, que se llamaba Francisco Vera. Era tan buscarruidos y altanerote, que le armaba camorra al que lo volteaba a ver. Qué tal sería de caudillo y de ventajoso, que en vez de sacar la muñeca que Dios le había dado y tumbar cristianos a cada zuque, pelaba, muy sí señor, una guasparria tamaño de grande, que manejaba siempre en la cintura! Cada rato había en el pueblo trifucas y garroteras, asuntadas a las contien-das del tal Francisco Vera. A más de esto era tan tramposo y malostratos, que nadie le fiaba un cuartillo de perro; y tan fabuloso, que por más que jurara y perjurara, no le creían una palabra. Pero, eso sí: De-

voto como él solo de la Virgen de las Mercedes. Cada 25 de Septiembre, aunque no se confesara ni se enmendara cosa, le llevaba su buena ofrenda y asistía a toditas las funciones. Tal vez por eso el alcalde mayor y los alguaciles le disimulaban sus fechorías.

Era cura del lugar el vicario Bobadilla, un sacerdote muy virtuoso y algo pariente de mi mamita María de la O. Aunque ya estaba vejancón y padecía de la gota, tenía una voz tan linda y tan sumamente alta, que cuando cantaba en la iglesia retumbaba por toda la plaza. Tanta fama tenía su habilidad, que venían gentes de otras poblaciones nada más que para oírlo cantar misa.

Era hombre de mucho secreto, y muy querido de todos sus feligreses por lo servicial y lo parejo; lo mismo era con los señores acaudalados que con los pobrecitos limosneros. Su única diversión era cuidar una mulita baya, que contemplaba como a las niñas de sus ojos.

Se me olvidaba decirles que en sus mocedades había sido soldado, y que en una pelea muy tremenda que hubo con los moros se portó con tanto valor, que el Rey nuestro Señor lo premió con una bolsa de

onzas, lo puso en la guardia real y se lo llevó a su palacio.

El Vicario se mantenía sancochado con las perrerías de Francisco Vera; pero, en vista de aquella devoción a la Virgen, determinó mandarle la novena para que le alumbrara lo que debía hacer con su devoto; porque como era tan bueno y quería la salvación de todos los cristianos, no podía convenir que se fuera a perder un alma redimida con la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Así lo hizo, y en acabando la novena llamó a su casa al tal Francisco, un sábado por la noche. Se encerró con él y le dio unos consejos tan lindos y religiosos, que el caimán le prometió cambiar de vida si lo entablaba en algún trabajo. El vicario convino en todo, con tal que se confesara y cambiara de vida. Dicho y hecho: Al otro día se quedaron en el pueblo tamañitos cuando, en misa mayor, vieron a Francisco Vera arrimar al comulgatorio y recibir la Santísima Forma con muchísimo recogimiento. Dando y dando: después de misa le entregó el cura cien patacones, patacón sobre patacón, para que pusiera una venta en un paraje muy aparente, por allá en los ejidos del lugar.

-Na Principió el negocio con mucho auge

y la gente estaba muy admirada con la enmienda del dichoso Francisco Vera, de las caridades tan lindas del vicario, y del poder tan grande de la Virgen.

Pues, señor!... Se perdió chicha, calabazo y miel! Y la cosa hedió a cacho: resultó que aquel taita del enemigo malo hizo en la venta lo que nunca se le había ocurrido en su perra vida: aprendió a beber. Pero de qué manera! Entónces sí fue cierto que se puso bien canónigo y bien alzado! Tanto, que hasta las mismas autoridades le cogieron recelo. Lo metían a la cárcel, pero como era tan ladino y tan endiablado, se les escabullía mientras espabilaban, y la gente se ponía en un hilo, sabiendo que andaba por ahí suelto. El vicario se dejó entonces de bullas, y en mucho secreto le puso un posta al Rey nuestro Señor, con una carta muy bien relatada, en que le pedía los librara de semejante peligro.

Nadie sospechaba ni lo negro de la uña, cuando un día... Muñeco al hombro! Comparecieron en el pueblo diez alguaciles reales, como diez torres; me le echaron mano a mi señor don Francisco; jalaron con él hasta la propia orilla del mar y me lo embarcaron en un navío. Ya se podrá su-

poner cómo quedarían de descansados en el pueblo.

Entonces principiaron las cavilaciones sobre la suerte que había corrido. Unos aseguraban que había perecido en el mar; otros, que lo habían puesto en galeras; otros, que se había brincado del barco, y que, nadando, nadando, como perro terranova, había alcanzado a una orilla, y que allí vivía en una caverna como si fuera un ermitaño.

A estas y las otras llegó el día de Nuestra Señora de las Mercedes y cuál sería el pasmo de los fieles cuando lo vieron entrar a la salve, como si lo brotara la tierra. Se arrodilló muy devoto ante el Retablo y presentó a la Virgen una ofrenda muy cuantiosa de oro en polvo.

Al otro día asistió a todas las funciones, pero no alzó a ver a nadie ni pronunció una palabra. No bien terminaron las solemnidades se volvió ojo de hormiga. Nadie pudo averiguar, por más que se volviera mico y mono, dónde había posado ni qué camino había cogido. Esto los puso a todos en el último punto de la curiosidad. Pero el vicario, como tenía una fe tan grande en la Virgen, decía siempre: «Ahí no

hay ningún misterio: Francisco Vera está de ermitaño, haciendo penitencia. Nuestra Señora no va a descuidar el alma de un devoto suyo».

Al poco tiempo principió el runrún de que había salteadores por ahí en los caminos, y que en las casas de campo estaban haciendo muchos daños; pero como nadie se quejaba a la justicia ni ninguno mostraba los atentados, determinaron, al fin, que todo era invenciones y habladurías de gente ociosa.

Pasaron unos meses, y un día, allá por cuasimodo, llamaron al vicario con mucha urgencia para que fuera a auxiliar un moribundo, por allá a unos guaicos algo retirados del pueblo. Ensilló su mulita, y a propio golpe de las doce emprendió marcha, rezando el avemaría. Llegó la oración, llegaron las ocho y las nueve... y el vicario sin parecer. La criada que le servía salió entónces de casa en casa, y puso en movimiento a todo el vecindario. Salieron a buscarlo a pie y a caballo; anduvieron mucho rato por unos y otros caminos... y ni un alma por esas soledades! En el colmo de la alarma se juntaron en un alto, para ver qué sacaban en limpio, cuando por allá a las mil y quinientas vieron venir una luce-

cita, falda arriba. Fueron a ver, y casi no conocen al vicario; venía a pie, alumbrándose con un cabito de vela, sin sombrero, con la sotana rota, y todo él tan desempajado y tan mustio, que parecía un limosnero.

—Y eso qué contiene, mi padre?—le preguntó el alcalde.

—Después se sabrá.—contestó él.

—Y la mulita?

—Después se sabrá.

Y de aquí no lo sacaron. En el pueblo sucedió lo propio: nadie pudo desentresijarle lo más mínimo.

Pasaban días y más días, pero el «Después» del vicario no llegaba y a los feligreses se les reventaba la hiel con el ansia de descubrir aquel misterio.

II

La criada del Vicario, que era una zamba muy conversona y un puro empalago, estaba trastornada con el papel que estaba desempeñando en esos días. Todo el mundo la llamaba para averiguarle. Contaba, entre otras cosas, que su amo desde ese día era otro. Que, aunque tan siquiera le había amagado la gota, estaba tristón y desganado; que suspiraba cada rato, y que en ocasiones parecía fatuo o distraído. Que a ella no le quitaban de la cabeza que a su amo, aunque fuera sacerdote y tan sabido y tan católico, le habían hecho un maleficio muy terrible. Que a lo mejor echaba a cantar con la tonada del prefacio unas bobadas, como los ciegos que pedían limosna; que se ponía a escribir en cualquier papel, y que después lo rasgaba; que a una imagen del Retablo, que tenía en su ca-

becera, le decía de presto unas cosas que no eran oraciones ni décimas religiosas.

Nadie le creía a la zamburria, porque el manejo del vicario en la calle y en el templo era tan bueno y tan bonito como siempre.

A esas, otra vez la festividad de la Virgen. Llegaban y llegaban peregrinos y forásticos, y todo el pueblo estaba en atisba por ver si volvía Francisco Vera. Pasaron vísperas, salve y procesión, y el hombre no resultaba por ninguna parte. Pero dejan para misa mayor... y cátemelo en la iglesia! Venía muy fanfarrón, con un traje muy rico de caballero, y una capa de grana terciada con mucho orgullo. Llevaba colgada en una mano una gargantilla de uchuvras y de perlas, de lo más precioso, para ofrendarle a la Virgen. Pero, como el templo estaba ya retaqueado, no pudo por más que empujaba y metía codo, llegar hasta el trono de plata donde ponían el Retablo. Tuvo que quedarse muy abajo, junto a una pila. La misa principió con la pompa y la solemnidad de todos los años; y, como Francisco Vera era tan altote y la capa tan vistosa, lo divisó el vicario bien divisado, cuando volteó a decir el «orate frates».

Llegó el momento del prefacio, y todos tosieron y se prepararon a no perder una nota de aquel canto tan maravilloso. Abrió el vicario esa boca—la narradora imita con propiedad ademanes y canto rituales—y entona:

Ahí está Francisco Vera,
Robador de las haciendas,
Que despluma a caminantes
Por atajos y por sendas.

Una tarde en que viajaba
Me asaltó el perdonavidas
Y me robó mi mulita
Que anda cien leguas seguidas.

Me robó mi silla turca
Toda de plata chapada,
Y mis espuelas moriscas
De labor sobredorada.

Me robó dos mil ducados
Que el Rey mi Señor me diera
Y llevé siempre conmigo
En oculta faltriquera.

Por evitar sacrilegios
Y otros horribles delitos,
Tuve que hacer vil remedo
Del más grande de los ritos:

Me hizo cantar una misa
Al pie de frondosa higuera;
Me hizo elevar por hostia
Un trozo de calavera;

Me hizo alzar como cáliz
El zancarrón de una yegua;
Me hizo beber por vino
La sangre de una culebra.

Mando, pues, a los presentes,
Aunque el lugar sea sagrado,
Que cojan al bandolero
Y a la cárcel sea llevado.

Qué susto aquél! Pero no hubo necesidad de nada, porque Francisco Vera se puso en pie y dijo con voz muy rara: «No hay que tocarme: me doy por preso en nombre de la Virgen! Ella responde de que no quiero escaparme!». Todos miraron al Retablo y vieron muy patente que la Divina Señora movía el rostro, en señal de otorgamiento. El hombre siguió clavado de rodillas y llorando como un niño.

A la salida de misa hizo confesión pública en media plaza, llorando a lágrima viva y pidiendo tormentos y muerte ignominiosa. Divulgó a sus compañeros y el subterráneo donde se escondían y guardaban los

dineros, las alhajas y demás cosas robadas. Contó que sólo habían vendido las bestias y que las otras riquezas no las habían repartido todavía. Que podían restituir el valor de todos los robos y pagar perjuicios, porque él y otros dos de la pandilla habían recorrido muchos pueblos, disfrazados de caballeros principales, y que en todos habían puesto banca, por cuenta de la compañía, con una suerte tan grande, que con toda limpieza y legalidad aumentaron su caudal en más del triple. Contó que su confesión y comunión, cuando el llamado del vicario, fueron sacrílegas, porque calló pecados muy horribles; que ese mismo día, mientras él le contaba los dineros del enable, le robó el cuaderno de los Santos Evangelios; que desde entonces lo llevaba pegado al pecho con una faja, para librarse de bala, de puñal, de picadura de culebra y de maleficios de toda laya.

Contó que los alguaciles reales lo llevaron a una isla del mar, donde vivía gente muy pirata; que allí topó compañeros de robo y se volvió con ellos a la España del Rey Nuestro Señor, donde emprendieron vida de salteadores. Que a los infelices que caían en sus garras los obligaban, después de despojarlos, a jurar sobre los Santos E-

vangelios no divulgarlos ni en artículo de muerte; que a los que se resistían los llevaban a paraje secreto, los abaleaban, y ahí mismo los enterraban sin ponerles tan siquiera una triste cruz de chamiza.

Y, como jurar en falso sobre los Santos Evangelios no tiene perdón de Dios, ni en esta vida ni en la otra, nadie chistaba una palabra por no perder su alma. Por eso andaban esos malignos tan despensionados!

El vicario se ranchó a jurar; pero, cómo hacían para matarlo? El que asesina sacerdote o le saca sangre por mal, está condenado en vida; queda, ahí mismo, poseído del demonio, y echa a morder que ni perro rabioso, hasta que muere de la rabia.

Por eso inventaron los herejes, ya que no podían asesinar al vicario, el embeleco de la misa. Se resistió también; seguro que nó! En la sofoquina se le cayó al pobrecito el cinto con los dos mil ducados, pero ni por esas se aplacaron esos diablos! Lo amenazaron con secuestrarlo en el subterráneo y robarle, mientras estuviera preso, el tesoro de la Virgen. Ahí sí se rindió el vicario y cantó la misa, a moco tendido, tal y como la relató en el prefacio.

Dijo también que él tenía su corazonada de que el vicario lo divulgaría apenas lo viera en el pueblo; pero que no pudo resistir a unas ansias muy grandes que le acometieron de presentar él mismo la ofrenda. Por lo cual se vio patente que ya la Virgen le había tocado el corazón.

Era tanta y tan conmovedora la contrición de Francisco Vera, que todo el mundo lloraba. Ahí mismo lo condenó el justicia mayor a muerte de horca. Pero, mientras se hacían las diligencias para la repartija de todo lo robado a sus debidos dueños, y se cogían los otros criminales, le puso el vicario, en el secreto de siempre, otro posta al Rey Nuestro Señor, para implorarle el indulto del reo. Su Sacra Real lo concedió al momento.

Entonces lo condenaron a galeras por muchos años; pero, como se portó en ellas como el más humilde de los santos, le rebajaron la condena. Se fue entonces de criado a un convento de capuchinos. Hizo tanta penitencia, que se volvió un esqueleto: se le salieron los ojos a fuerza de llorar, y la lengua se le convirtió en una llaga.

Un día de las Mercedes, al amanecer, sintieron los frailes una fragancia que tras-

cendía por todo el convento, y unas músicas y unos cánticos, de la cosa más preciosa. Fueron a la celda de Francisco Vera y lo toparon muerto. Lo llevaron a la iglesia, y a medida que lo velaban se iba poniendo tan lindo y tan perfecto, que cuando fueron a darle sepultura parecía mismamente un ángel del Señor.

Así como se los cuento! Y todo el que es devoto de Nuestra Señora de las Mercedes, aunque sea el pecador más empedernido, tendrá muerte santa: porque la Divina Señora no sólo redime los cautivos de infieles, sino que le arranca al Diablo las almas que ya tiene entre sus garras.

A mayor gloria de la Virgen María. Amén».

NOTA.—Este cuento, localizado en Antioquia, y muy en boga hace 60 años entre las gentes del pueblo, no es otra cosa que una variante de «El Romance del Cura», recogido por Rodríguez Marín no hace muchos años. Probablemente esta narración la trajo a Antioquia algún valenciano.

EL GRAN PREMIO

—Sí, hijo: no te desalientes.—decía el Padre Rector a un su antiguo discípulo, recién licenciado en Jurisprudencia—El que lucha con perseverancia, puestos los ojos en Dios y en su Santísima Madre, triunfará aquí abajo y allá arriba. A quien espera en lo eterno, lo temporal le pertenece.

—Quién sabe, Reverencia!—repone el abogado, medio risueño.—Las cosas de tejadas para arriba, por lo mismo que son inescrutables, no pueden someterse a reglas fijas ni a fórmulas humanas.

—Has perdido, acaso, los principios que aquí te inculcamos?

—Dios me libre, Reverencia! Pero conozco a tantos que luchan con tesón, que piden con fe, que esperan en Dios, y que, lo que es aquí abajo, no han conseguido sino desengaños y hepatitis. En cambio conozco

muchos poltrones muy nulos, que, sin pedir nada a Dios ni acordarse de El, andan por ahí, vencedores en toda la línea. A este respecto me sé yo una historia de primo cartel.

—No será cosa del otro mundo; pero cuéntala, chico, si no es un secreto.

—Ni mucho menos! Pero es larga, y la gran Reverencia, con toda su fe, no va a creerla. Sin embargo, es tan auténtica y tan comprobada como los Evangelios Sinópticos.

—Mucho te curas en salud; así serán tus evangelios! Cuéntalos, ya que estamos en vacaciones.

—Pues bien. La Reverencia habrá de estimular todos sus afectos y todas sus facultades de creyente, y... va de historia fehaciente:

Erase que se era un pobre diablo, un mandria de estos que son ineptos por pereza y perezosos por ineptitud; uno de estos enfermos de la voluntad, que parecía sobrar en la vida, porque para nada servía ni tenía uso de ninguna especie. Mas, como esto no se opone legalmente al santo estado del matrimonio, lo contrajo desde sus verdes años y se fue a vivir a casa de su mujer, por allá

a un pueblo de escaso vecindario, cercano a un río caudaloso.

En un dos por tres acabó con el exiguo patrimonio que la esposa aportara, hasta quedar reducidos a la última indigencia. Pero eso sí! Cada año les enviaba el cielo, lloviera que tronara, fruto amable de bendición. Los deberes y responsabilidades que esto implica, lejos de mover al hombrecito, le hundían más y mejor en el marasmo negro de la anulación. Era, en suma, la bestia agobiada que se echa con la carga a la vera del camino.

Pero mi hombre, que tenía vanidad y amor propio a su modo, trataba de engañar a los demás y de engañarse a sí mismo.

Quien no lo conociese lo tomaría por el hombre más activo y ocupado, según eran los afanes y los alardes por aquellas faenas tan grandes y tan perentorias. Ibase al río a disputar a los pájaros las moras y las bellotas a los cerdos, y, cuando volvía con algún tronco medio podrido, de esos que la corriente arrima a la orilla, entraba triunfante a la zahurda donde se hacinaba su prole, y decía a la mujer muy satisfecho: «Hoy sí ha sacado buen jornal tu maridito!». Y, cuando por evento daba con alguna nidada, por ahí en los ejidos, gritaba

desde la puerta: «Prendan candela que hay comida hasta para tirar por lo alto!». Pero, aunque el caso fuera raro, había que comer los huevos conforme fueron puestos, por falta de sal y de tizones.

Estas proezas lo alegraban un momento, para apurarle la murria que su vergüenza interior, su irreductible abandono y sus hambres le traían siempre consigo.

Nunca se había preocupado de creencias ni prácticas piadosas, y, a fuerza de envenenarse con su propia amargura vino a parar, sin darse cuenta de ello, en ese anti-deísmo rabioso de los desheredados y vencidos, que es uno como odio a la Providencia, todo lo cual no se oponía a sus agüeros de emperador romano.

Claro está que la mujer tenía que pagarle todos sus despechos y atosigamientos. La infeliz, que era una bendita, sufría lo indecible con aquel marido que le deparó su negra estrella. Pero era tal que de nada le culpaba, pensando que todo ello era cosa ingénita en su hombre, y que, por lo mismo, de nada era responsable. Al verlo tan poquita cosa, tan infeliz y tan ridículo, sentía la tierna conmiseración de una madre por un hijo epiléptico. Como a tal lo trataba, oponiendo a los arrebatos y cantinelas cuan-

ta dulzura acendrabá su corazón piadoso.

La pobre vivía pegada de los santos, sin perder la esperanza en la Divina Providencia. «Algún día», pensaba siempre; pero ese día no llegaba.

Ayudada por sus dos hijitas mayores luchaba brazo a brazo con el tigre del hambre; pero, por más milagros y sortilegios que obrasen, el tigre se las comía. Las miserias que podían industriarse eran, la mayor parte, para el jefe de la familia. Ella se hacía una cruz en la boca y los chiquitines se iban a merodear a los huertos, o a acostar por ahí, con esa boca abierta y esos ojos extáticos de los niños con hambre.

Aunque la mujer ocultaba en lo posible tanta miseria, una vecina pudo imponerse de todo, y, con el disimulo y decoro del caso, los socorría según sus medios. Ella vino a ser la providencia de la familia. Pero una vez se le ocurrió como rasgo ingenioso de caridad indicar al hombre la caza o la pesca, ofreciéndose a facilitarle perros, útiles y demás enseres respectivos. Qué ofensa a quélla! El, caza? El, pesquerías? Un hombre tan ocupado, en esas? Hartó de injurias a la vecina, y... adiós providencia!

Varias veces había pensado en el re-

medio del suicidio; mas nunca se consideró con el valor o con la cobardía de aplicársele. Pero un día se despertó tan desahuciado y con tales ansias de comer algo que fuese alimento y de tomar algo que no fuese agua, que determinó ensayar a ver si era capaz de alguna hazaña. Pensó que desde cierto peñón altísimo, podría, acaso, tirarse hasta un camino, con tal que el vértigo de la altura coincidiese con el de la muerte.

Con el propósito del ensayo iba a salir, cuando su mujer lo llamó aparte y le dijo:

—Mira el regalo tan rico que nos ha mandado el ama del señor cura.—era un cuarto de cabrito primorosamente aderezado, un pan blanquísimo y enorme y una bota de buen vino.—Hoy no estamos en casa desprovistos; y, si me pongo a repartir esto entre todos, de nada nos suplimos. Por qué no lo aprovechas tú solo? Hace días que no pruebas un buen bocado ni catas ningún vino. Véte por ahí al campo, que el día está hermoso: te distraes, te bañas y almuerzas con toda tranquilidad.

Y ahí mismo, sin esperar respuesta, le arregló todo en un morral viejo. Tercióselo el hombre muy convenido, y salió de jira, completamente olvidado del ensayo de suicidio.

Llegado apenas a las afueras del lugar acometióle el deseo de probar aquellas suculencias. Abre el morral, pone todo sobre el poyo de un puente, y, cuando va a partir la prueba, salen a la vez cuatro mendigos, pide que pide. Pues no faltaba más!

Enmorralla todo, apresurado; los desnuesta furioso; y, como un huracán, toma soleta senda arriba. Llega a un recodo que le parece de encargo para su antojo; saca todo, a las volandas; mas no son, entonces, cuatro: son doce los mendigos que le saltan. Hasta irían a matarle esos infames! Mucho puede el pánico, pero más pudo el hambre: con disimulo guarda todo, con disimulo toma el morralillo, y se escabulle que ni el humo. Qué hacer? Guardarse de caminos reales.

Toma, entonces, un atajo, e internándose por entre las espesuras de un bosque llega a las márgenes de un arroyo. Aquí sí estaba libre de pedigüenos astrosos! Pone sus provisiones sobre el verde césped, muy virgiliano y muy satisfecho, a la sombra deliciosa de unos arrayanes. Va a escanciar la copa, y, oh negra estrella! Un pordiosero, todo harapos y fatiga, surge como brotado de la tierra. Con voces lastimeras implórale un bocado; échalo el hombre enhorama-

la; guarda de nuevo aquellas provisiones que parecen maldecidas, y trata de escaparse. Pero el pordiosero se le interpone y se le va transfigurando, hasta convertirse en un hombre delgado, melancólico, de túnica nevada, el rostro como cera, los ojos como uvas moscateles, como trigal maduro la barba y los cabellos. Más que el sol resplandece su cabeza.

II

—Me conoces?—pregunta con una voz de flauta.

—Te conozco.—contesta el hombre muy sereno.—He visto tu retrato en muchas partes.

—Y, sabiendo quién soy, y que sufro siempre sed, me despidas y me niegas una gota de tu vino?

—Si antes de saber quién fueras te la negué, cuánto más ahora que te conozco!

—Si he obrado mal, muéstrame en qué; o si nó, por qué me hieres?

—Y tú me lo preguntas? Piensas, acaso, que me tienes muy obligado? A muchos concedes facultades, riquezas, honores, magnificencias... qué sé yo! A mí, ineptitudes, hambre, desprecio, humillación. A los malvados y soberbios los pones en las

cumbres: a mí, que soy un humilde; que a nadie hago daño, me hundes siempre.

—Sabes mi Sermón de la Montaña?

—Sí; aunque lo enredo.

—Ya sabrás, entonces, que en él estás comprendido. Todo es por probarte, hombre!...

—Sí? Pues a mí puedes probarme, si ese es tu gusto; pero mi comida y mi vino no los probarás!

Y, recogiendo todo con mucha flema, emprende marcha y deja a Jesucristo plantado orillas del arroyo.

Andando, andando, siente música de aguas; pone oído, busca, y da a poco con una gruta escondida, de donde salta un manantial. Aquí sí! Ni Cristo con su peonada de bienaventurados, ni el diablo con sus presidios, ni los genios andariegos del monte darían con esta caverna. Mucho que sí! No bien intenta el yantar sale una viejecita, muy remendada y zurcida. Se apoya en un bordón, y pide por señas, porque el cansancio no la deja articular. Mas de presto se transforma, a su vez; se transforma en un sér etéreo, desvanecido en blancuras y nimbado de estrellas.

—No me vengas con figuritas, que conmigo nada sacas!—exclama el hombre, enronquecido por el enojo.—No te daré un mendrugo. Mucho le enseñaste a tu Hijo... Hasta a hacer milagros! Pero lo que fue justicia y cuentas de división... ni tanto así! Sé que eres la Madre de los Desamparados; pero a mí me borraste de la lista. Sé que cuanto pidas a tu Hijo te lo concede al punto; mas para mí no has querido pedirle ni una miserable pocilga. No me salgas con que se te ha olvidado, porque hartó te lo viven recordando mi mujer y mis hijos.

Y, otra vez guardada, plantón y huída.

Indudablemente que era víctima de alguna travesura del Enemigo Malo. Ya le había oído predicar al párroco que el diablo es tal que ha aparentado a veces la figura de Jesucristo. Y esas provisiones estaban, desde luégo, bien endiabladas. Y qué? Aunque el vino fuese de los propios lagares del infierno; aunque esa carne fuera del mismo macho cabrío y la hubiese guisado el demonio en persona con sus garras indecentes, había de tener el gusto de engullirse todo, él solo, sin aflojar a nadie una partícula.

Enloquecido por el hambre se tira por ahí en unas piedras, cerca a una roca de donde filtra apenas un hilillo cristalino.

Emprende apresurado, y... lo de siempre! Oye traquidos extraños y quebrazón de cañas, y asoma, Dios le asista! el grandísimo Espanto. Se le cuadra al frente, augusto y soberano. Trae la armazón muy lustrosa, y muy enhiesta la tiara de pedrería. Pide con la diestra; apóyase con la otra en el asta áurea y maciza de su guadaña, mientras le cuelga atrás y le arrastra, como cascada de sangre, el regio manto de escarlata.

—Acércate y siéntate.—salta el hombre muy solícito, poseído repentinamente de inusitada urbanidad.—Compárte conmigo esta pobreza. Te la ofrezco con toda el alma. De mil amores te ofreciera un banquete espléndido, pero mi situación no es para tanto.

—Gracias mil, amigo mío.—repone su Majestad, no menos urbana y efusiva.—Te pedía por guasa, únicamente. Siéntate tú y cóme, que yo te acompaño en espíritu.

—Siquiera una copita! Es de lo rico.

—Gracias tantas! Estoy afiliada a la logia de los temperantes; pero, por atender a tan amable invitación, te aceptaré la copa, de sobremesa.

—Pues con tu permiso!

Siéntase mi hombre a comer, que aque-

llo es. Cuidado si sabían guisar en los infiernos! La convidada se recuesta en la peña con gentileza áulica y actitud filosófica.

Nadie ignora que, a más de sapiente, es ella grande hablista y académica omníglota.

Cuando el cuarto de cabrito, la mitad de la bota y el pan entero colmaron las lobregueces de aquel estómago, se produjo la autócrata con mucho atildamiento y casticismo.

—Estoy altamente maravillada y profundamente agradecida de tan noble como generosa hospitalidad. Por vez primera, en mi larga y fatigosa existencia, merezco los honores de una cordial acogida. Tanto me odian los hombres, que, por no mirarme de frente y por hacerme la competencia, se truncan ellos mismos la vida, hora por hora, minuto por minuto, mucho antes del tiempo prefijado para mis ineludibles entrevistas. A menudo me les anuncio, a fin de que me acojan cual yo me lo merezco y cumple a seres tan efímeros como las mariposas de los campos. A menudo me les acerco, dulce, sosegada, henchida de promesas, mostrándoles los muros luminosos de la Jerusalem celeste. Todos, empero, me reciben torvos y aviesos.

Los deudos mismos, si exceptuamos los presuntos herederos, me ponen ceño siniestro de médico vencido. Tú, sólo; sólo tú, mortal felice, me has recibido como a mi Augusta Majestad le es debido. En verdad te digo que me tienes obligada y que sabré agradecerte tus finezas. Finezas, sí; porque, aunque me temas, hartos se me alcanza que no me adulas!

—Yo aduarte? Y a tí? Pues si por eso me encantas, cabalmente; por eso te quiero y te estimo: porque no eres como otros, porque nunca adulaste al más pintado. Con santos y con malvados, con siervos y soberanos, con potentados y pordioseros, con la juventud y con la vejez, con la espuma y la zurrapa, eres igual; eres la misma. Eso se llama justicia, equidad, ciencia distributiva; eso se llama ser gente.

Y, yendo al hilo de agua, lava la copa, la enjuga con una hoja, la escancia hasta los bordes, y se la presenta a su invitada. Toma él la bota y chocan.

—Por tu felicidad!—dice ella.

—Por la tuya, Alteza. Y... hasta verte, Jesús mío!

—Qué vino más rico y más extraño.— exclama la Soberana, en apurándolo.—Es

un néctar que envidiaran los mismos Dioses. En verdad te digo, anfitrión amabilísimo, que si le cato antes, no firmara la temperancia que he firmado. A ver la marca... No la tiene! Es raro. Harto raro! Díjese extraído de la viña más opima del Paraíso! Pero... quién sabe!... Este vino...

Y se queda suspensa, distraída, ensimismada. Mi hombre, en ascuas, a la vez que en glorias. Valiérale Patetas! Si resultara que hasta a la Justiciera le estaba alcanzando el embrujamiento! Lo que era él sentíase delicioso, lleno de arrestos, de astucia, de audacia. Si así fuera siempre!

—De dónde le hubiste?—le pregunta ella, al cabo.

—El vino, Majestad?

—Sí; este vino pérfido, diabólico!..

—No sé, Alteza. Mi mujer manda a comprarlo indistintamente a las bodegas más acreditadas. Hasta hoy nada hemos notado.

—Conoces, por acaso, a cierta ama del cura, que se llama Jónica?

—La conozco, Alteza.

—Pues acá, en el seno de nuestra es-

trecha amistad, debo decirte que esa mujer, ahí donde la ves tan recogida, es una bruja de lo más funesto y urdemales. En el conventículo que se ha formado en las ruinas de un templo de Príapo, la he visto, pasada media noche, con otras de la laya, en zambras libidinosas con el demonio. El poder del infierno es incalculable! No es difícil que la hembra infame ponga filtros infernales en cualquier vino. Sólo el de consagrar está libre de hechizos. Después de ese... ni el agua santa de Dios. Mas, sea esto lo que fuere, yo no estoy bajo el dominio de Satanás, por más que me alcancen sus influencias y... vamos a nuestro asunto: pensaba dejarte, como prenda de amistad y galardón por tus favores, unas cuantas talegas de oro amonedado. Pero este vino demoníaco, que alumbra el entendimiento con intuiciones maravillosas, me ha hecho discurrir con el acierto que caso tan inaudito ha menester. Pues bien, amigo mío: si soy la encargada del gran castigo, lo soy asimismo del gran premio; el mayor premio que en lo terrenal puede alcanzarse. Y, pues eres tú el único nacido que supo hacerme justicia a mí, la calumniada, quiero sellar con esta adjudicación la alianza más hermosa que existir pueda entre mi Majestad y el hombre. Acércate.

Y, poniéndole en la sien izquierda la falange extrema del índice, pronuncia muy solemne y ritual:

—Tibi, in nomine Dei, Unus et Trinus, maximum hoc proemium, dedico.

Y agrega en castellano:

—Allá tú con el Sér Supremo!

No bien quita el imperial hueso, brota en el punto que ha tocado una verruguilla apenas perceptible al tacto.

—Cuando quieras algo—prosigue la adjudicante—lo tendrás ahí mismo, con sólo llevar el dedo indicador a esa excrecencia providente. No pidas salvación para tí ni para nadie; que ni ella se da gratis ni está en mis atribuciones concedértela. Esa tienes que buscarla tú mismo, por tu cuenta y razón. Hartos medios tendrás si sabes buscarla. No me pidas, tampoco, resurrección alguna. Los pocos que Cristo y otros han resucitado, sobre hacerles flaquísimo servicio, me los arrancaron a la fuerza. En cuanto a lo demás, no te pares en chiquillas: píde días hasta el día del juicio; belleza, salud y juventud hasta entónces; hasta entónces, goces, triunfos, fruiciones. Píde poderíos, imperios, continentes; píde el mundo. Todo lo tendrás. En verdad te digo que la bota te

hizo el juego. Si no es por ese vino... Y adiós, que he perdido un tiempo precioso!

Se estrechan, se ciñen, cruje todo el esqueleto; se desligan y su Alteza se va por donde vino.

El hombre torna al pueblo, entrajado que ni un rey. La bota, montada en oro, le cuelga airosa a guisa de escarcela. Cabalga un bucéfalo que el de Alejandro era una rata. Tira a los transeuntes cada moneda, que se matan en la rebatiña. Halla el pueblo en el colmo del pánico. Su mujer y el ama del cura acaban de morir repentinamente, casi a un mismo tiempo.

Pasadas las pompas fúnebres apresta a sus hijos, sacude el polvo de su tierra y la abandona, dejando una estela de oro, de pasmo y de envidia.

Aunque esto aconteció cuando San Juan estaba en su isla y la Magdalena en su espelunca, por ahí anda mi hombre, la bota al cinto, el dedo en la verruga. Por ahí anda triunfante, en perpetua apoteosis. Mientras más liba de la bota inagotable, más grande aparece. Eterno transformista, cambia de accidentes, cambia de escenario; reencarna ya en una forma, ya en la opuesta; pero es el mismo, siempre el mismo.

Unas veces es Tamerlán y otras Saladino; unas, Apolonio; otras, Mahoma. Aquí es Carlos V; acá, Barbarroja; allá, Luis XIV; acullá, Lutero. Ahora es esto, ahora es aquello; y lo que se quiera... y el demonio coronado. Es, en fin, el hombre terrible de cada siglo de nuestra Era: es la Soberbia vencedora, desvanecida... Y punto final.

—Qué dice de mi historia, la gran Reverencia?

—Nada! Sólo digo que si estuvieras todavía bajo mi disciplina, te había de aplicar, como a tu héroe, el gran premio de arresto y ayuno, por estrafalario y ocioso.

SIMON EL MAGO

Entre mis paisanos criticones y apreciadores de hechos es muy válido el de que mis padres, a fuer de bravos y pegones, lograron asentar un poco el geniazo tan terrible de nuestra familia. Sea que esta opinión tenga algún fundamento, sea un disparate, es lo cierto que si los autores de mis días no consiguieron mejorar su prole no fue por falta de diligencia: que la hicieron, y en grande.

Mis hermanas cuentan y no acaban de aquellas encerronas de día entero en esa despensa tan oscura donde tanto espantaban! Mis hermanos se fruncen todavía al recordar cómo crujía en el cuero limpio, ya la sogá doblada en tres, ya el látigo de montar de mi padre. De mi madre se cuenta que llevaba siempre en la cintura, a guisa de espada, una pretina de siete ramales, y no por

puro lujo: que a lo mejor del cuento, sin fórmula de juicio, la blandía con gentil desenfado cayera donde cayera; amén de unos pellizcos menuditos y de sutil dolor con que solía alinear toda reprensión.

Estos rigores paternos, bendito sea Dios, no me tocaron!

Sólo una vez en mi vida tuve de probar el amargor del látigo!

Con decir que fui el último de los hijos, y además enclenque y enfermizo, se explica tal blandura.

Todos en la casa me querían, a cual más, siendo yo el mimo y la plata labrada de la familia; y mal podría yo corresponder a tan universal cariño cuando todo el mío lo consagré a Frutos!

Al darme cuenta de que yo era una persona como todo hijo de vecino, y que podía ser querido y querer, encontré a mi lado a Frutos, que, más que todos y con especialidad, parecióme no tener más destino que amar lo que yo amase y hacer lo que se me antojara.

Frutos corría con la limpieza y arreglo de mi persona; y con tal maña y primor lo hacía, que ni los estregones de la húmeda

toalla me molestaban cuando me limpiaba «esa cara de sol», ni sufría sofocones cuando me peinaba, ni me lastimaba cuando con una aguja y de un modo incruento extraía de mis pies una cosa que... no me atrevo a nombrar.

Frutos me enseñaba a rezar, me hacía dormir y velaba mi sueño; despertábame a la mañana con el tazón de chocolate.

Qué más? Cuando, antes del almuerzo, llegaba de la escuela, ya estaba Frutos esperándome con la arepa frita, el chicharrón y la tajada.

Lo mejor de las comidas delicadas en cuya elaboración intervenía Frutos—que casi siempre consistían en chocolate sin harina, conservón de brevas y longanizas—era para mí.

Válgame Dios! Y las industrias que tenía! Regaba afrecho al pie del naranjo; ponía en el reguero una batea recostada sobre un palito; de éste amarraba una larga cabuya cuyo extremo cogía, yendo a esconderse tras una mata de caña a esperar que bajara el «pinche» a comer... Bajaba el pobre, y no bien había picoteado, cuando Frutos tiraba, y zás!... Debajo de la batea el pajarito para mí!

Cogía un palo de escoba, un recorte de pañete y unas hilachas; y, cose por aquí, rellena por allá, me hacía unos caballos de ojo blanco y larga crin, con todo y riendas, que ni para las envidias de los otros muchachos.

De cualquier tablita y con cerdas o hilillos de resorte me fabricaba unas guitarras de tenues voces; y cárame a mí punteando todo el día.

Y los atambores de tarros de lata! Y las cometillas de abigarrada cola!

Con gracejo para mí sin igual contábame las famosas aventuras de Pedro Rimaless—Urde, que llaman ahora— que me hacían desternillar de risa; trasportábame a la «Tierra de Irasynovolverás», siguiendo al ave misteriosa de «la pluma de los siete colores», y me embelesaba con las estupendas proezas del «Patojito», que yo tomaba por otras tantas realidades, no menos que con el cuento de «Sebastián de las Gracias», personaje caballeresco entre el pueblo, quien lo mismo echa una trova por lo fino, al compás de acordada guitarra, que empuña alguno al otro mundo de un tajo, y cuya narración tiene el encanto de llevar los versos con todo y tonada, lo cual no puede variarse so pena de quedar la cosa sin autenticidad.

Con vocecilla cascada y sólo para solazarme entonaba Frutos unos aires del país—diz que se llamaban «Corozales»—que me sacaban de este mundo: tan lindos y armoniosos me parecían!

Respetadísimos eran en casa mis fueros. Pretender lo contrario estando Frutos a mi lado era pensar en lo imposible. Que «Este muchacho está muy malcriado!», decía mi madre; que «Es tema que le tienen al niño!», replicaba Frutos; que «Hay que darle azote!», decía mi padre; que «Eso sí que no lo verán!», saltaba Frutos, cogiéndome de la mano y alzando conmigo; y ese día se andaba de hocico, que no había quién se le arrimase.

Y cuando yo le contaba que en la escuela me habían castigado! Virgen Santa! Las cosas que salían de esa boca contra ese judío, ese verdugo de maestro; contra mamá, porque era tan madre de caracol y tan de arracacha que tales cosas permitía; contra mi padre, porque era tan de pocos calzones que no iba y le metía unos sopapos a ese viejo malaentraña! Con ocasión de uno de mis castigos escolares se le calentaron tanto las enjundias a Frutos, que se puso a la puerta de la calle a esperar el paso del

maestro; y apenas lo ve se le encara midiéndole puño, y con enérgicos ademanes exclama: «Ah, maldito! Pusiste al niño com'un Nazareno! Mío había de ser... pero mirá: ti había di'arrancar esas barbas de chivo!». Y en realidad parecía que al pobre maestro no le iba a quedar pelo de barba. El dómine, que fuera de la escuela era un blando céfiro, quedóse tan fresco como si tal cosa; y yo «me la saqué», porque Frutos en los días de azote o férula me resarcía con usura, dándome todas las golosinas que topaba y mimándome con mil embelecos y dictados a cual más tierno: entónces no era yo «El niño» solamente, sino «Granito di'oro», «Mi reinito», y otras cosas de la laya.

En casa el de más ropa qué relevar era yo, porque Frutos se lamentaba siempre de que «el niño» estaba en cueros, y empalagaba tanto a mi madre y a mis hermanas, que, quieras que nó, me tenían que hacer o comprar vestidos; no así tal cual, sino al gusto de Frutos.

De todo esto resultó que me fui abismando en aquel amor hasta no necesitar en la vida sino a Frutos, ni respirar sino por Frutos, ni vivir sino para Frutos; los demás

de la casa, hasta mis padres, se me volvieron costal de paja.

Qué vería Frutos en un mocoso de ocho años para fanatizarse así? Lo ignoro. Sólo sé que yo veía en Frutos un sér extraordinario, a manera de ángel guardián; una cosa allá que no podía definir ni explicarme, superior, con todo, a cuanto podía existir.

Y venir a ver lo que era Frutos!

Ella—porque era mujer y se llamaba Fructuosa Rúa—debía de tener en ese entónces de sesenta años para arriba. Había sido esclava de mis abuelos maternos. Terminada la esclavitud se fue de la casa, a gozar, sin duda, de esas cosas tan buenas y divertidas de la gente libre. No las tendría todas consigo o acaso la hostigarían, porque años después hubo de regresar a su tierra un tanto desengañada. Y cuenta que había conocido mucho mundo, y, según ella, disfrutado mucho más!

Encontrando a mi madre, a quien había criado, ya casada y con varios hijos, entró a nuestra casa como sirvienta en lo de carguío y crianza de la menuda gente. Por muchos años desempeñó tal encargo con alguna jurisdicción en las cosas de buen comer, y llevándola siempre al estricote con

mi madre a causa de su genio rascapulgas y arriscado, si bien muy encariñada con todos allá a su modo, y respetando mucho a mi padre a quien llamaba «Mi Amito».

Mi madre la quería y la dispensaba las rabietas y perreras.

Frutos había tenido hijos; pero cuando mi crianza no estaban con ella, y no parecía tenerles mucho amor, porque ni los que l se braba ni les hacía gran caso cuando ponosualidad iban a verla. Por causa de la gorque padecía casi estaba retirada del servicio cuando yo nací; y al encargarse del benjamín de la casa hizo más de lo que sus fuerzas le permitían. A no ser porque su corazón se empeñó en quererme de aquel modo no soportara toda la guerra que la di.

Frutos era negra de pura raza; lo más negro que he conocido; de una negrura blanda y movable, jetona como ella sola, sobretodo en los días de vena que eran los más, muy sacada de jarretes y gacha. No sé si entónce usarían las hembras, como ahora, eso que tanto las abulta por detrás; sí lo usarían, porque a Frutos no le había de faltar; y era tal su tamaño que la pollera de percal morado que por delante barría le quedaba tan alta por detrás, que el ruedo

anterior se veía blanquear, enredado en aquellos espundiosos dedos; de aquí el que su andar tuviese los balanceos y treguas de la gente patoja.

Camisa con escote y volante era su corpiño; en primitiva desnudez lucía su brazo roñoso y amorcillado; tapábase las greñudas «pasas» con pañuelo de color rabioso que anudaba en la frente a manera de oriental turbante; sólo para ir al templo se embozaba en una mantellina, verdusca ya por el tiempo; a paseo o demás negocio callejero iba siempre desmantada. Pero eso sí: muy limpia y zurcida, porque a pulcra en su persona nadie le ganó.

Muy zamba y muy fea! Nó? Pues así y todo tenía ideas de la más rancia aristocracia, y hacía unas distinciones y deslindes de castas de que muchos blancos no se curan: no me dejaba juntar con muchachos mulatos, diz que porque no me tendrían el suficiente respeto cuando yo fuera un señor grande; jamás consintió que permaneciese en su cuarto, aunque estuviera con la gota, «porqui un blanco—decía—metido en cuarto de negras, s'emboba y se güelve un tien-tagallinas»; iguales razones alegaba para no dejarme ir a la cocina, y eso que el tal paraje me atraía: cuestión bucólica. Sólo

por Nochebuena podía estarme allí cuanto quisiera, y hasta meter la sucia manita en todo; pero era porque en tan clásicos días toda la familia pasaba a la cocina. Mi padre y mis hermanos grandes con toda su gravedad de señores muy principales se daban sus vueltas por allí, y sacaban con un chuzo de la hirviente cazuela, ya el dorado buñuelo, ya la esponjosa y retorcida hojuela; o bien asiendo del mecedor revolvían el paílón de natilla, que, revienta por aquí, revienta por más allá, formaba cráteres tamaños como dedales.

Las horas en que yo estaba en la escuela, que para Frutos eran de asueto, las pasaba ésta en hilar, arte en que era muy diestra; pero no bien el escolar se hacía sentir en la casa, huso, algodón y ovillo, todo iba a un rincón. «El niño» era antes que todo; sólo «el niño» la ponía de buen humor; sólo «el niño» arrancaba risas a esa boca donde palpitaban airadas palabras y gruñidos.

Admirada de este fenómeno decía mi madre: «Este muchacho lo tendrá mi Dios para santo, cuando desde niño hace de estos milagros!»

Al amparo de tal patrocinio iba sacando yo un geniecillo tan amerengado y vo-

luntarioso que no había trapos con qué agarrarme! Ora me revolcaba, dándome de calabazadas contra todo lo que topaba; ora estallaba en furibundos alaridos acompañados de lagrimones, cuando no me daba por aventar las cosas o por morder.

Tía Cruz, persona muy timorata y cabal, al ver mis arranques, se permitió una vez decir delante de Frutos que «el niño» estaba «falto de rejo». Más le hubiera valido ser muda a la buena señora! Frutos la hartó a desvergüenzas y la cobró una malquerencia tan grande, que siempre que la veía resoplaba de puro rabiosa.

Viendo los hilos que yo llevaba solía protestar mi padre, y hasta manifestaba conatos de zurra; pero mamá lo aplacaba, diciéndole con las manos en la cabeza: «No te metás, por Dios! Quién aguanta a Frutos!»

Y como de todo lo malo casi siempre me daba cuenta, comprendí que por este lado bien cogidos los tenía, y me aprovechaba para hacer de las mías. Cuando veía la cosa apurada «las prendía» a asilarme en los brazos de Frutos; tomábamos camino del jardín, lugar de nuestros coloquios, y una vez allí... como si estuviéramos en la luna!

A medida que yo crecía crecían también los cuentos y relatos de Frutos, sin faltar los ejemplos y milagros de santos y ánimas benditas, materia en que tenía grande erudición; e íbame aficionando tanto a aquéllo, que no apetecía sino oír y oír. Las horas muertas se me pasaban suspenso de la palabra de Frutos. Qué verbo el de aquella criatura! Mi fe y mi admiración se colmaron; llegué a persuadirme de que en la persona de Frutos se había juntado todo lo más sabio, todo lo más grande del universo mundo; su parecer fue para mí el Evangelio; palabras sacramentales las suyas.

Narrando y narrando llególes el turno a los cuentos de brujería y de duendería. Y aquí el extasiarse mi alma!

Todo lo hasta entónces oído, que tanto me encantara, se me volvió una vulgaridad. Brujas!... Eso sí era la atracción de la belleza! Eso sí merecía que uno le consagrara todita su vida en cuerpo y alma!

Ser payasito o comisario me había parecido siempre grande oficio; pero desde ese día me dije: «Qué payaso ni qué nada! Como brujo no hay!»

Cuanto entendía por hazañoso, por elevado, por útil, todo lo vi en la brujería. Las

calenturas del entusiasmo me atacaron.

A fuerza de hacer repetir a Frutos las embrujadas narraciones pude grabarlas en la memoria con sus más nimios detalles.

Del cuento pasábamos al comentario.

—Coger brujas—me dijo una vez—es de lo más fácil! Nu'es más qui agarrar un puñao de mostaza y regala por toíto el cuarto: a la noche viene la vagamunda!... Y echa a pañar, a pañar frut'e mostaza; y a lo qu'está bien agachada pañando, nu'es más que tirele con el cintu'e San Agustín... y ai mesmito qued'enlazada de patimano, enredad'en el pelo! Un padrecito de la villa de Tunja cogía muchas asina, y las amarraba de la pata di'una mesa; pero la cocinera del cura era tan boba que les daba güevo tibio, y las malditas s'embarcaban en la coca! Consiá, cuandu'a las brujas no se les puede ni an mentar coqu'e güevo porqui al momentico se güelven ojo di hormiga... y se van!

—Ajáa!—dije yo—Y comu'hacen pa caber?...

—Pis!—replicó—Anté que si'achiquitan en la coca a como les da la gana! María Santísima!

—Y no se pueden matar?—la pregunté.

—Eso sí; peru'al sigún y conjorme: si se les meti una cortada bien jonda se mueren; pero como son tan sabidas, ellas mismas se meten otra y s'empatan y güelven a quedar güenas y sanas.

—Y matadas comu'hacen?

—Tan bobo! No ve qu'ellas no se mueren del tiro sin'una qui'otra vez? Hay que tirales a toda gana la primerita cortada pa que queden ai tendidas. Pero con el cinto de mi Padre San Agustín sí no les valen marrullas!

—Y'ondi'hay d'eso?—prorrumpí.

—Cinto?—dijo mi interlocutora con gesto de cosa dificultosa.—Esu es muy trabajoso conseguir: tan solamente el obispo se lu'impresta a los curitas jormales.

—Amalaya que mamá se lo mandara a prestar!...—exclamé entusiasmado.

—Ave María, muchacho! Y qué vas hacer con cinto?

—Eh! Pues pa coger brujas y amarralas de los palos!

A pesar de lo difícil que era conseguir

el cinto, salí en busca de mi madre con la empresa. Halléla muy empecinada jugando al tute con otras señoras.

—Mamá...—la dije—Oigami'un escuchito...—y poniendo mi boca en su oreja la expuse mi demanda, con ese secreteo susurrante de los niños.

Las señoras, que no eran sordas, largaron la carcajada.

—Quitáte di'aquí, empalagoso!—exclamó mi madre—De dónde sacará este muchacho tanto embeleco!

Salí rezongando y muy corrido.

En muchos días no pensé sino en cómo se conseguiría el cinto.

La «brujomanía» se me desarrolló con tanta furia, que no hablaba sino del asunto.

—Quién ti ha metido todas esas levas?—díjome una vez mi hermana Mariana, que era la más sabia de la casa—Nu'hay tales brujas! Esas son bobadas de la negra Frutos! No creás nada!

—Mentirosa! Mentirosa!—le grité furioso—Sí hay! Sí hay! Frutos me dijo!

—Y lo que dice Frutos no puede fal-

tar... Como si Frutos fuera la Madre de Dios!... Animal!...

—Pecosa! Pecosa!—aullé, embistiendo hacia ella con ánimo de morderla.

Me detuvo cogiéndome por los molledos y estrujándome de lo lindo.

—Voy a contarle a papá—dijo—para que te meta una cueriza, malcriado, que ya nu'hay quien ti'aguante!

Corrí en busca de Frutos, y, casi ahogado por el llanto, le grité al verla:

—Qué te parece, Frutos!... ji! ji! ji!... qu'esa boba Mariana me dijo quizque nu'hay brujas!... ji! ji!... qu'izque son cuentos que me metés!

Ella hizo una cara como de susto; me enjugó las lágrimas; y cogiéndome de una mano con agasajo, fuimos en silencio a sentarnos en un poyo detrás de la cocina.

—Vea, m'hijito:—me dijo—es muy cierto qui'hay brujas... puú!... De que las hay, las hay! Pero... nu'hay que creer en ellas!...

Mis ojos ya enjutos debieron abrirse tamaños: tál fue mi sorpresa.

Aquello no podía acomodarlo; pero Frutos lo decía, y así tenía que ser.

Hablámos de largo sobre el tema, y como yo no perdía ocasión de desentresijarla, la pregunté:

—Y decíme: las brujas son gente que se vuelve bruja, go es mi Dios que las hace?

—No siá bobito! Mi Dios nu'hace sinó cristianos; pero se güelven brujas si les da gana.

—Y también hay brujos?

—Nu'ha di'haber!.. Pues los duendes!.. No l'he contao, pues? Pero como no tienen pelo largo como las brujas, no s'encumbran por la región sinó que güelan bajito.

—Y cómo si'aprendi a ser brujo?

Guardó corto silencio, y luégo con aire de quien revela lo más íntimo, me dijo a media voz:

—Pues la gente s'embruja muy facilito: la mod'es qui'uno si'unta bien untao con aceite en toítas las coyonturas; se qued'en la mera camisa y se gana a una parti'alta; y'así qu'está uno encaramao abre bien los brazos como pa volar, y dici'uno, pero con harta fe! No creo en Dios ni en Santa María! Y güelvi'a decir hasta qui'ajuste tres veces sin resollar; y antónce si'avienta uno pu'el aire y s'encumbra a la región!

—Y no se cai'uno?

—Ni bamba! Con tál qu'el unto'sté bien hecho y se diga comu'es.

Sentí escalofríos. No debía de saber que el arrodillarse fuera señal de adoración; que de saberlo, viérame Frutos de hinojos a sus pies. Me había hecho el hombre más feliz; había hallado mi ideal.

Esa noche, cuando después de rezar me metí en la cama, repetía muy quedo: «No creo en Dios ni en Santa María! No creo en Dios ni en Santa María!» Y me dormí preocupado con esta declaración de ateísmo.

Al día siguiente muy de mañana corría yo por los corredores con los brazos abiertos y repitiendo la embrujada fórmula. Mariana, que tál oye, grita: «Mamá! Venga y verá las cosas qu'está diciendo este ocioso!». Pero mi madre no alcanzó a «ver» mi «dicho», porque antes que llegara había yo tendido el vuelo a la calle, camino de la escuela. No sé por qué, pero me dio recelillo de que mi madre me viera haciendo tales cosas.

A mi vuelta no salió Frutos a recibirme. Fui a buscarla y a reclamar sus obsequios, y por primera vez la encontré hecha la ira mala conmigo: que mamá había ido a

querérsela comer viva por las cosas que me contaba y enseñaba; que yo tenía la culpa por «icendario»; y que ya sabía que no volviera a «jorobarla» diciéndole que me contara cuentos, porque así como era tan «picón»...

Al almuerzo me dijo mi padre con una cara muy arrugada: «Cuidadito, amigo, cómo se le vuelven a oír las cositas que dijo esta mañana!... Le cuesta muy caro!»

Tales razones me desconcertaron.

Amenazarme mi padre! Ponerme Frutos casi en entredicho! Y precisamente cuando tenía tanto qué consultarle! Quedarme sin saber a qué atenerme en lo del pelo largo, en lo del aceite!

Por tres días rogué a Frutos que tan siquiera me dijera dos cositas, prometiéndola no decir esta boca es mía. Andróminas inútiles! No pude sonsacarle una palabra.

Qué malas! Y lo peor era que eso que al principio no pasaba de un capricho me fue alborotando con el obstáculo; que se tornó en deseo, en deseo apremioso, irresistible.

Ser brujo!... Volar de noche por los techos, por la torre de la iglesia, por la «re-

gión»!... Qué mayor dicha? Qué tál cuando yo diga en casa: «Qué m'encargan, que me voy esta noche pa Bogotá?» Y conteste mamá: «Traéme manzanas». Y que al momento vuelva yo con un gajo bien lindo, acabado de coger! Y cuando me encumbre sereno, como un gallinazo, tejado arriba!...

Sí! Yo tenía que ser brujo: era una necesidad! Si hasta sentía aquí abajo la nostalgia del aire! «Por la gran «pica»—pensaba—que aquí en casa me regañan y que Frutos ya no me cuenta nada, yo sabré qué hago! Y al primero que se embrujó, quién le enseñó?... Yo siempre consigo aceite... manque sea de palmachristi... pero ese cuento del pelo largo, como las mujeres... quién sabe!»

Aquí el rascarme la cabeza.

Yo, que desde el último amén del rezo hasta las seis dormía a pierna suelta, tuve entónces mis ratos de velar. En la excitación del insomnio veía sublimidades facilísimas de llevar a cabo: dos veces soñé que en apacible vuelo giraba y giraba, alto, muy alto; que divisaba los pueblos, los campos, allá muy abajo, como dibujados en un papel.

Pepe Ríos, hijo de un señor que vivía

vecino a nuestra casa, era un mi compinche; y al fin determiné abrirme con él y comunicarle mis proyectos. En un principio no pareció participar de mi entusiasmo, y me salió con el mismo cuento de que sí había brujas pero que no había que creer en ellas, lo que me hizo afianzar más, viendo cuán de acuerdo estaba con Frutos. Pero le pinté la cosa con tal fuego, que al fin hube de trasmitírselo.

Pepe no era de los que se ahogan en poca agua: su inventiva todo lo allanó.

—Mirá!—me dijo—Mañana qui hay salve en l'iglesia tengo que ir de monarcillo. Yo sé onde tiene el sacristán guardao el aceite, y cuando vaya a vestime le robo. Conseguite un frasco bien bueno pa que lo llenemos.

—Y de pelo qui'hacemos?—le repuse —Porque la gracia es que volemós bien al-tísimos!... Bajito como los duendes... pa qué!

—Eso sí qu'es lo pilao!—exclamó Pepe—Las muchachas de casa y mi máma se ponen pelo y se lo robamos. Qué li'hace que no sea pelo de nosotros; en siendo largo y que se gulungué hartó, con esu'hay!

«Este sí es el muchacho—pensaba entre mí, mientras abría la boca pasmado.—Hast'ai! Qué tál que si'ajuntara con Frutos!»

Al otro día, en són de buscar un perico que dizque se nos había perdido, invadíamos Pepe y yo las alcobas de las señoritas Ríos. Rebuja por aquí, ojea por más allá, dimos con un espejo de gran cajón, y en éste una cata de cabellos de todos colores, enredados y como en bucles unos, otros trenzados y asegurados con cáñamo, otros lacios y flechudos, cuáles en ondas rizosas y bien pergeñadas, el cual «pelerío» se hacía entre grasientas y desdentadas peinetas desportilladas y horquillas nada bonitas y perfumadas. Un frasquito de tinta colorada me tentó, y como fuese a echarle mano con mucha golosina, me dijo Pepe:

—No lo cojás! Esu'es las chapas de mi máma, y... hasta nos mata!

Qué pocos pelos le quedaron al cajón!

—Pero eso sí!—me dijo al entregármelo—Escondé bien todo en tu casa, y que no vayan a güeler nada! Ve que vos sos muy cuentero!... Y si nos cogen... Ni digás tampoco nada de lo que vamos hacer!...

—Eh! Vos si crés!—repliquéle con

gran solemnidad—Mirá que nu'hay ni riesgo que yo cuente!...

Desde ese día se nos vio juntos. Y nada que le agradaba a Frutos mi compañía con «ese Caifás», como llamaba a Pepe.

Esa noche declaré en casa que no me acostaría sino cuando se acostaran los grandes, porque iba a cumplir diez años. Y así fue. Para distraer mis veladas me pasaba cerca a la vela, volteando como una mariposa, quemando papeles o despavesando, lo que incomodaba a Mariana, única que en casa me hacía oposición.

—Ah, mocoso!—decía—Ya ni'an de noche nos dej'en paz!... And'acostáte, sangripesao!

Mas yo me sentía, entónces, tan gratamente preocupado, que sólo respondía a tales apóstrofes sacándole la lengua y haciéndole «bizcos».

—Ah, muhán!--gritaba Mariana--Que si papá no te da una tollina... yo sí te cojo!... Peru'he de tener el gusto di'amasa-te!...

Aumento de «bizcos».

Doña Rita, madre de Pepe, asistía con sus hijas a la lotería que se jugaba en casa

algunas noches, y Pepe no faltaba; pero desde nuestra alianza dejaba éste las delicias del apunte para irse conmigo. Así a nuestras anchas pudimos concertar el plan: la elevación quedó fijada para el domingo siguiente por la noche.

Faltaban dos días! Qué expectación aquélla! Hasta la gana de comer se me quitó; hasta Frutos, que en ésas le atacó la gota, se me olvidó.

«En qué inguandias andarán!» decía con aire de mal agüero cuando pasábamos cerca de su cuarto.

Al fin ese domingo tan deseado amaneció. Desde las doce ya estábamos en el solar de casa apercibiéndonos para arreglar los cabellos. Un forro viejo de paraguas, que pudimos arbitrar, nos sirvió para pergeñar sendos peluquines, que, como Dios nos dio a entender, aseguramos con cera negra y con amarradijos de cabuya.

Terminada la grande obra verificamos la prueba ante el espejo de Mariana, que fue sacado clandestinamente. Qué bien nos quedaban! Cuán luengos nos caían los mechones! Convinimos no obstante, que, más que a brujos, nos parecíamos al «Grande Hojarasquín del Monte».

Guardámos todo con gran cuidado y nos salimos a la calle a disimular. Pero eso sí; devorados por dentro.

Después de angustiosa espera apareció por la noche Pepe con su madre; y no bien la lotería se estableció... como pajaritos para el solar!

Trabóse, entónces, reñida disputa sobre cuál sería el punto adonde debíamos trepar para tender el vuelo. Pepe decía que sobre el horno, que estaba en el corredor del solar; yo, que sobre la tapia del corral, alegando que el horno no era bien alto, y que, como estaba bajo tejado, se torcía el vuelo y no podíamos encumbrarnos. Al fin nos decidimos por el chiquero, que reunía todas las condiciones. De él volaríamos al «Alto de las Piedras», que domina el pueblo por el sur, y del Alto a la «región». La elevación debía ser simultánea.

Aunque hacía luna llevámos cabo de vela, y, encendido éste, principiámos en el comedor el «brujístico» tocado. Colgados que fueron de un palo los vestidos de dril, remangadas las camisas, tomámos sendas plumas de gallina y principió la unción. Válgame Dios! Y qué efluvios los de aquel aceite!

Agotado el frasco y luego que las coyunturas nos quedaron hechas un melote, nos colocamos la rebujina de cabellos asegurados con barboquejo de cabuya.

Trémulos de emoción salimos solar abajo, con la bizarría de acróbatas que salen al circo saludando al público.

En lo más remoto del solar, allá tras el movable follaje del platanar, al principiar un declive que llamábamos «el rumbón», estaba el chiquero de recios palos y techumbre de helecho; desaguaba por la pendiente aquélla, formando cauce de negro y palúdico fango que fertilizaba los lulos, las tomatas, el varbasco, allí nacidos espontáneamente.

Amenazantes por demás fueron los gruñidos con que a manera de protesta nos recibió el cerdo, cuando en tan desusadas horas vio invadidos sus dominios; pero nosotros proseguimos impertérritos, haciendo caso omiso de tales roncas.

Adelantándome a Pepe no paré hasta poner el pie en el último travesaño. Allí, apoyado en uno de los palos que sostienen el techo, cual otro Girardot con su bandera, me detuve un segundo. Mis ojos abarcaron la inmensidad!

Toda la fe que atesoraba la gasté entonces, y, con voz precipitada, por temor de faltar al precepto con un resuello intempestivo, dije:

«No creo en Dios ni en Santa María! No creo en Dios ni en Santa María! No creo en Dios ni en Santa María!»

Y me lancé!

Cosa rara! En el vértigo me pareció no volar hacia el Alto convenido. Sentí frío; no sé qué en la cabeza, y... nada más.

Abrí los ojos. Alguien que me cargaba tendióme en una tarima; algo como sangre sentí en la cara; me miré: estaba casi desnudo y enlodado. Por el desorden de los muebles; por las tablas y fichas de la lotería, dispersas por el suelo; por los regueros de maíz; por el movimiento de alarma, sospeché lo que pasaba. Una ráfaga glacial me heló el corazón; cerré los ojos para no verme, para no presenciar no sé qué espantoso que iba a suceder.

—Toñito! Antoñito!.. Se aporrió? Está herido?—preguntaban.

Sentí que me tocaban, que me acercaban la vela.

—No es nada! No es nada!..—clamaban.

—No fue nada... es que está atur-
dido!

—Abra los ojos!.. Antonio! Anto-
ñito!

—Cálmese! Cálmese, mi siá Anita!
Nu'es nada!..

Un ruido como chasquido de dientes me llegó al alma. Abrí los ojos, y vi!.. Mi madre estaba tendida en una butaca, con los brazos rígidos, los puños contraídos y apretados, la cara lívida, torcida hacia un lado; los ojos en blanco, la nariz ensanchada como buscando aire; anhelaba gritar y se quedaba seca, agitada por opresora convulsión; unas señoras la tenían, la rociaban, la friccionaban, la hacían aspirar esencias. Mis hermanas lloraban.

Salté de la tarima prorrumpiendo en gritos: «Mamita! Mamita!»

—No tiene nada! —vociferaron— No tiene nada!

—No está ni descompuesto!

—Cómo fue eso, por Dios!.. Cómo se puso así?..

—Pero sí se hirió la cara!.. Toñito, no se arrime... que está imposible.

Horrorizado fui a huir.

Me atajaron en la puerta con un platón de agua tibia; la cocinera me paró en medio del humeante baño sin que yo tratara de hacer resistencia; quitóme la inmundada camisa, y así hecho un Adán automático principió el lavatorio ayudada de unas señoras.

—Eh! Pero en qué se cayó este niño, qu'esto no despega!—dijo una.

—Si está apestaó!—replicó otra, tapándose las narices y haciendo extremos de asco.

—Traigan jabón a ver si esto sale!

Pronto la pelota de jabón de la tierra corrida por hábil mano untó todo mi cuerpo.

—Pues, mis queridas!—exclamó la enjabonadora—Esto es aceite de higuierillo, y no cosas de chiquero.

—Pues verdá! Pues verdá!—repite-
ron las demás.

—Eh! Pero cómo puede ser eso!

Del platón fui trasladado a la tarima, y me enjugaron con una colcha. Mariana, ya sosegada, trajo camisa e iba a vestírmela cuando con gran tropel se llenó la pieza de gente. Mi padre venía allí.

—Se mató?—preguntó con voz que nunca le había oído.

Sin esperar respuesta salió. No había transcurrido un segundo cuando volvió: traía una soga.

—No le vaya a pegar!—prorrumpen femeninas voces.

—Pobrecito!—dice la del jabón.—Qué culpa tiene él!

—Es una injusticia, papá!.. Véalo herido!—plañían las de casa.

Papá no atendió: se acercó a mí; y, cogiéndome de un brazo con una mano, levantó con la otra un extremo doble de la soga y dijo trémulo:

—Te he tolerado todas las que has hecho; pero con ésta se llenó la medida!.. Tomá, vagamundo, pa que aprendás!..—y la soga crujió en mis carnes.

Un grito como aullido de animal resonó en la pieza: era Frutos que entraba.

—Mi Amito! Mi Amito!—gimió, tratando de cogerle la soga, e interponiéndose entre él y yo—Mi Amito, por Dios! No le pegue, por los clavos de Cristo!—y se arrodilla; le abraza las piernas, casi lo tumba.

—El no tiene culpa!.. No tiene.. No tiene!..

Mi padre la rechaza; pero Frutos se pone en pie, y, saltando hacia mí, me envuelve en sus faldas.

—Vieja bruja!—grita él arrancándole el pañuelo y cogiéndola de las greñas—Largálo!.. O te mato!..—la arrastra con una mano, mientras que con la otra me saca del envoltorio.

—Quítenmela que la mato!—vocifera con coraje.

Ella se endereza, y, como un fardo, se va de espaldas contra el entablado suelo lanzando extraños sonidos.

El entónce toma la soga como la vez primera, y, contando, uno... dos... tres... hasta doce, va asentando azotes sobre mi desnudo cuerpo, que se zarandea como maniquí colgado.

No lancé un ay yo que ponía los gritos en el cielo porque una mosca se me asentara!

Frutos seguía en el suelo retorciéndose; de repente se levanta y torna a caer; en impúdica rebujina se revuelca, haciendo apartar la gente y tropezando con los muebles; algunos van a cogerla, y los rechaza a

puñetazos, a patadas y mordiscos. Pudo, entonces, articular con voz espantosa:

—Déjenme que ahora mesmo me largo d'esta maldita casa!

Todos los hombres la acometen, y, arremolinándose en apretada lucha en que se sentían respiraciones de cansancio y traquear de huesos, logran sacarla al corredor.

En el desorden pude verla y se me antojó no obstante mi amor a ella cosa diabólica. Estaba desgredada, con los ojos crecidos y sanguinolentos, echando espumarajos por la boca.

El médico entra, me examina; declara no haber fractura ni dislocación del hueso, ni cuerda encaramada; tocóme el rasguño de la mejilla, sacó un instrumento, y sin dolor extrajo del rasguño aquel pequeña astilla de palo; me dio a tomar un bebistrato que tenía aguardiente; tomó una copa, puso en ella un papel encendido, y, asentándomela en la espalda la fue corriendo, inflándome las carnes en dolorosa tensión; manos femeniles empapadas en aguardiente alcanforado frotaron mi cuerpo; y, por último, pegáronme en varios puntos pingos de trapo mojados en una agua amarillenta.

Aún no habían terminado estas faenas, cuando se oyeron pasos precipitados acompañados del crujir de almidonadas faldas. Doña Rita apareció en la puerta: traía en las manos uno de los peluquines de marras.

—Vengo muerta de pena!—exclamó sofocada haciendo visajes—Allá le hice dar de Ríos una cueriza a aquel bandido!... Vean las cosas d'estos diablos!—y exhibió la peluca—Pues no estaban de brujos!... Y esto fue lo que se pusieron en la cabeza dizque pa volar! Qué les parece: el pelo que teníamos pa la cabellera de... Jesús Nazareno!...

Todos se agruparon para examinar la cosa, prorrumpiendo en mil extremos de admiración. También el doctor tomó el peluquín en las manos, riendo a carcajadas.

—Ave María, doctor!...—siguió doña Rita—Pues no ve! Un milagro patente fue qu'estos enemigos no si hubieran desnucado! Qué le parece, doctor: aventase di'aquel chiquero tan alto! Y a aquel rumbón!... La fortuna que cayó entr'el pantanero, y que s'enredó en una mata!... Que si nó, tiesecito lo levantan del zanjón! Estábamos jugando la lotería muy a gusto; mi acababa de cerrar por las tres pelotas, cuando, doctor!...

oímos qui aquel mío grita: «Corran qui' Antonio se mató!...» Li'aseguro, dotor, que me quedé muerta!... Corrieron todos con las velas... cuando a un rato no lo traen en guandos... con la mera camisita... con porquería de chiquero hasta los ojos!... Chorriando sangre!... Muertecito... Muertecito... mismamente! El mío s'escapó, porque comu'es tan haragán, no si atrevió a volar primero. Pero qué le parece, dotor, que tuvieron cara, los indinos, d'empuercase todos con aceite d' higuierillo que le robaron al sacristán!... Dizqu'es preciso pa ser brujos!... Peru así bien untao... se chupó su buena cueriza! No le digo! Si estos muchachos di hoy en día aprenden con el Patas!

—No es con el Patas!—prorrumpe mi padre desde el cuarto vecino, saliendo a la escena—No es con él! Este diablo de negra Frutos que ha tolerado Anita es la que los ha metido en ésas! Y no crean ustedes que este niño escapa; puede morir de las consecuencias; el cimbronazo debió ser horrible!...

—El peligro es muy remoto y el caso no se presenta alarmante—repuso el esculapio—Tanto es así, que no he tenido que apelar a un tratamiento enérgico.

—Ojalá así sea...—dijo mi padre—Pues sí!—agregó—La maldita negra es la de todo. Desde que me llamaron y supe que la caída había sido del chiquero, todo lo adiviné. Ya él se había chupado su regaño!

Contó, entónce, lo del ensayo de vuelo por los corredores y lo de las palabras aquéllas.

Aclarado el misterio llovieron las admiraciones y preguntas.

Estas pláticas me sacaron del sonambulismo. Me sentí el hombre más desgraciado. «Qué li'hace que me muera—me decía—Siempre que Frutos m'engaña con mentiras!... Siempre qu'es tan mala!... Siempre que uno no puede volar!... Así como así mamá se murió—porque la creía muerta—. Así como así papá me ha pegado con rejo delante de tanta gente!... Así como me han desnudado... Siempre que Pepe es tan traicionero que contó...»

Sentíame como si todos los resortes de mi alma se hubiesen roto: sin fe, sin ilusiones... Cerraba bien los ojos parairme muriendo y descansar; pero nó: tristezas espantosas pasaban por mi cabeza. Exhalaba hondos suspiros.

Muy tarde, cuando ya se había ido toda la gente, me dormí. Más me valiera velar! Cosas horribles y extravagantes estremecieron mi espíritu: veía a Frutos que volaba, que se reía de mí, haciéndome contorsiones; oía que las campanas doblaban tristes... muy tristes; en esa vaguedad de los sueños aspiraba el olor del ciprés, de luces ardiendo, y veía a mi madre en un ataúd negro... muy negro. Luégo estuve en un pantano, sumergido hasta el pescuezo; quería salir, quería gritar, y no podía.

Al fin, merced a extraño impulso, pude salir; lancé un grito y desperté temblando, con el cabello parado y empapado en frío sudor. Había luz en la pieza; mi madre, teniéndome de las manos, me sacudía.

—Toñito!... Toñito!...—me gritaban.

—No si'asuste m'hijito; es una pesadilla.

—Mamá viva!—pensé—Todavía estaré soñando?

Me tomó como a un chiquitín, y estrechándome contra su pecho, me besó la frente y me dijo llorando:

—No ve, m'hijo, las cosas que hace para que papá lo castigue!... Y si se ha mata-

do... qué había hecho yo!...—seguía llorando.

—Mamita querida!... Usté no si ha muerto? Nu'es cierto que nó?

—No, m'hijito; no ve qu'estoy aquí con usted? Eso fue que me dio la pataleta del susto... pero ya estoy aliviada... Tóme otra vez la pócima que dejó el doctor; está muy sabrosa!...

Sí estaba viva!

Incorporéme para recibir el vaso; mi padre estaba sentado al extremo de la cama.

También lloraba!

Me pasó la mano por la frente, me tomó el pulso, y me dijo muy triste:

—Tiene mucha fiebre!... Pero mucha!

Fue a despertar al doctor, que se había acostado en la pieza contigua; me dieron unas gotas en agua azucarada.

Sosegué por completo y lloré mucho; pero lloré con alegría.

Seis días estuve en cama, oyendo a doña Rita y a las visitas los comentarios, ya cómicos, ya tristes, de mi propia aventura. Por ellos supe que Frutos se había ido de casa y que había mandado por los corotos.

Esto que el día antes me hubiera trastornado me fue entónces indiferente.

Don Calixto Muñetón, lumbrera del pueblo, que arengaba siempre en los veintes de julio y cuando venía el obispo; que leía muchos libros y que compuso novena del Niño Dios, vino también a visitarnos. Sin ser veinte de julio se dejó arrebatar de la elocuencia a propósito de mi caída; disertó sobre las grandezas humanas poniendo verdes a las gentes orgullosas; y, al fin se planta en pie, toma en su siniestra su bastón de guayacán, levanta la diestra a la altura de su cara como manecilla de imprenta, y como quien resume, se encara conmigo con aire patético, y dice:

—Sí, mi amiguito: todo el que quiere volar, como usted... chupa!..

SAN ANTONITO

Aguedita Paz era una criatura entregada a Dios y a su santo servicio. Monja fracasada por estar ya pasadita de edad cuando le vinieron los hervores monásticos, quiso hacer de su casa un simulacro de convento, en el sentido decorativo de la palabra; de su vida algo como un apostolado, y toda, toda ella se dio a los asuntos de iglesia y sacristía, a la conquista de almas, a la mayor honra y gloria de Dios, mucho a aconsejar a quien lo hubiese o no menester, ya que no tanto a eso de socorrer pobres y visitar enfermos.

De su casita para la iglesia y de la iglesia para su casita se le iban un día, y otro y otro, entre gestiones y santas intriguillas de fábrica, componendas de altares, remontas y zurcidos de la indumentaria eclesiástica, «toilette» de santos, barrer y exornar todo paraje que se relacionase con el culto.

En tales devaneos y campañas llegó a engranarse en íntimas relaciones y compañerismo con Damiancito Rada, mocosuelo muy pobre, muy devoto, y monaguillo mayor en procesiones y ceremonias, en quien vino a cifrar la buena señora un cariño tierno a la vez que extravagante, harto raro por cierto en gentes célibes y devotas. Damiancito era su brazo derecho y su paño de lágrimas: él la ayudaba en barridos y sacudidas, en el lavatorio y lustre de candelabros e incensarios; él se pintaba solo para manejar albas y doblar corporales y demás trapos eucarísticos; a su cargo estaba el acarreo de flores, musgos y forrajes para el altar, y era primer ayudante y asesor en los grandes días de repicar recio, cuando se derretía por esos altares mucha cera y esperma, y se colgaban por esos muros y palamentas tantas coronas de flores, tantísimos paramentones de colorines.

Sobre tan buenas partes era Damiancito sumamente rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y recatado, enemigo de los juegos estruendosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en «La Monja Santa», «Práctica de Amor a Jesucristo» y en

otros libros no menos piadosos y embeleca-dores.

Prendas tan peregrinas como edificantes fueron poderosas a que Aguedita, merced a sus videncias e inspiraciones, llegase a adivinar en Damián Rada no un curita de misa y olla, sino un doctor de la Iglesia, mitrado cuando menos, que en tiempos no muy lejanos había de refulgir cual astro de sabiduría y santidad, para honra y glorificación de Dios.

Lo malo de la cosa era la pobreza e infelicidad de los padres del predestinado y la no mucha abundancia de su protectora. Mas no era ella para renunciar a tan sublimes ideales: esa miseria era la red con que el Patas quería estorbar el vuelo de aquella alma que había de remontarse serena, serena como una palomita, hasta su Dios. Pues no! No lograría el Patas sus intentos! Y discurriendo, discurriendo, cómo rompería la diabólica maraña, dióse a adiestrar a Damiancito en tejidos de red y «crochet»; y tan inteligente resultó el discípulo, que al cabo de pocos meses puso en cantarilla un ropón con muchas ramazones y arabescos que eran un primor, labrado por las delicadas manos de Damián.

Catorce pesos, billete sobre billete, resultaron de la invención.

Tras ésta vino otra, y luego la tercera, las cuales le produjeron obra de tres condones. Tales ganancias abrieronle a Aguedita tamaña agalla. Fuese al cura y le pidió permiso para hacer un bazar a beneficio de Damián. Concedióselo el párroco, y armada de tal concesión y de su mucha elocuencia y seducciones, encontró apoyo en todo el señorío del pueblo. El éxito fue un sueño que casi trastornó a la buena señora, con ser que era muy cuerda: sesenta y tres pesos!

El prestigio de tal dineral; la fama de las virtudes de Damián, que ya por ese entonces llenaba los ámbitos de la parroquia; la fealdad casi ascética y decididamente eclesiástica del beneficiado formáronle aureola, especialmente entre el mujerío y gentes piadosas. «El curita de Aguedita» llamáballo todo el mundo, y en mucho tiempo no se habló de otra cosa que de sus virtudes, austeridades y penitencias. El curita ayudaba témporas y cuaresmas antes que su Santa Madre Iglesia se lo ordenase, pues apenas entraba por los quince; y no así, atracándose con el mediodía y comiendo a cada rato como se estila hogaño, sino con una frugalidad eminentemente franciscana; y

se dieron veces en que el ayuno fuera al traspaso cerrado. El curita de Aguedita se iba por esas mangas en busca de las soledades, para hablar con su Dios y echarle unos párrafos de «Imitación de Cristo», obra que a estas andanzas y aislamientos siempre llevaba consigo. Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano de moler. Quién aseguraba que en un paraje muy remoto y umbrío había hecho una cruz de sauce y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado; y nadie lo dudaba, pues Damián volvía siempre ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones. En fin; que Damiancito vino a ser el santo de la parroquia, el pararrayos que libraba a tanta gente mala de las cóleras divinas. A las señoras limosneras se les hizo preciso que su óbolo pasara por las manos de Damián, y todas a una le pedían que las metiese en parte en sus santas oraciones. Y como el perfume de las virtudes y el olor de santidad siempre tuvieron tanta magia, Damián, con ser un bicho raquítico, arrugado y enteco, aviejado y paliducho de rostro, muy rodillijunto y patiabierto, muy contraído de pecho y maletón, con una figurilla que más parecía de feto

que de muchacho, resultó hasta bonito e interesante. Ya no fue curita: fue «San Antoñito». San Antoñito le nombraban y por San Antoñito entendía. «Tan queridito!» decían las señoras cuando lo veían salir de la iglesia, con su paso tan menudito, sus codos tan remendados, su par de parches en las posas, pero tan aseadito y decoroso. «Tan bello ese modo de rezar con sus ojos cerrados! La unción de esa criatura es una cosa que edifica! Esa sonrisa de humildad y mansedumbre. Si hasta en el caminado se le ve la santidad!»

Una vez adquiridos los dineros no se durmió Aguedita en las pajas. Avistóse con los padres del muchacho, arreglóle el ajuar; comulgó con él en una misa que habían mandado a la Santísima Trinidad para el buen éxito de la empresa; dióle los últimos perfiles y consejos, y una mañana muy fría de enero viose salir a San Antoñito de panceburro nuevo, caballero en la mulita vieja de señó Arciniegas, casi perdido entre los zamarros del Mayordomo de Fábrica, escoltado por un rescatante que le llevaba la maleta y a quien venía consignado. Aguedita, muy emparentada con varias señoras acaudaladas de Medellín, había gestionado de antemano a fin de recomendar a su prote-

gido; así fue que cuando éste llegó a la casa de asistencia y hospedaje de las señoras del Pino, halló campo abierto y viento favorable.

La seducción del santo influyó al punto, y las señoras del Pino, doña Pacha y Fulgencita, quedaron luego a cuál más pagada de su recomendado. El maestro Arenas, el sastre del Seminario, fue llamado inmediatamente para que le tomase las medidas al presunto seminarista y le hiciese una sotana y un manteo a todo esmero y baratura, y un terno de lanilla carmelita para las grandes ocasiones y trasiegos callejeros. Ellas le consiguieron la banda, el tricornio y los zapatos; y doña Pacha se apersonó en el Seminario para recomendar ante el Rector a Damián. Pero, oh desgracia! No pudo conseguir la beca: todas estaban comprometidas y sobraba la mar de candidatos. No por eso amilanóse doña Pacha: a su vuelta del Seminario entró a la Catedral e imploró los auxilios del Espíritu Santo para que la iluminase en conflicto semejante. Y la iluminó. Fue el caso que se le ocurrió avistarse con doña Rebeca Hinstrosa de Gardeazábal, dama viuda, riquísima y piadosa, a quien pintó la necesidad y de quien recabó almuerzo y comida para el santico. Felicísi-

ma, radiante, voló doña Pacha a su casa, y en un dos por tres habilitó de celdilla para el seminarista un cuartucho de trebejos que había por allá junto a la puerta falsa; y aunque pobres, se propuso darle ropa limpia, alumbrado, merienda y desayuno.

Juan de Dios Barco, uno de los huéspedes, el más mimado de las señoras por su acendrado cristianismo, as en el Apostolado de la Oración y malilla en los asuntos de San Vicente, regaló al muchacho algo de su ropa en muy buen estado y un par de botines que le vinieron holgadillos y un tanto sacados y movedizos de jarrete. Juancho le consiguió con mucha rebaja los textos y útiles en la Librería Católica, y cárame a Periquito hecho fraile.

No habían transcurrido tres meses y ya Damiancito era dueño del corazón de sus patronas y propietario en el de los pupilos y en el de cuanto huésped arrimaba a aquella casa de asistencia tan popular en Medellín. Eso era un contagio.

Lo que más encantaba a las señoras era aquella parejura de genio; aquella sonrisa, mueca celeste, que ni aun en el sueño despintaba a Damiancito; aquella cosa allá, indefinible, de ángel raquítrico y enfermizo,

que hasta a esos dientes podridos y dispares daba un destello de algo ebúrneo, nacarino; aquel filtrarse la luz del alma por los ojos, por los poros de ese muchacho tan feo al par que tan hermoso. A tanto alcanzó el hombre, que a las señoras se les hizo un sér necesario. Gradualmente, merced a instancias que a las patronas les brotaban desde la fibra más cariñosa del alma, Damiancito se fue quedando, ya a almorzar, ya a comer en casa; y llegó día en que se le envió recado a la señora de Gardeazábal que ellas se quedaban definitivamente con el encanto.

—Lo que más me pela del muchachito —decía doña Pacha— es ese poco metimiento, esa moderación con nosotras y con los mayores. No te has fijado, Fulgencia, que si no le hablamos él no es capaz de dirigirnos la palabra por su cuenta?

—No digás eso, Pacha! Esa aplicación d'ese niño! Y ese juicio que parece de viejo! Y esa vocación para el sacerdocio! Y esa modestia: ni siquiera por curiosidad ha alzado a ver a Candelaria!

Era la tál una muchacha criada por las señoras en mucho recato, señorío y temor de Dios. Sin sacarla de su esfera y condi-

ción mimábanla cual a propia hija; y como no era mal parecida y en casas como aquella nunca faltan asechanzas, las señoras, si bien miraban a la chica como un vergel cerrado, no la perdían de vista ni un instante.

Informada doña Pacha de las habilidades del pupilo como franjista y tejedor púsole a la obra, y pronto varias señoras ricas y encopetadas le encargaron antimacasares y cubiertas de muebles. Corrida la noticia por las «réclames» de Fulgencia se le pidió un cubrecama para una novia... Oh! En aquello sí vieron las señoras los dedos de un ángel! Sobre aquella red sutil e inmaculada cual telaraña de la gloria albeaban con sus pétalos ideales manojos de azucenas, y volaban como almas de vírgenes unas mariposas aseñoradas, de una gravedad coqueta y desconocida. No tuvo que intervenir la lavandera: de los dedos milagrosos salió aquel ampo de pureza a velar el lecho de la desposada.

Del importe del cubrecama sacóle Juancho un flux de muy buen paño, un calzado hecho sobre medidas y un tirolés de profunda hendidura y ala muy graciosa. Entusiasmada doña Fulgencia con tantísima percha hízole de un retal de blusa mu-

jeril que le quedaba en bandera una corbata de moño, a la que, por sugestión acaso, imprimió la figura arrobadora de las mariposas supradichas. Etéreo como una revelación de los mundos celestiales quedó Damiancito con los atavíos; y cual si ellos influyesen en los vuelos de su espíritu sacerdotal, iba creciendo al par que en majeza y galanura en las sapiencias y reconditeces de la latinidad. Agachado en su mesita cojitranca vertía del latín al romance y del romance al latín, ahora a Cornelio Nepote y tal cual miaja de Cicerón, ahora a San Juan de la Cruz, cuya serenidad hispánica remansaba en unos hiperbatones dignos de Horacio Flaco. Probablemente Damiancito sería con el tiempo un Caro número dos.

La cabecera de su casta camita era un puro pegote de cromos y medallas, de registros y estampitas, a cuál más religioso. Allí Nuestra Señora del Perpetuo, con su rostro flacucho tan parecido al del seminarista; allí Martín de Porras, que armado de su escoba representa la negrería del Cielo; allí Bernardette, de rodillas ante la blanca aparición; allí copones entre nubes, ramos de uvas y gavillas de espigas, y el escapulario del Sagrado Corazón, de alto relieve, destacaba sus chorrerones de sangre sobre el blanco disco de franela.

Doña Pacha, a vueltas de sus entusiasmos con las virtudes y angelismo del curita, y en fuerza acaso de su misma religiosidad, estuvo a pique de caer en un cisma: muchísimo admiraba a los sacerdotes, y sobre todo al Rector del Seminario; pero no le pasaba ni envuelto en hostias eso de que no se le diese beca a un sér como Damián, a ese pobrecito desheredado de los bienes terrenos, tan millonario en las riquezas eternas. El Rector sabría mucho; tanto, si no más que el Obispo; pero ni él ni su Ilustrísima le habían estudiado, ni mucho menos comprendido. Claro! De haberlo hecho desbecaran al más pintado a trueque de colocar a Damiancito. La iglesia antioqueña iba a tener un San Tomasito de Aquino, si acaso Damián no se moría, porque el muchacho no parecía cosa para este mundo.

Mientras que doña Pacha fantaseaba sobre las excelsitudes morales de Damián, Fulgencita se daba a mimarle el cuerpo endeble que aprisionaba aquella alma apenas comparable al cubrecama consabido. Chocolate sin harina de lo más concentrado y espumoso; aquel chocolate con que las hermanas se regodeaban en sus horas de sibirismo, le era servido en una jícara tamaño como esquilón. Lo más selecto de los comis-

trajes, las grosuras domingueras con que regalaban a sus comensales iban a dar en raciones frailescas a la tripa del seminarista, que gradualmente se iba anchando, anchando. Y para aquella cama que antes fuera dura tarima de costurero hubo blandicies por colchones y almohadas, y almidonadas blancuras semanales por sábanas y fundas, y flojedades cariñosas por la colcha grabada, de candideces blandas y flecos desmadejados y acariciadores. La madre más tierna no repasa ni revisa los indumentos interiores de su unigénito cual lo hiciera Fulgencita con aquellas camisas, con aquellas medias y con aquella otra pieza que no pueden nombrar las «misses». Y aunque la señora era un tanto asquenta y poco amiga de entenderse con ropas ajenas, fuesen limpias o sucias, no le pasó ni remotamente al manejar los trapitos del seminarista ni un ápice de repugnancia. Qué le iba a pasar! Si antes se le antojaba, al manejarlas, que sentía el olor de pureza que deben exhalar los suaves plumones de los ángeles! Famosa dobladora de tabacos, hacía unos largos y aseñorados que eran para que Damiancito los fumase a solas en sus breves instantes de vagar.

Doña Pacha, en su misma adhesión al

santico, se alarmaba a menudo con los mimos y ajonjeos de Fulgencia, pareciéndole un tanto sensuales y antiascéticos tales refinamientos y tabaqueos. Pero su hermana le replicaba, sosteniéndole que un niño tan estudioso y consagrado necesitaba muy buen alimento; que sin salud no podía haber sacerdotes, y que a alma tan sana no podían malearla las insignificancias de unos cuatro bocados más sabrosos que la bazofia ordinaria y cotidiana, ni mucho menos el humo de un cigarro; y que así como esa alma se alimentaba de las dulzuras celestiales, también el pobre cuerpo que la envolvía podía gustar algo dulce y sabroso, máxime cuando Damiancito le ofrecía a Dios todos sus goces puros e inocentes.

Después del rosario con misterios en que Damián hacía el coro, todo él ojicerrado, todo él recogido, todo extático, de hinojos sobre la áspera estera antioqueña que cubría el suelo; después de este largo coloquio con el Señor y su Santa Madre, cuando ya las patronas habían despachado sus quehaceres y ocupaciones de prima noche, solía Damián leerles algún libro místico, del padre Fáber por lo regular. Y aquella vocecilla gangosa que se desquebrajaba al salir por aquella dentadura desportillada daba

el tono, el acento, el carácter místico de oratoria sagrada. Leyendo «Belén», el poema de la Santa Infancia, libro en que Fáber puso su corazón, Damián ponía una cara, unos ojos, una mueca que a Fulgencia se le antojaban trasfiguración o cosa así. Más de una lágrima se le saltó a la buena señora en esas leyendas.

Así pasó el primer año, y, como era de esperarse, el resultado de los exámenes fue estupendo; y tanto el desconsuelo de las señoras al pensar que Damiancito iba a separárseles durante las vacaciones, que él mismo, motu proprio, determinó no irse a su pueblo y quedarse en la ciudad a fin de repasar los cursos ya hechos y prepararse para los siguientes. Y cumplió el programa con todos sus puntos y comas: entre textos y encajes, entre redes y cuadernos, rezando a ratos, meditando con frecuencia, pasó los asuntos; y sólo salía a la calle a las diligencias y compras que a las señoras se les ocurrían, y tal cual vez a paseos vespertinos a las afueras más solitarias de la ciudad, y eso porque las señoras a ello le obligaban.

Pasó el año siguiente; pero no pasó sin que antes se acrecentara más y más el prestigio, la sabiduría, la virtud sublime de aquel santo precoz. No pasó tampoco la in-

quina santa de doña Pacha al Rector del Seminario: que cada día le sancochaba la injusticia y el espíritu de favoritismo que aun en los mismos seminarios cundía e imperaba.

Como a fines de ese año, a tiempo que los exámenes se terminaban, se les hubiese ocurrido a los padres de Damián venir a visitarlo a Medellín, y como Aguedita estuviera de viaje a los ejercicios de diciembre, concertaron las patronas, previa licencia paterna, que tampoco en esta vez fuese Damián a pasar las vacaciones a su pueblo. Tal resolución les vino a las señoras, no tanto por la falta que Damián iba a hacerles, cuanto y más por la extremada pobreza, por la miseria que revelaban aquellos viejecitos, un par de campesinos de lo más sencillo e inocente, para quienes la manutención de su hijo iba a ser, si bien por pocos días, un gravamen harto pesado y agobiador. Damián, este sér obediente y sometido, a todo dijo amén con la mansedumbre de un cordero. Y sus padres, después de bendecirle, partieron llorando de reconocimiento a aquellas patronas tan bondadosas y a mi Dios que les había dado aquel hijo.

Ellos, unos pobrecitos montañeros, unos ñoes, unos muertos de hambre, taitas de

un curita! Ni podían creerlo. Si su Divina Majestad fuese servida de dejarlos vivir hasta verlo cantar misa o alzar con sus manos la Hostia, el Cuerpo y Sangre de mi Señor Jesucristo! Muy pobrecitos eran, muy infelices; pero cuanto tenían: la tierrita, la vaca, la media roza, las cuatro matas de la huerta, de todo saldrían, si necesario fuera, a trueque de ver a Damiancito hecho cura. Pues y Aguedita? El cuajo se le ensanchaba de celeste regocijo, la glorificación de Dios le rebullía por dentro al pensar en aquel sacerdote, casi hechura suya. Y la parroquia misma, al sentirse patria de Damián, sentía ya vibrar por sus aires el soplo de la gloria, el hálito de la santidad: sentíase la Padua chiquita.

No cedía doña Pacha en su idea de la beca. Con la tenacidad de las almas bondadosas y fervientes buscaba y buscaba la ocasión; y la encontró. Ello fue que un día, por allá en los julios siguientes, apareció por la casa como llovida del cielo y en calidad de huésped doña Débora Cordobés, señora briosa y espiritual, paisana y próxima parienta del Rector del Seminario. Saber doña Pacha lo del parentesco y encarregar a doña Débora de la intriga, todo fue uno. Prestóse ella con entusiasmo, prome-

tiéndole conseguir del Rector cuanto pidiese. Ese mismo día solicitó por el teléfono una entrevista con su ilustre allegado, y al Seminario fue a dar a la siguiente mañana.

Doña Pacha se quedó atragantándose de Te Deums y Magníficats, hecha una acción de gracias; corrió Fulgencita a arreglar la maleta y todos los bártulos del curita, no sin chocolear un poquillo por la separación de este niño que era como el respeto y la veneración de la casa. Pasaban horas, y doña Débora no parecía. El que vino fue Damián, con sus libros bajo el brazo, siempre tan parejo y tan sonreído.

Doña Pacha quería sorprenderlo con la nueva, reservándosela para cuando todo estuviera definitivamente arreglado, pero Fulgencita no pudo contenerse y le dio algunas puntadas. Y era tál la ternura de esa alma, tanto su reconocimiento, tanta su gratitud a las patronas, que, en medio de su dicha, Fulgencita le notó cierta angustia, tal vez la pena de dejarlas. Como fuese a salir, quiso detenerlo Fulgencita; pero no le fue dado al pobrecito quedarse, porque tenía que ir a la Plaza de Mercado a llevar una carta a un arriero, una carta muy interesante para Aguedita.

El que sale, y doña Débora que entra. Viene inflamada por el calor y el apresuramiento. En cuanto la sienten las del Pino se le abocan, la interrogan, quieren sacarle de un tirón la gran noticia. Siéntase doña Débora en un diván exclamando:

—Déjenme descansar y les cuento!

Se le acercan, la rodean, la asedian. No respiran. Medio repuesta un punto, dice la mensajera:

—Mis queridas! Se las comió el santico! Hablé con Ulpianito: hace más de dos años que no ha vuelto al Seminario!... Ulpianito ni se acordaba de él!...

—Imposible! Imposible!—exclaman a dúo las dos señoras.

—No ha vuelto... Ni un día! Ulpianito ha averiguado con el Vicerrector, con los Pasantes, con los Profesores todos del Seminario. Ninguno lo ha visto. El portero, cuando oyó las averiguaciones, contó que ese muchacho estaba entregado a la vagamundería. Por ai dizque lo ha visto en malos pasos. Según cuentas, hasta donde los protestantes dizque ha estado...

—Esa es una equivocación, misiá Débora!—prorrumpe Fulgencita con fuego.

—Eso es para no darle la beca!—exclama doña Pacha sulfurada.—Quién sabe en qué enredo habrán metido a ese pobre angelito!..

—Sí, Pacha!—asevera Fulgencita—A misiá Débora la han engañado. Nosotras somos testigas de los adelantos de ese niño; él mismo nos ha mostrado los certificados de cada mes y las calificaciones de los certámenes.

—Pues no entiendo, mis señoras, o Ulpiano me ha engañado...—dice doña Débora ofuscada, casi vacilando.

Juan de Dios Barco aparece.

—Oiga, Juancho, por Dios!—exclama Fulgencita en cuanto le echa el ojo encima.—Camine, oiga estas brujerías. Cuénteles, misiá Débora!

Resume ella en tres palabras; protesta Juancho; se afirman las patronas; dase por vencida doña Débora.

—Esta no es conmigo!..—vocifera doña Pacha, corriendo al teléfono.

Tilín!.. tilín!..

—Central!.. Rector del Seminario!..

Tilín!.. tilín!..

Y principian. No oye, no entiende; se enreda, se involucra, se tupe; da la bocina a Juancho y escucha temblorosa. La sierpe que se le enrosca a Núñez de Arce le pasa rumbando. Da las gracias Juancho, se despide, cuelga la bocina y aísla.

Y aquella cara anodina, agermanada, de zuavo de Cristo, se vuelve a las señoras; y con aquella voz de inmutable simpleza, dice:

—Nos co-mió el se-bo el pen-de-je-te!

Se derrumba Fulgencia sobre un asiento. Siente que se desmorona, que se deshíela moralmente. No se asfixia porque la caldera estalla en un sollozo.

—No llores, Fulgencia!—vocifera doña Pacha con voz enronquecida y temblorosa—Dejámelo estar!

Alzase Fulgencia y ase a la hermana por los molledos.

—No le vaya a decir nada, mi querida! Pobrecito!

Rúmbala doña Pacha de tremenda manotada.

—Que no le diga! Que no le diga! Que venga aquí ese pasmao!.. Jesuíta! Hipócrita!

—No, por Dios, Pacha!...

—De mí no se burla ni el Obispo! Vagamundo! Perdido! Engañar a unas tristes viejas! Robarles el pan que podían haberle dado a un pobre que lo necesitara! Ah, malvado! Comulgador sacrílego! Inventor de certificados y de certámenes!... Hasta protestante será!

—Vea, mi queridita! No le vaya a decir nada a ese pobre. Déjelo siquiera que almuerce.

Y cada lágrima le caía congelada por la arrugada mejilla.

Intervienen doña Débora y Juancho. Suplican.

—Bueno!—decide al fin doña Pacha, levantando el dedo.—Jartálo de almuerzo hasta que se reviente! Pero eso sí: chocolate del de nosotras sí no le das a ese sinvergüenza! Que beba aguadulce o que se largue sin sobremesa!

Y erguida, agrandada por la indignación, corre a servir el almuerzo.

Fulgencita alza a mirar, como implorando auxilio, la imagen de San José, su santo predilecto.

A poco llega el santico, más humilde,

con su sonrisilla seráfica un poquito más acentuada.

—Camine a almorzar, Damiancito... —le dice doña Fulgencia, como en un trémolo de terneza y amargura.

Sentóse la criatura y de todo comió con mastiqueo nervioso, y no alzó a mirar a Fulgencita ni aun cuando ésta le sirvió la inusitada taza de agua de panela.

Con el último trago le ofrece doña Fulgencia un manojo de tabacos, como lo hacía con frecuencia. Recíbelos San Antoñito, enciende y vase a su cuarto.

Doña Pacha, terminada la faena del almuerzo, fue a buscar al protestante. Entra a la pieza y no lo encuentra; ni la maleta, ni el tendido de la cama.

Por la noche llaman a Candelaria al rezo y no responde; búscanla y no parece; corren a su cuarto, hallan abierto y vacío el baúl... Todo lo entienden.

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmunda de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable.

ROGELIO

Mira, Efe Gómez: para [tu esposa y tus hermanas, tan comprensivas como bondadosas; para tu casa infanzona; para ti, amigo del alma, he forjado esta fábula pueril y montañera, escabrosa en apariencia, mística en el fondo. No miréis lo mezquino del tributo: mirad, la fe que os guarda el tributario.

El lugarón abrupto de Santa Rita del Barcino, minero y rescatante cuando Dios quería, es célebre en Antioquia por sus tres iglesias, por sus funciones religiosas y más todavía por la balumba de santos que colman altares y sacristías, amén de los que guardan en sus casas varios magnates de mucho predicamento en lo eclesiástico.

El mamarracho ostenta no pocas variedades en esta corte celestial, quiteña o no. Pero vaya un forastero a ponerle reparos ante un santarritense y verá lo que le pasa!

Todo un señor juez de aquel circuito, oriundo de Palmares, se permitió decir en cierta ocasión que el San Juan Evagelista de su cabecera tenía carita de muchacha boba: y tal fue la inquina que le cogieron, tales las acusaciones que le urdieron, que hubo de perder la tierra y el destino por escapar el pellejo del acero alevé.

Como todas estas imágenes son de vestir y como cada una corre por cuenta de algún vecino o de una familia, se ha formado en la parroquia levítica, desde tiempos inmemoriales, una rivalidad hartó progresista y emuladora en esto de indumentaria, sastretería y arrequives religiosos. Qué de galones y sederías, qué de tisúes y de brocados, qué de mantos estrellados, qué de potencias y de resplandores!

Ni los de escasa fortuna se dejan echar las roncas del ricachón más pintado, en esta competencia que es timbre y prenda segura de salvación de todo el vecindario. A bien que puede hacerlo: nacido y criado en la cicatería y el trabajo, sólo a la mayor honra y gloria de Dios pellizca sus caudales medio ocultos.

Los santos menos populares son celebrados en Santa Rita con solemnidades adentro y en las calles. Cuanto a esa magná-

nima patrona, «Vencedora de Imposibles», no se diga. Novenario y salves, bandas y chirimías, cohetes y castillos, sin contar la misa extraordinaria, la glorifican en este año más que en el precedente. No son, con todo, estas fiestas titulares las que más forasteros atraen: es la Semana Santa. Este pueblo rezandero y creyente compite con la Santa Madre Iglesia en este recuerdo representativo de la Redención. En las ceremonias despliega Santa Rita todas sus industrias e invenciones, todas sus sabidurías y estéticas, todas sus galas y sus ornatos todos. En los diez desfiles de pasos y en la «procesión secreta»—que es el jueves, y nocturna, aunque no alumbrada—saca año por año nuevas alegorías y combinaciones, ya por medio de imágenes, ya por personajes de carne y hueso.

De pueblos muy distantes acuden por este tiempo, nada más que por asistir a estos espectáculos conmemorantes, muchísimas personas y hasta familias enteras. Es peregrinación que trae buenas granjerías a comerciantes, vendecomidas y mesoneros. La del 68 será probablemente la más caudalosa y resonante.

Desde el jueves de esta Semana de Dolores está el pueblo en expectativa y en e-

fervescencia la novelería. Con razón: de un momento a otro llegan don Francisco de Borja Palmerín, su esposa y su unigénito. Vienen desde sus minas de Gallonegro precedidos de su fama de capitalistas y de sus dos cargas de petacas. No se hacen esperar demasiado, y cuál se pasman grandes y pequeños cuando los ven tomarse aquella plaza, muy campantes y atalajados; los esposos, en unas mulas como torres; el chico, en una yegüita mantequilla muy fina y cavilosa; el peón de estribo, un negrazo disforme, con su maleta de vituallas a la espalda.

Lo que era la gente de tono! Bendito fuera Dios!

Hospédanse, por supuesto, en la famosa y anual fonda de don Telmo, contigua al templo y no mal abastada en tales ocasiones, la cual fonda invaden al punto granujas y mozas de cántaro, que no quieren perder pie ni patada en aquel recibimiento nunca visto ni oído en tierra santarritense. «Pis! Pis! Serán muy ricos; pero se les ve el zambo a media legua», declara al salir la negra Valeriana y con ella todas las fregonas.

En aquel jubileo de Dolores, mientras el luto cubre todos los cuerpos y el llanto todas las pupilas; en que todo cristiano co-

mulga y edifica, qué espectáculo de escándalo y relajamiento dan los dos esposos a tantos fieles, y qué ejemplo más lastimoso a ese angelito!

La iglesia está repleta y en palpitante bisbiseo de plegarias. La Virgen Dolorosa en su camarín, casi perdida entre las ricas preseas y la flora de papel dorado.

Antes de principiar la misa se perfila en la puerta mayor la figura atlética y azarosa del negro espolique.

Viene en traje de palomo, en cuerpo de camisa escarolada y suelta; trae un rollo enorme. Abócase por la nave central lo mismo que un toro; rompe por entre el hombre-río, seguido de sus amos, que no piensan siquiera en santiguarse, ni en mojar el dedo en el agua bendita. El negro abre campo a codo limpio junto a la primera columna del lado de la Epístola, y, desplegando un tapetón de perro y pavo real, lo tiende cuan largo es. Los amos se arrodillan un instante para luego aplastarse los tres peor que unos sapos. El negrazo se escurre como diablo que ve cruz, y la bollona sinvergüenza se queda muy oronda metida entre aquella machería. Viéranla el pergenio, la irreverencia y el sacrilegio! Y las señoras no pier-

den ripio, de puro escandalizadas. Ni tan siquiera se cubre esa cabeza cargada de profanaciones y hasta de malos pensamientos!

Lleva cabello con copete cerrado, en canales a dedo; rodete de totuma; tres rosas de trapo junto a una oreja; y, por cimera y coronamiento, una peineta de caguamo que semeja el espaldar de un taburete. Ostenta zarcillones de dos rosetas y largos tilindangos, broche de guacamaya picando un racimo de corozos, muchas sortijas, y un collar de corales de tres hilos. Es una jamona repolluda y fofa con la cara manchada por el paludismo y el colorete; el ojo pardo y luminoso denuncia cosas muy tremendas. Por desgracia ha quedado muy abajo y pocos disfrutan de aquel deleite.

En la misa está como azogada, atisba que más atisba, tan pronto hacia el coro, tan pronto hacia el altar, ya a las mujeres, ya a los varones; y aseguran varias devotas que se ha sentado a lo mejor; que no ha rezado ni atendido al sermón; que no tiene idea del sacrificio incruento; que es una herejona de siete suelas, una salvaje por conquistar.

Tampoco les parece tanta cosa el tal don Borja, tan mentado. Es un cincuentón

chamizudo y langaruto, cara de curuba y con vetas azulencas de carate, narices de rabinio, ojos de gato, barba rala dispuesta en balcarrota. Se les hace tan atrasado en religión como la esposa. A ambos los bajan al nivel del negro tapetero.

Del niño nada saben, ni él tampoco. Está quieto, casi lelo. Cómo nó? Hállase ante lo desconocido. El velo cuaresmal le sobrecoige como algo fatídico; de altares y de cuadros no discierne; tan sólo le sugieren la noción de lo raro. De la Virgen ni se da cuenta; la serie de columnas que a él le quedan a hilo cubren por completo el lateral altarón. El gentío y la apretura le marean y le aturden. Siente ansias y no entiende el sermón. Qué va a entender el pobre!

A medio día salen a recorrer el pueblo y a despampanar a los santarritenses, que los avizoran a traición desde puertas y ventanas. Iba misiá Gumersinda Daza de Palacín a botarse de forástica con cualesquiera trapillos anticuados? No la conocían! Todos sus arreos y majezas se los ha traído Borja quince días antes de la propia Villa de la Candelaria.

Oh! Las modas y elegancias del 68! Es un traje de gasa estambrada con realces de

seda blanca y rosa, con millareses en picos, cubiertos con mostacilla cual rocío: es un pañolón mágico, tropical, que vale treinta pesos y prolija reseña. Y va una, para regocijo de las damas de antaño y chacota de las damas de hogaño. Erase de cachemir negro y finísimo; de alamares felposos de la pura seda; le guarnecían a uno y otro lado de la tela sendas fajas de raso solferino: la una ancha con aplicaciones circulares y multicolores, y con cinta sobrepuesta de terciopelo abigarrado, en relieves como gusanos; la otra angosta y menos historiada. Tal disposición permitía a la cliente el lucir la prenda de diez modos distintos y con diez apariencias! Oh pañolones transformistas que hicisteis época y engalanásteis estas calles de Dios!

Le lleva misiá Gumersinda en doble ángulo simétrico, medio suelto, a todo viso, a toda guarnición, cogidas las puntas por los gordos brazos con mucho melindre y mucha fullería, mientras empuña y sostiene una sombrilla de raso morado con arabescos de cuentas blancas que remedan confites. Con su andar menudo y contoneado apenas sí asoman las puntas de las botinas de satén perla con labores aljofaradas.

Gasta el marido boato costoso, a estilo

de nabab montuno: aguadeño chato y alcorto de cinta oscura, y ancha camisa extranjera de bayetilla azul con blancas cadenas por el cuello y la pechera; chaquetón de lana amahonado; pantalones de paño azurea, con galón anchísimo y ceniciento; botines amarillos de vaqueta; ruana superiorísima del Reino, con forro de bayeta roja y ribete de trenza. De una reata de lana —una flora en relieve, obra de la esposa— le cae sobre el cuadril derecho un carrielón de nutria muy costoso. Le complementa la totuma de coco para los tragos camineros. Su engaste es de plata; su interior, bruñido; por fuérea, tallado por un artista copacabaneño, el escudo nacional con todos sus símbolos y menudencias. Del chaleco de piqué blanco le cuelga en onda mirífica y coruscante el emblema supremo de su personalidad: una leontina de chicharrones extraídos de sus minas. Hurra al indiano de Gallonegro, conde criolletas de Montecristo!

Lleva Rogelio flux de paño tabaco, cuadriculado de rosaúsko, con cuello sin solapa y ribete de gro; corbatica roja atada en mariposa; botines extranjeros de cha-grín, muy cucos y muy labrados. Lleva, otrosí, reloj y pendiente de oro con guarda-

pelo. Cubre su greña inculta un becoquín gris pálido.—Son éstos el primer prelude de los cocos o calabazas, que debutaron en Antioquia el año 64.—Es el chico una criatura de once años, ojeroso, desvaído, casi lívido; es una víctima de esta anemia tropical que ahora persiguen. Tiene muy afilada la nariz, los labios incoloros, la dentadura muy perlada, la sonrisa muy dulce, los ojos muy grandes, muy negros y muy tristes.

Mientras andan y trasiegan por las calles, callejones y afueras del poblacho, la gente dicta el fallo: muy ricos, muy en grande; pero eran unos ñapangos, unos montaraces. Los viejos marrulleros sospechan algo más. Lo que se les daba, por esos montes, vivir como animales! Varias damas del copete aseguran que esos trapos y adornos son a la moda de Gallonegro: pura chambonada de negros masamorreros del Porce! Pero las señoras de la fonda, lo mismo que las fámulas, cuentan y no acaban de aquellas galanuras, de aquellos esplendores desconocidos en el pueblo. Estos Cresos lo tienen todo alborotado a pesar del tiempo santo: son un pecadero perpetuo. Ya los veían: en vez de ir a rezar las estaciones, como cumple a todo fiel cristiano, se habían quedado por la tarde en el bal-

cón, muy tranquilos jugando tute, bombeando tabaco, y tomando rosolí a vista y contemplación de todo el mundo. Podría darse mayor prueba de irreligión y de cinismo? Qué horrible era ver cómo ofendían a Dios en este día tan grande!

Rogelio tampoco ha asistido a la Via Crucis porque las andanzas le han rebotado el mal y ha tenido que echarse en la cama. A pesar de la anemia, y acaso por la seguridad que da el dinero hasta a los mismos pequeñuelos, no es apático ni retraído; y, como casi no ha tratado niños de su clase, está ávido de altas relaciones. Así es que el sábado, día en que se da a conocer, se ha captado muchos amigos y camaradas a las primeras de cambio. Estos, a su vez, están desvanecidos con el forastero: un muchacho tan rico, tan peripuesto, con todo y reloj, y tan poco orgulloso y tan parejo, y tan formal con todos; un muchacho que maneja plata lo mismo que un grande; que compra frutas y golosinas para todo bicho, es caso inaudito en Santa Rita. El séquito se lo pelotea, se lo monopoliza, y andan con él calle arriba y calle abajo, y Rogelito por aquí, y Rogelito por allá.

Tres cuartos de lo mismo le acontece a don Borja. A cualquiera que entra en la

fonda lo convida a tomar de lo fino; ha ido al estanco y le ha brindado a todo el mundo. Se ha insinuado tanto con dos de los magnates más principales, que los ha comprometido ese sábado por la tarde a ir a jugar tute en cuarto con Gumersinda y a cenar con ellos en la fonda. Destapa para el gran caso vinos finísimos, encurtidos, aceitunas, y latas de lo mejor que se trajera. Pide en la fonda lo mejor y más valioso; a los obsequiados, poco conocedores en libaciones y gastronomías elegantes, les sabe a cuerno quemado estos menjurjes y bebis-trajos de la extranjería; pero se defienden con los tamales familiares y el ron. Salen entre peneques y deslumbrados sin saber qué hacerse con este matrimonio tan incierto, pero tan educado y tan rumboso. Había que usar con esa pareja de tórtolas un estira y afloja muy dificultoso! Con tal de que el señor cura no saliera en el púlpito con algún gruñido de los suyos!..

Amanece aquel domingo con sol y cielo de gloria y venturanza; que la Jerusalem celeste tiende, ab eterno, palmas y más palmas al Redentor Divino de hombres y de mundos.

Desde las siete comparecen simultáneos por las cuatro esquinas de la plaza,

bien así como bandas de gallinazos, los cuatro cuerpos de penitentes negros armados de macizas horquetas, el bronco pie bajo la alpargata abigarrada. Uno, recio y proceloso como un roble, con el capuchón más puntiagudo y más excelso, con aire imponente de jefe, zapatea a su tropa, la amenaza con el palo mientras gira la pupila en lo blanco de aquel ojo que asoma miedoso por los rotos de percal. Son los sayones que han de cargar algunos pasos, ordenar las procesiones y velar ante el monumento y el calvario. Esta centuria, más trapense que romana, la componen jayanes montañeses que de ello se glorían. Una vez completado el número se reúnen en plebiscito y eligen por centurión al más arrogante y garboso de los contornos. Según se maneje y mande es o no reelegido. Esta como institución se reúne año por año.

Las cuatro compañías avanzan a un mismo tiempo; el centurión se dispara del atrio y se topa en el centro con su gente. Mil zalemas, mil mojigangas en torno de la pila. Luégo se forman de a cuatro en rigurosa fila y marchan hacia el templo. Deudos y chiquillos los ovacionan con aspavientos y griterías.

Por las ocho calles entran y entran, en-

arbolando las palmas, las caras satisfechas, campesinos y campesinas. La plaza se cuaja como un monte espeso. La centuria torna. Pártese en dos y va ordenando los palmeros de arriba a abajo, plantándolos en sus puestos como en una alameda milagrosa. Arrea que más arrea las palmas agrupadas y las dispersas, alargan la alameda hasta una esquina de abajo y siguen por la Calle Plana. Del puente a la plaza deben de estar ya formados los que hayan venido de ese lado. Los que falten de los otros allá convergerán. Son cuatro cuadras y media; pero han de cubrirse de todos modos, sea apartando, sea juntando. La gente impalme se desgaja por ambos lados del triunfal sendero. El repique de las campanas del hospital anuncia la terminación de la vía. Lánzanse a vuelo los bronces de las iglesias; lánzanse los esquilones y campanillas. Los ciriales bajan, bajan los sacerdotes; avanzan por entre las palmas y se pierden en la calle.

Don Borja y su señora están ya junto al Puente Real; Rogelio se embebe en su séquito de camaradas. La banda, reforzada para esta solemnidad, prorrumpe en marcha estrepitosa. El niño, selvático y majó, se estremece.

Infancia harto rara la de esta criatura! No ha oído música de esta índole en su vida; no ha visto nunca ritos sagrados, por la sencilla razón de que ve iglesia por la vez primera. El no sabe nada. Si mucho, medio leer; si mucho, medio escribir y medio contar. En religión e historia todo lo ignora. Sólo ha visto un Crucifijo muy pequeño, como quien ve un amuleto de salvajes; ha oído mentar «El Cristo de Zaragoza»; pero del Salvador ni de dogma alguno tiene noción mínima. Si por esos montes enseñan la doctrina, a él no se le ha enseñado. Por allá van curas raras veces, pero él ni los ve ni los conoce. Si allá hay algo como escuela, a él, por enfermo, no le han mandado a ella. En la casa de la mina ha vivido solo, jugando a molinos, a carretas, a socavones. Ha hecho acequias y mampuestos; ha abierto apiques. Pero nunca ha jugado a lo eclesiástico. Si lee a medias es porque el molinero José Duarte, un joven de buena familia formalote y servible, le ha hecho, por jugar acaso, una como baraja con letras, y le ha indicado cómo se juntan para formar y escribir palabras. Luégo le ha conseguido una citología y le ha puesto renglones, con carbón, en unas tablas. Si sabe signarse y santiguarse; si dice oraciones como el loro, es porque Rufina, una arribeña que le

cargara de niño, se las enseñó sin explicárselas.

Su madre vive siempre muy ocupada en la tienda de ropas, en compras y ventas de víveres, en los negocios de la prendería. Su padre, siempre en trabajos de minas, en rescates, en andanzas, y con frecuencia ausente. La misma anemia no le ha dejado tiempo para nada. El no sabe lo que es confesarse y comulgar; no sabe lo que es alma ni pecado; no sabe lo que es abstracto ni moral.

En una racha de pensamiento evoca esta su infancia pagana y salvaje, en este instante en que su espíritu, apacentado en agüeros y supersticiones, parece tender a otro orden de ideas.

Enfilado entre sus amiguitos contempla con honda emoción aquel espectáculo de culto colectivo para él desconocido. Aquella música estruendosa que jamás había oído le enajena. La muchedumbre cubre a lado y lado el anchuroso camellón. Todas las palmas que visten esos montes aledaños han enviado a este concurso de piedad montañera sus más lozanos ejemplares. Forman calle, enhiestos, encumbrados, verdeando al sol, estremecidos por el viento, cual si temblasen de fervor. Las caras todas

están vueltas hacia la espadaña del hospital, que albea nítida y aguda en la lejanía de un collado.

—Ya salen!—dice el cicerone Gabino Zárate—Fíjese, Rogelito, pa que vea qué tan bello y tan perfecto es el Señor del Triunfo, y qué tan queridos los Apóstoles!

En efecto: los ciriales y la cruz alta avanzan, muy bruñidos y rutilantes; detrás el párroco, con el pluvial escamoso de brocato; enseguida Cristo, en su pollina cenicienta de madera y cabeza movable, clavada en su plataforma de cuatro ruedas. Dos monagos la arrastran con cuerdas festonadas; dos la empujan de los mástiles que atrás lleva. Las palmas, todas a una, se tienden a su paso, para tornar a levantarse chafadas o rotas por las triunfales ruedas. Parece que el soplo de la gracia las ha santificado antes que la Iglesia las bendiga. Detrás de Jesús vienen los doce Apóstoles en sendas andas, seis a un lado y seis al otro, a hombros de cuarenta y cuatro sayones. Los ojos de Rogelio se abren desmesurados: dijérase que sus pupilas pardas se agrandaran. Clávalas en el Cristo como en fascinación irresistible. Cristo tiene la rienda esarlata en su siniestra mientras bendice a su pueblo con la diestra. Bajo la fimbria

dorada de su túnica de purpúreo terciopelo asoman sus pies cándidos e impecables en las sandalias esculpidas. El manto azul oscuro luce el boato de galones y encajes que lo guarnecen. Realza el sol el oro del vestido, el de la cabellera natural, el de las potencias irradiadas. La faz hermosa, un tanto pálida y femenil, que creara Quito, dice a las almas fervorosas de los misterios del Dios-Hombre. Sus ojos claros, de amor y de piedad, bajan serenos a la tierra redimida para bendecirla también, lo mismo que con su mano.

Rogelio se abisma. De un golpe recuerda y relaciona. Es el mismo hombre de barba rara y cabello de mujer que él vio alguna vez en una sala, allá en la Mayoría de las minas de San Nicolás, como pintado en una cosa puesta en la pared. Es El; es el mismo con quien ha soñado desde entonces no sabe cuántas veces: es el Cristo de Zaragoza. El no lo conoce; pero siente que es el mismo. Bien comprende que éste que ve montado en esa mulita tan linda, de mentiras, no está vivo como los demás hombres. Por lo mismo es el Cristo. Y quién puede ser éste sino el Padre Nuestro que está en los Cielos, a quien él reza para pedirle dé el pan a todos y a todos perdone las deudas?

Qué serán las deudas? Qué el «venga a nos el tu reino»? Y una vislumbre de religión, de culto, alborea de pronto en la tiniebla de esa mente infantil y medio primitiva. De pronto da un grito y se agarra a Gabino: el Señor del Triunfo ha movido sus ojos y lo ha mirado; lo ha mirado a él solo entre tanta gente!

—Rogelito, lo pisaron? Li ha dao algún dolor?

Rogelio, medio recostado en su amigo, no contesta; pero llora y sigue como un autómatas en la procesión.

—Qué fue, por Dios?

—No diga nada, Gabinito! Ya me pasó! Fue una cosa que me dio. No diga nada!

Entre sonrisas y muecas se enjuga.

—Es que soy muy tuntuniento. Pero ya estoy bien: vea!

Y se sacude y se endereza, y atisba con disimulo por ver si lo miran. Sus compañeros inmediatos preguntan.

—No digan nada que me da vergüenza! Fue como un susto que me dio; pero ya se me pasó! Vean que ando muy bien!

A estos montañeritos los asustaba la

gente. Eran unos animalitos sin cola.

La procesión entra en Calle Plana, y la de Rogelio continúa por dentro. Musita padrenuestros, avemarías, salves, cualquier cosa. Mas sólo con los labios: su alma ora de otro modo. El quería ya al Señor; y ya que el Señor lo había mirado, tendría de quererle más y más, de rezarle, de hacer las cosas buenas que hacían en Santa Rita, de ser como un criado o peón del Señor, aunque fuera un muchacho enfermo. El Señor lo libraría de todo mal, a él, a sus padres, a todos los de Gallonegro. Pero allá no había ni Señor del Triunfo, ni iglesia, ni curas, ni nada. Por qué sería eso así tan malo? Allá se vivía muy maluco. Ya lo veía y antes nó. El Señor del Triunfo o el Cristo de Zaragoza lo quería a él y a todos. El Señor era muy bueno y él no lo había sabido.

Cristo entra en la plaza por la calle de palmas, que no dejan torcer los sayones. Las últimas se le tienden al subirlo entre varios, con todo y pollina, por las escalas del atrio. Frente a la cerrada puerta lo colocan.

Rogelio y otros han logrado entreverarse por el gentío y coger muy buen puesto. Los doce Apóstoles quedan en la plaza. En redor del atrio vuelve a levantarse osci-

lante el monte, y el sol le tuesta con sus rayos a cuarenta y cinco grados de las nueve. Los campesinos se cubren la cabeza con una punta de la ruana, y la bayeta, colorada o amarilla de los forros, resalta entre los verdes como floración carnavalesca de un sueño febril. El sacerdote principia la ceremonia para consagrar aquel «Ramo Bendito» que ha de venerarse trenzado y en cruz sobre las ventanas de tanto hogar, para librarlos siempre de una «mala hora»; para ahuyentar con su humo santo tempestades, terremotos, malas intenciones, asechanzas del demonio.

Mientras la boquiabierta chiquillería estudia aquella borriquilla que luce ese cabezal tan lindo; que mueve la cabeza con las orejas tan quietas; mientras adivina cómo el Señor se sostiene tan bien sostenido sin montura y sin estribos, Rogelio sigue rezando, rezando maquinalmente, sumido en aquel despertar para él tan inopinado.

En abriendo la puerta y entrando a la ecuestre imagen, la sigue como arrastrado; y, separándose de sus camaradas, se coloca junto a ella, cerca a una columna. No se sabe cuándo han entrado ni dónde han puesto los doce Apóstoles.

El celebrante sale. Rogelio se arrodilla y se persigna, porque ve que así lo hacen todos; esta prueba tan dolorosa de su ignorancia la siente como un dolor. Al romper el coro el Introito torna al llanto, a duras penas contenido. Cierra los ojos para ver de atajarlo, pero los lagrimones se le emperlan en la punta de las pestañas y saltan a las mejillas. Enjúgalas con los dedos porque los ojos le arden. Aparenta sonarse. Se recoge, se achica para que nadie vea. Muy honda, muy extraña ha de ser la pena de un niño, que así quiere ocultarla.

En aquélla la más larga de las misas del rito católico sigue entre lágrimas, entre suspiros, con esta obsesión tan extraña. Ni los doce Apóstoles enfilados en su mesa le atraen, ni el canto, ni el ceremonial. Todo es para Jesús.

Por orden del señor cura se guardaba el paso no bien entraba al templo, porque temía que estando muy bajo podrían causarle algún menoscabo o cometerle alguna irreverencia, bien por la apretura del concurso, bien por la curiosidad de algún muchacho campesino. Pues es de saberse que el movimiento de cabeza de la asnilla, así como la seguridad de la efigie sobre los lo-

mos de madera, les provocaban mucho a hacer un examen experimental. Se le guardaba en la «sacristía grande», que da a la nave derecha, por no tener gradas como las otras, y porque ahí mismo iban a arreglarla para el paso del Buen Pastor. Lo dirigía y aderezaba con embeleso de niña y ardor de asceta doña María Rosa de Zárate, devota ardorosa de este símbolo tan filosófico como ingenuo de la Divina Misericordia. Termina la misa. En el rebullicio de la salida Rogelio se cuela por entre el mujerío, se llega a la sacristía, empuja la puerta y se escurre. A primera vista todo se le confunde entre aquel amontonamiento de cosas, con ser que el recinto lo alumbran los anchos postigos de una ventana. Han dejado el paso de espaldas a la puerta. Rogelio avanza cauteloso; vuelve a un lado hasta verlo de frente. Con la cruz de un costado y la penumbra del opuesto se le hacen más divinos el rostro y la figura de Jesús triunfante. Cae de rodillas; le reza con los ojos cerrados, y viéndolo mejor con los ojos del alma. Qué le reza? Lo que sabe: el padrenuestro, la salve, el avemaría. Qué le pide? No lo saben formular el labio ignaro ni el inocente pensamiento; pero Rogelio siente que él implora algo muy grande con todo su sér; al-

go muy grande para él, algo muy grande para sus padres. Siente que Jesús le escucha. Que Jesús le concede lo que pide. Alza a mirarlo, y Jesús se lo asegura, se lo promete. Toca la cabeza de la borrica, y también se lo asegura. Oye ruido de llaves. Siente recelo, se alza, va a salir. Se acerca a la puerta, tira de un travesaño. Cerrada! Algo sin nombre que sólo ha sentido en pesadillas le recorre las vértebras y le entiesa el cabello. Quiere gritar, llamar; pero la lengua sólo produce un murmullo, un murmullo estropajoso y confuso.

Por fin medio despunta, allá dentro del pequeñito: por qué esto, estando encerrado con el Cristo vivo de Zaragoza, que él quiere tanto? Se apoya contra la puerta. Al fin puede rezar: «Cristo, mi queridito!» Golpea, pero no le contestan; torna a golpear más recio, y tampoco!... En su angustia y temblores procura rezar de nuevo. Pero cómo? Lo que antes no repararon sus ojos lo mira ahora sin querer mirarlo: tantos aparatos desconocidos, tanta telaraña; un palo que termina en una mano, dos viejos colgados de cruces y pegados de la pared, bultos tapados con trapos, trastos, cajones, anaqueles. El pobrecito suda de congoja: por qué esto, a él que había bajado colgan-

do de una caja al fondo negro de los apiques; a él que había entrado a socavones y galerías derrumbados; a él que había matado culebras y arañas tan grandes como pollos? Sería él algún gallina infeliz; algún bobito? Se sube a la ventana, mira por los postigos; ve un sembrado de coles y de cebollas: comprende al cabo que pertenecen a la fonda. Alcanza a ver la cocina, pero ni un alma. Tira a abrir la ventana, mas tiene llave. Estira la mano por los barrotes de hierro. Llama al peón, al negro espoli-que; pero la voz apenas sí le suena. Se baja para tornar a la puerta. Al acercarse pisa un trapo. El trapo cae... y asoma una cosa espantosa! La cara ensangrentada de un Nazareno sin cabellera. Rogelio cae redondo contra el pavimento.

Entretanto los padres han puesto en alarma la fonda y el vecindario. El negro y el mozo de mulas inquietan aquí y acullá; inquietan muchachos y adultos; inquietan todos. Una vieja devota, devota al fin y al cabo, lo ha visto colarse a la sacristía. Corren a que abran. Lo encuentran privado. El negro lo alza y se lo lleva como un pelele. La que se arma en esa fonda, con la novelaría, el llanto de los padres, el ayudar de éstos y aquéllos!

Castigo o aviso de Dios? Esta pregunta estalla en muchas mentes. Con reticencias se lo dicen unos a otros; en secreto se lo declaran; en la calle lo proclaman. En muchas caras asoma el espanto; en otras, la satisfacción de la vindicta pública; en fin, el dedo divino.

Despojo de ropas, fricciones de «agua florida», rociadas de agua fresca, sacudidas, plantillas, estrujones; tanto, que al fin resucita el difuntico. Pero no habla. Quedará mudo de por vida? Llega mano Rufo; llega doña Prudenciana, famosos yerbateros del villorrio. Están acordes: es un ataque de lombrices. Recetan santonina; se la propinan. Por fortuna que el estómago del atacado se la devuelve a los facultativos, luego al punto. Ellos afanan. A la hora puede hablar: pero no cuenta ni lo negro de la uña. Ignoraba qué le había acontecido; y de ahí no le sacan ni con súplicas, ni con mimos, ni con astucias. Misiá Gumersinda casi lo sofoca entre los brazos. Don Borja, todavía lacrimoso, paladea un vaso de Oporto para consolarse.

—No ve, Rogelito?—le gime la madre.
—Es porque si'ha ranchao a tomase el bacalao desd'el camino; porque nu'ha querido

siquiera tomar la chicha con las pipas de victoria, que le mandí'hacer desde que vinimos; es porque nu'es formal ni conmigo ni con su papacito!..

—No, madre Sinda.—contesta con voz como ungida de llanto y de certeza.—Nu'es por eso.

—Nu'ha de ser, m'hijito!..

—No es: es porque nunca m'he confesao; porque no comulgo como los muchachos di'aquí; y hasta será porque ni usted ni mi taita rezan ni m'enseñan dotrina...—abrazándola.—Madrecita!.. Comulgui'usté también y mi taita!

El que dice, y ella que larga el llanto. A más de algo que en tal instante le apuñala, allá en su corazón de mujer y de madre ve en las palabras de Rogelio señales infalibles de su próxima muerte. El niño pidiendo sacramentos? Qué peor presagio?

Don Borja guarda silencio, se esculca, se rasca la cabeza, apura el vaso; y, llamando aparte a la mujer, vase con ella al balcón, en ese instante desierto, y le dice entre despechado y doliente:

—Este muchachito hay que sacalo d'ese monte, más hoy, más mañana. Tene-

mos que separarnos d'él, aunque nos cueste muchas lágrimas. El nos estorba, y nosotros a él. Cualquiera día s'impone y nos hace tragar el cabo! Ya ves con las que nos sali'ahora!

—Pero... no nos vamos nada a vivir con él a Medellín? O es que no tenemos con qué?

—Con qué? Demás!... Pero!... Ve una cosa, ñatica: yo t'he mantenido engañada con el tal viaje, por seguirte la idea y pa que trabajas con más ilusión; peru'allá no podemos asomar las narices los dos juntos: allá saben quién soy yo, y que tengo mujer y familia, y que los dejé por vos. Si nos ven por allá nos friegan: vos vas a dar a la reclusión, y yo al presidio. Y no sólo allá: en cualquier parte es lo mismo. Ya ves que no hemos podido salir, ni de paso, a otros pueblos; ya ves que yo tenía mucha pereza de venir aquí, y a la tal Semana Santa. Y eso que me la figuraba muy divertida, con mapalé, perillero y currulao, como la de Remedios. Vine por darte gusto y para que lucieras los lujos nuevos y por sacar al niño. Y ve, ñatica: figuráte Semanas Santas como esta pa vos y yo! Ni p'al cuerpo ni p'al alma. Hasta creo qu'estos tierrafrías, tan

biatos y tan berriistas, están orejones con nosotros: así es, m'hijita querida, qui'acabás de lucir el baúl y nos volvemos p'al monte a entatabrarnos los dos solos en grima sin el muchachito.

—Pero, Borja, por la Virgen!—entre sollozo y sollozo—Cómo lo mandamos solo, a él tan enfermito? Se muere por allá sin quién lo valga!... Ya ves qui'hasta se quiere confesar. Y si'acaso no se muere se vuelvi'un vagamundo, un caimán, quién sabe qué!

—Qué se va'morir, ñatica boba!—con caricia en la barbilla.—Si del tuntún se muriera, en Gallonegro y en esos laos si'habría acabao la gente! En Medellín se cura en un mes, en manos de médicos de verdá. Con la plata todo se puede, hija. Ni se pierde, tampoco. Donde se pierde es con nosotros en ese monte. Ve, Sinda: se lo mandamos a mi compadre Galo, que conoce mi vida y milagros. Es que vos no sabés qué laya de persona es el compadre, ni quién es mi comadre Silverita: esos prenden candela debajo del agua por servile a los cristianos y por tapale las picardías! Al tanto habrá matrimonio más cuadrao! Ellos nos cogen el muchachito por su cuenta, lo ponen en colegio, y lo hacen gente. Hasta tienen la ventaja de

vivir solos, porque ya sus tres hijos están casaos. Y pa que nos hagan este bién con más gusto qui'a todos, les untamos la mano bien untada. Allá verás, mi Sinda!..

Suspenden, porque uno de los convidados de la víspera viene a saber de Rogelito y a ofrecer sus servicios. Misiá Gumersinda sigue llorando; mas entretanto el niño salta de la cama, toma ropas y calzado y se viste en un periquete.

—No se ponga así, madrequita...—le dice al salir, todo ternura y expansiones—Ya estoy bueno y sano; ya se me pasó esa bobada tan maluca; lo que tengo es hambre. Voy a comprar cosas y a buscar a los muchachos pa que no digan que soy un gallina que por todo mi'acuesto.

La madre, en silencio, le arregla el nudo de la corbata y le peina la greña. Y sin más réplicas ni ajonjeo baja la escalera como un rehilete, pero con otra cara. Aunque no ha oído una palabra del coloquio entre sus padres, lleva en su alma la seguridad de que se han ocupado de su persona. Por qué no habrían hablado en su presencia? Qué cosas le estaban sucediendo en Santa Rita!

En la propia puerta del mesón topa a tres de sus adictos, que no se han atrevido a

subir. Allí está el que él deseaba. Es Gabino, que le inspira más confianza que los otros, y a quien supone el más formal y prestigioso de todos. Charlas y cuchufletas por el percance. Rogelio las sostiene; pero no larga prenda: no sabe por qué, ni cómo, ni cuándo se había privado. Había sido una de esas cosas que pasaban sin uno caer en la cuenta; y él... era también algo enfermo.

Se meten en el mercado, y después de obsequiarlos con frutas y comestibles, previo permiso de los restantes, torna con Gabino a la fonda; se entran a las pesebreras, y sentados en unos cajones, le abre su corazón. Nada sabe, nada entiende de Jesucristo ni de su Iglesia; pero Gabino ha de enseñárselo porque va a confesar y a comulgar en esa Semana Santa.

Aquí del hijo adoctrinado de doña María Rosa, la gran catequista del lugar! Gabino le dice, le cuenta, le expresa, le explica; por la tardecita lo lleva a la madre. Valiérale Cristo con este caso tan bello, tan perentorio y apurado! No había tiempo para cosechar aquella vid tan fértil; pero Dios y la Vencedora mediante, haría el milagro, porque todo ello eran caminos de la Providencia. Está feliz e inspirada. El neófito a-

bre aquéllos ojos! Le cita para la noche. Vuelve con el hijo y el permiso de los padres, sin saber de qué se trata. Apura por dos horas raudales del Padre Astete, del Padre Mazo. Ahí mismo hace llamar la dama al catedrático doctor Arenas, que explica en el «Colegio de San José», entre lunes y miércoles de cada Semana Santa, todos los misterios que en ella se conmemoran. Le pide que admita al neófito en sus aulas. Tál se hace, y ella le secunda en su casa por tres días. Aunque no rece nada, qué mejor oración que salvar un alma? Qué flor más bella podría ofrecer al Buen Pastor? El padre Lamas, penitenciario de niños, es informado del caso. Era ignorante ese niño? Pues precisamente que Dios escogía sus elegidos entre niños e ignorantes. En suma: que lo llama a confesión y que llora, maravillado de esta almita que no sabe de pecado, ni por pensamiento ni por acción: que ha despertado a la vida eterna por el llamamiento de Jesús triunfante y por la sangre de Jesús flagelado. Qué cosa más grande y más hermosa! No poder divulgar por los cuatro vientos este milagro tan portentoso! Oh, siglo inexorable! Glorifica al Señor, que hace nacer los lirios de la predestinación en el estercolero de las abominaciones!

El novel penitente comulga el jueves; llora ante el monumento, ante el monumento vela, puro, henchido de gracia, como un ángel de Jacob.

Los padres nada han manifestado a todo esto: guardan silencio como dos esfiniges. Mas tampoco se han opuesto a nada. Díjese que el hijo se les impone por divino fuero.

La piedad de esta critatura; el saberse en el pueblo que los padres no guardan la vigilia; el verlos retraídos del templo, ha puesto más en evidencia su alejamiento de Dios. Doña María Rosa, el padre Lamas y el profesor Arenas piden con fervor por esas almas empedernidas.

La dama, por una de esas bizarrías de la piedad, concibe algo muy atrevido y sensacional. Acaso fuera inspiración de lo Alto; acaso les valiera a los padres extraviados: quiere que uno de sus hijos ceda el puesto a Rogelio en el apostolado de carne y hueso. Se lo consulta al padre. A quién se lo dice! Quién mejor que esa paloma inocente del Señor? Si era un San Juan! Un San Juan vivo! No constaba en los Evangelios que los padres de los Apóstoles fueran santos. Gabino va con la embajada ante

don Borja. No se opone tampoco.

Se llevan al niño, se le descalza, se le viste el sayal judaico de lanilla roja, se le enrola en la banda de los elegidos. Y el cura le lava los pies y se los besa y se los enjuga con el paño litúrgico, ante aquella cena presidida por el Cristo de Zaragoza. Y el niño llora de ventura y sale radiante a ofrecer a sus padres el pan bendito, ya que no ácimo. Y ellos lo prueban, tal vez como Judas, en esta Pascua extraña en que un alma blanca surge santificada.

Y así entró el niño Rogelio Palacín a las huestes de Cristo, y luego a la santa tutela de don Galo. Lo que dijo don Borja: hasta el demonio de la anemia se lo hizo arrojar del cuerpo endeble. El niño crece. Díjese un sér refractario a la culpa, que sólo necesitaba propicio ambiente para que él germinara, y diera frutos tempranos y sazonados la semilla de Dios. Amarle y temerle fue desde luego su divisa inmutable. Formóse en la piedad y en la observancia, en el trabajo y en el estudio. Apenas comprendió la vida se impuso a sí mismo, con la ayuda de Dios, una misión sagrada, ineludible: romper la unión vitanda que le dio la vida, devolver a su esposa y a sus hijos un hombre arrepentido; recoger a una madre des-

graciada para volverla a Dios, al calor del respeto y la ternura de un hijo amante.

Cumplió, de hombre, esta misión? Doña María Rosa lo sabe, por cartas de Rogelio. Decrépita como está, su mente se ilumina al evocar estos sucesos y sus hermosas trascendentales consecuencias; su fe se diviniza al meditar en los recursos de que se vale su Pastor querido para tornar al aprisco las ovejas perdidas en el monte.

PALONEGRO

La señá Custodia trasiega al redor de la casa, se vuelve de lado y lado, se pára a cada instante, atisba por la falda, por los flancos, atisba por los sembrados. Como nada ve; como nada inquieta, su inquietud crece. Valiérale la Virgen del Carmen! La desgracia era segura: o ahogado en el río, o picado de culebra. Eso del perro, a medio día, cuando ella estaba en el lavadero, había sido un aviso. Bien claro lo veía ahora. El animalito, que era más entendido que un cristiano, había llegado de presto, todo alborotado y aullando tan triste! La había tirado de la saya y se había vuelto, a toda carrera, por donde mismo había venido. Habían salido muy temprano; ya alumbraba el sol de los venados, y ni el patroncito ni el perro parecían por ninguna parte, con ser que andaban con el mero desayuno. Pobre patroncito! El, que había sido tan formal y

tan parejo con toda laya de personas; él, que mimaba tanto a los chiquitos y que se mantenía siempre tan contento y tan tostado de la risa, hacía días que estaba tan atembado, tan malosgenios y con una rabia allá tan maluca y tan particular... Pero... ya se veía! Peor debía de estar! Desde que se había enredado con la sinvergüenza de «El Tambo», estaba más que perdido el muchachito. Y si el cura y el alcalde del sitio no hubieran empuntado bien lejos a la escandalosa esa, ya habría dado cuenta del patrón. Esa sonsacadora del enemigo malo era la que le había enseñado el maldito vicio del aguardiente. Que se perdiera así un niño tan bueno, tan buen mozo y tan principal! Pobre madre: una señora que al tanto habría alguna; pero mejor que mi siá Rosana, ni la reina!

La tristeza de la tarde, difundida por aquel paraje lóbrego y montuoso, encajonado entre breñas abruptas, hace más negros los presentimientos de la vieja. A más no poder torna a la casa. En la espaciosa cocina se congrega su gente. Dolores, la hija, junto a las piedras, hace a dos manos, aprieta que aprieta, pelotas de una mezcla de cacao y de maíz, que acaba de moler. Un rapazuelo de ocho años y tres nenas more-

notas velan la faena, por ver si la madre, como otras veces, le agrega dulce a la postrema pelotilla y la reparte entre los cuatro. El lar apenas sí llamea en su rincón tenebroso, que el hollín viste en grumos de azabache. En el ángulo diagonal, allá donde el humo apenas tiñe, oscila un cajón colgado por unos lazos desde una vara que se cimbra. Del cajón sale llanto furioso de párvulo. Custodia acude y saca la criatura.

—Pobrecito mi bolitu'e vitoria!—exclama, con esas voces fingidas que la ternura inventa—Tiene mucha de la fatiga? Tiene mucho del hambre? Voy a dale su consuela pa que si'aplaque.

Le aplica a la boquita llorona un frasco de agua de panela terciado con leche, que lleva en el corcho un cañutillo de carrizo. El bebé rechupa con delicia. La abuela, obsesionada por su quebranto, agrega enseguida:

—Goci'harto, el rey d'esta casa, ya que no tiene estas penas de su madrecita Custodia!

Sigue un silencio hosco en que sólo se oyen los rechupones del párvulo. Al fin lo rompe la cuitada:

—Valiente día tan fatal escogió Gas-

par pa ise tan lejos con el mayorcito, a la compra de los dichosos muleros! Losotras aquí lóbregas en este monte, sin un cristiano que los valga, en esta tribulación tan maluca! Qué noche vamos a pasar si ese niño no parece!... Ponéte a pensar, Dolores!...

La hija no replica por el momento; pero, en cuanto termina su trabajo, se resuelve y dice:

—Manque sea malo, voy a decile una cosa, máma: aquí onde me ve, tengo más pensión que busté por el niño Manuel María.

—Sí, hija?

—Mucha, máma! A yo también me parece cosa mala lo del perro: él, separase de su'amo sin más ni más, pa volvesi'al momento? No puede ser cosa buena! Hogao no es, porqu'él nada muy precioso; y el perro, con la juerza que tiene, lu'iba'dejar hogar? Nu'es culebra, porqu'él repara siempre por ondi'anda, y es muy baquiano pa velas y pa matalas. Tampoco se jue p'al Sitio, porqu'él no s'iba asina desgualetao, como se mantiene aquí...

—Pes, antós, qué será, hija?

—Pes, malo será el decilo, pero a yo se

mi'ha metido qu'el niño Manuel María haiga atentao contra su vida...

—Virgen del Carmen, mi Madre! No digás eso, porqu'hasta cierto será!... Estos blancos di'agora se quitan ellos mismos la vida y se quedan tan frescos!

—Es que busté, máma, no sabe de la misa la media!... Busté no sabe lo qui'hay! Yo nada l'he dicho, porque Gaspar m'encargó el secreto, hasta con busté. Y si sabe que l'he mentao la cosa hasta me confisca.

—Pero qué es, Doloritas? No mi'haga pensar más, por Dios!

—Busté ta creyendo que todos los desesperos y las aburriciones del niño Manuel María es por el aguardiente y porque le confinaron la guariconga? Pes algo será por eso; peru'es por cosas piores. El y mi sia Rosana'stán bravos, a cuál más. Busté sabe qu'ella va'venir, más hoy, más mañana; pero nu'es a ver la finca: es a lleváselo; a sacao di'aquí de todas layas, manque sea echandole l'autoridá. El, manque sea tan honbrón y tan barbao, es tuavía un menor: va cumplir apenas diecinuevi'años. No si acuerda que l'última vez que vino mi sia Rosara, er'ai un calzonsingente? Pes el día qu'usté jue al Sitio le trajo Gaspar una

carta d'ella. Yo vigié, al disimulo, con el rabo del ojo, y vide, mientras pasaba la vista por el papel, que se le saltaban las lágrimas. No sé si sería de l'injurio del pesar. A propi'hora s'encerró y no quiso comer en toíto el día. Y me contó Gaspar qu'en el mero día s'empetacó enterita la limeta grande de contrabando resacao.

—Válgame Dios! Qué criatura!... Pero... la patrona sabe las cosas di'aquí?

—Cómo nó? No ve qu'ella le pus una carta a Gaspar, que se l'entregó en propia mano y se la leyó, en el Sitio, don Blas Ardila, el pariente de mi sia Rosana? En esa carta l'eisige que no l'engaño, que se lo cuente todo... y don Blas mesmo puso la contesta muy patente; y Gaspar le dice que sabía qu'el niño pensaba trer aquí a la casa a la tal Solina; pero qu'ellos qu'entraban por una puerta, y losotros que salíamos por la otra. Figúre! Comu'es él de canónigo pa estas maldades! Al otro domingo le leyó don Blas otra carta de la patrona. Ai le dice que no tenga pensión: qu'ella v'arregalo todo. Di'ai pendió l'echada de la vagamunda. Peru hay otra cosa más pior que todas, qu'inora mi sia Rosana, y es qu'el patroncito tá malísimo di'un achaque muy perro. Le dijo don Blas a Gaspar que lo que tiene es

un sífiles malino dentro de la cabeza, y que por eso si ha puesto asina; y que si no le cuesta la vida, arresg'a quedar distraído gu'elemento.

—Pobre niño, tan muchachito! Quién sabe qué yerbas le daría esa condenada!—clama la anciana aterrada.

—Pes es'es la cosa, máma! Por eso tengo tanta pensión!

La abuela se alza demudada; pone al nieto en la cuna y salta al corredor como una joven: le parece oír aullidos.

—El es, madre Custodia!—avisa Gasparcito—Es Palonegro!

En efecto: allá asoma, negreando entre el plantío. Suelta algo de la boca y aulla; torna a tomarlo y a soltarlo para aullar de nuevo.

—Treye el borsalino del niño Manuel María!—grita el chicuelo.

Palonegro llega, jadeante, alocado. Se arrima al uno, se arrima al otro; suelta el sombrero maculado de sangre y se tira al suelo a gemir. Cruento tiene el blanco hocico, cruenta la cola. Las dos mujeres largan el llanto.

Cae la tarde. Qué hacer? Pedir socorro

al pueblo? Es cuestión de dos horas.

—Amarre el perro, Gasparcito!—manda la abuela.

Y en un instante busca fósforos, pone vela al farol, guarda otras más, suelta el perro y se lanza tras él, sendero abajo. Gasparcito la sigue subyugado, le toma los enseres y la ayuda. El perro guía pausado; la vieja tiembla y gime y reza y deplora, en una salmodia de dolores. Baján a la vega, rompen por entre el cañal, se meten por las plataneras, bordean por los guaduales. Ni culebras ni tarántulas los detienen. Por entre el follaje es casi noche. El niño prende el farol, el perro espera. Al llegar a unas piedras salta espantada una banda de gallinazos.

—Aquí es!..—murmura el hombrecito.

No se engaña: detrás de un pedrejón que la zarza empenacha, casi a las márgenes del río, yace el patrón boca abajo, bañado en sangre, la cabeza rota. A su diestra, el revólver. Se ciñe el perro al cadáver adorado, y sigue su lamento. Nieto y abuela rezan en silencio, postrados de hinojos. Trae ella agua en la cuenca de sus manos, lava el rostro ensangrentado y lo enjuga

con su falda; cierra luego aquellos ojos tan luminosos horas antes, y sobre el cuerpo transfigurado del suicida caen, cual sacramentos postrimeros, las lágrimas del niño y de la abuela.

La noche cuelga sus crespones, murmura el río desolado, y el eco, vocero de la vida, repite por los montes el dolor indescifrable de un corazón de perro, más amoroso y tierno que el corazón de un niño.

FIN

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

INDICE

En la Diestra de Dios Padre	7
El Anima Sola	45
El Prefacio de Francisco Vera	75
El Gran Premio	93
Simón el Mago	113
San Antoñito	151
Rogelio	175
Palonegro	211

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100048563

**OBRAS DE
TOMAS
CARRASQUILLA**

**EDITADAS EN ESTA
EDITORIAL:**

Dominicales, 1 tomo.

Hace Tiempos, novela,

3 tomos, así:

Por Aguas y Pedrejones
tomo I

Por Cumbres y Cañadas
tomo II

Del Campo a la Ciudad
tomo III

En preparación:

Frutos de mi Tierra.

